

AMERICA



72

GASOLINA Y KEROSENE

MARCA

"CHIMBORAZO"

INSECTICIDA

"CHIMBA"

ACEITES LUBRICANTES

"CHIMBOL"

Y

"ANCONOIL"

PRODUCTOS NACIONALES

DE ALTA CALIDAD

AGENTES:

SOCIEDAD COMERCIAL

Anglo-Ecuatoriana Ltda.

GUAYAQUIL

QUITO

En atento saludo de
Antonio Montalvo

AMERICA



AMERICA

PUBLICACION DEL
GRUPO AMERICA

DIRIGEN

ANTONIO MONTALVO
IGNACIO LASSO
JORGE ESCUDERO

1942

ENERO, FEBRERO Y MARZO

AÑO XVII

Nº 72

Quito.— Imprenta del Ministerio de Gobierno.— 1942

CONTENIDO:

EL AMAZONAS QUE FUE NUESTRO = NN

OSCAR EFREN REYES

País de la Canela

ISAAC J. BARRERA

El Ecuador y el Amazonas

FRANCISCO TERAN

Las Nuevas Fronteras del Ecuador

FRAY GASPAR DE CARVAJAL

Descubrimiento del Río de las Amazonas

P. CRISTOBAL DE ACUÑA

Nuevo Descubrimiento del Gran Río de las Amazonas

FEDERICO GONZALEZ SUAREZ

El Descubrimiento del Amazonas

JUAN LEON MERA

Paisaje y Vida en la Hoya Amazónica

ANTONIO MONTALVO

Bibliografía: La Guerra de Conquista en América, por Pío Jaramillo Alvarado.— Breve Historia General del Ecuador, por Oscar Efrén Reyes.— En el Mismo Laud, por Aurelio Espinosa Pólit S. I.— Purificación, por Blanca Martínez de Tinajero.— Valores Ecuatorianos, por Reginaldo María Arizaga O. P.— Estudios Sobre Poetas Venezolanos, por Pascual Venegas Filardo.— La Epopeya de América, por Edgardo Ubaldo Genta.

VARIOS — **CRONICA.**—Concurso de obras teatrales.—Concurso de biografías.— Agradecimiento.— Sensible fallecimiento.— Comité Mexicano de Cooperación Interamericana.— El Agro Ecuatoriano.— El Ministro de Educación de Colombia.— Grupo América, Sección de Nicaragua.— Visita.— Nuevo Directorio de "El Círculo".— Homenaje a Stefan Zweig.— Félix Peyrallo Carbajal.— Premio de la Librería Vera & Cía.— Donaciones de Libros.

2º CERTAMEN DE LITERATURA — NN

GRUPO AMERICA
DEL ECUADOR

Flores N° 2
Casilla 75
Quito, Ecuador

EL AMAZONAS QUE FUE NUESTRO

En el número anterior de "América" hicimos conocer a los lectores y amigos que nos siguen en las naciones de este Continente, como Ecuador había sido víctima de la más cruel e inexcusable agresión por parte de las tropas de Perú. Las dos repúblicas han venido sosteniendo un pleito limítrofe por más de una centuria, con varias incidencias que se produjeron en diversos tiempos; Perú ha estimado que la mejor manera de resolver ese litigio era por medio de la fuerza. Comprobó que Ecuador confiaba en los métodos jurídicos y se encontraba desarmado e invadió una de sus Provincias, que ha mantenido en rehenes, hasta obligar a Ecuador a una solución satisfactoria para sus ambiciones.

Las repúblicas de la América hispana se organizaron a base de la división territorial establecida durante la Colonia, y es bien sabido que esa organización no hacía sino responder a una más antigua existencia de naciones en el Nuevo Mundo. El Reino de Quito existía cuando existía también el Imperio Incásico, y en la historia es célebre el episodio según el cual Atahualpa, el rey de Quito, que había vencido en esos días al rey del Cuzco, moría sacrificado en Cajamarca por los españoles como el solo soberano del Perú.

Acaso se remonte a esos tiempos de nuestra protohistoria la emulación que ha existido entre los dos pueblos. Los acontecimientos convirtieron a Perú en capital de Virreynato, mientras Quito quedaba como una Audiencia tan sólo; una Audiencia que reconocía la jurisdicción de Lima o la de Santa Fe, según la organización que se enviaba desde la Metrópoli; pero desde el primer día la Audiencia de Quito se constituyó con territorios propios, con linderación fija, que era la misma que le correspondía por sus antecedentes históricos, la misma que le daba la categoría de nación.

Durante las guerras de Independencia el principio del *uti possidetis* no hizo sino reconocer las organizaciones existentes. Quito estaba demarcado por el Amazonas, que además le tocó descubrir en 1542, por expedición que salió de esta ciudad. Gonzalo Pizarro había sido nombrado para Gobernador de este Reino por su hermano el Marqués, y el Capitán Francisco de Orellana que fué quien por azar de las circunstancias llegó al descubrimiento del gran río, Teniente de Gobernador de Guayaquil y de Puerto Viejo era en este mismo reino de Quito. Cinco mil indígenas quiteños murieron durante la expedición.

Cuando en lo posterior los misioneros y los viajeros, como el brasileño Texeira, recorrían el Amazonas, llegaban hasta Quito porque el río era conocido como una pertenencia de esta nación. Y en efecto, las fundaciones que luego se hicieron en toda esa región obedecieron a trabajo efectuado desde la Audiencia de Quito. Cuando el rey de España trató de delimitar las posesiones españolas de las portuguesas, a las autoridades de Quito encomendó las diligencias correspondientes. Los lectores de "América" no podrán olvidar jamás que los jibaros que surcan el Palora en la novela "Cumandá" de Juan León Mera, al Ecuador pertenecen.

La Audiencia de Quito fué constituida con esos territorios que no han llegado a ser controvertidos sino cuando en 1802 se dió en España una cédula sobre jurisdicción civil y eclesiástica en esos territorios apenas visitados por los viajeros y que no podían ser materia de una determinación real desde los gabinetes del Consejo de Indias o del monarca español. Además, esa Cédula jamás llegó a ponerse en vigencia y no podía ser alegada después de 1829 en que Perú se comprometió a respetar los antiguos límites de la Audiencia.

Todo esto era materia de controversia y de alegación, de razonamientos y de justicia, que tenía que ser apreciada por cualquier tribunal o por cualquier arbitrador. Pero la razón debía ser medida y concedida o negada, pero con suficiente conocimiento de lo que se hacía. No ha sucedido así. Cuando América se encontraba reunida en Río de Janeiro para convenir en la actitud que debía asumir ante la agresión del Japón a los Estados Unidos del Norte, Ecuador reclamó que se le oyera, que se apreciaran sus razones, que se atendiera a la justicia. América habló al margen de sus grandes discusiones de lo que correspondía a este asunto limítrofe, y como Perú se encontraba todavía en posesión de territorios que había invadido por la fuerza, fué considerado como el más fuer-

te. Se suscribió un Protocolo de límites, pero nuestros derechos no fueron atendidos en todo lo que reclamaban. Y ha sido así como Ecuador que descubrió el Amazonas, que mantuvo misioneros en esas regiones, que fundó pueblos, que exhibía títulos, que fué considerado como país amazónico en todos los tiempos y por todos los tratadistas sobre estas materias, ha tenido que suscribir y aprobar un Protocolo que lo aleja del gran río. El Amazonas fué nuestro; ya no lo es.

Y este desaguisado de la justicia se ha producido precisamente cuando nos preparábamos a celebrar el histórico acontecimiento de su descubrimiento. El Capitán Orellana con sus 60 compañeros llegó al gran río el 12 de febrero de 1542. Y Orellana fué desde las orillas del Pacífico y llegó por el Atlántico a la corte con esta fausta noticia que daba al mundo una nueva reserva para su futuro.

Pero Ecuador ya no puede hablar sino del Amazonas que fué nuestro. Lo decimos como una queja y como una protesta ante América.

PAIS DE LA CANELA

ESPAÑOLES EN EL REINO DE QUITO

En el año de 1534 conquistaron los españoles todo lo que fué el antiguo **Reino de Quito**.

El 6 de Diciembre de ese mismo año se organizó y estableció, bajo la activa dirección de Sebastián de Belalcázar —capitán de aquellos españoles—, la **Villa de San Francisco de Quito**, en el mismo lugar de la "antigua y principal población de los lngas", que eran, para entonces, los últimos ocupantes del territorio nacional.

Cuatro años después, la vida del antiguo Reino de Quito iba transformándose con el aparecimiento de nuevos núcleos sociales, de nuevos elementos económicos y de una nueva política y de una nueva religión.

Frecuentes inmigraciones españolas se establecían en diversos lugares, no solamente en busca transitoria de metales preciosos, sino también para poblar, cultivar los campos según sus propios métodos y criar los animales domésticos que habían traído y que hasta entonces en estas tierras no existían. Eran afluencias **colonizadoras**, en buena parte, y tomaban posesión de la tierra en calidad de **vecinos** de villas, ciudades y asentos.

Dentro del corto tiempo señalado habían surgido, pues, además de la Villa de San Francisco de Quito, las ciudades de San Gregorio de Puerto Viejo y de Santiago de Guayaquil y los asentos o aldeas en los puertos de Atacames, Manta y Bahía de Caraquez —en la costa pacífica—, y la Villaviciosa de la Concepción de Pasto, San José de Chimbo, Otavalo y otros pequeños núcleos, en las altiplanicies.

Había un hecho singular en todas estas iniciaciones de población inmigrante; y era que no se trataba ya de simples establecimientos precarios de aventureros, buscadores de oro

y completamente antagónicos a la población aborígen, sino que paralelamente a su organización en núcleos de tipo europeo (con sus Cabildos, con sus funcionarios, sus regulaciones, leyes y costumbres), iban echando también raíces definitivas, vinculándose profundamente a la nueva tierra, por matrimonios, por lazos de sangre, o sea por la creación de un nuevo tipo étnico, y por intereses económicos propios.

Ya sobre tales grupos fijos es que iban y venían todas aquellas huestes u oleadas errantes de exploradores, de buscadores de oro y de aventureros ilusos e irreductibles.

De esos centros iniciales obtenían la cooperación o el apoyo, en maíz, cerdos, llamas, ropa y, en suma, todos los "mantenimientos" indispensables. También de ahí sacaban —aunque no sin la protesta frecuente y ardorosa de los Cabildos,— contingentes adicionales de hombres.

Solamente así eran posibles las aventuras o empresas más audaces y lejanas.

Por eso fue que desde el Reino de Quito partieron, reforzadas y con su retaguardia perfectamente asegurada, las expediciones de Belalcázar para Pasto y Popayán. Y por eso fue también que se pudieron organizar las expediciones exploradoras al Oriente —hacia el dorado País de la Canela y regiones amazónicas.

GONZALO DIAZ DE PINEDA

El Capitán Gonzalo Díaz de Pineda fue el primero de los españoles que emprendieron en las exploraciones orientales del Reino de Quito, a partir del año de 1538.

Érase Díaz de Pineda vecino principal de la Villa de San Francisco de Quito desde el año de 1535. Había nacido en **Coto de Ureña** —de Asturias, en España,— y al establecerse en dicha Villa sus compañeros le asignaron funciones de primera orden: fue Alcalde, fue Teniente de Gobernador, etc. A la vez, obtuvo tierras para cría de ganado y sembradura en Pomasqui, Ñaquito y Pantzaleo. En su casa de Quito era caballero hospitalario y rumboso, y tenía muchos criados negros, caballos y armas. Una de sus principales actividades era la exploración de tierras no descubiertas antes. Exploró la tierra del **Yumbo** (cordillera occidental, camino de Esmeraldas y de Manabí) en 1536. Luego se dedicó a organizar expediciones al Oriente.

Por entonces se hablaba, con admiración y entusiasmo, entre todos los buscadores de fortuna, del **Dorado** —un fa-

buloso país indígena donde el Rey se bañaba de oro, según contó cierto indio chibcha llamado Muequeta al español Luis Daza, compañero de Sebastián de Belalcázar. Lo perseguían, con loco empeño, por todas las entrañas del continente, penetrando en las más apartadas y peligrosas regiones, internándose en las más densas selvas tropicales, ascendiendo las más altas montañas y atravesando, temerariamente, ríos, precipicios y pantanos, en medio de toda clase de mortales sufrimientos.

Podía, pues, contarse con esta posibilidad; y no era difícil suponer que al oriente del Reino de Quito, que se acababa de conquistar y que estaba ya en proceso de colonización, estuviese dicho **Dorado**.

Pero había un estímulo más poderoso e inmediato aún que esa hipótesis; y era que se hablaba también —con muestras a la vista,— de la canela. A la vez, indicaban la procedencia de esa especia —que, por entonces, era una de las más codiciadas del mundo. Precisamente por el afán de encontrar especiería, y de comerciar con ella, es que se había realizado la gran aventura de Cristóbal Colón, el descubridor de América; y por ese afán varios gobiernos europeos se encontraban por ese mismo tiempo en los empeños de exploración por el sur de Africa, buscando caminos hacia las verdaderas Indias.

Las muestras de canela, ofrecidas por los indios de las altiplanicies ecuatorianas, despertaron, pues, en los españoles avocados en Quito, el anhelo de conocer y dominar las regiones en donde ella se producía. Y comenzaron llamando esas regiones orientales de Quito **País de la Canela**.

No era fácil, desde luego, una aventura de penetración en tan impreciso como desconocido país. Por los datos que lograron reunir, se trataba de una tierra desolada y bravía, sin mantenimientos ni caminos y apenas poblada de **yumbos** o indios salvajes. Los propios guerreros de Atahualpa, avanzando hacia **Hatunquijo**, habían pretendido su dominación, según se decía; pero a poco salieron desalentados, vencidos y "desbaratados", no tanto por los salvajes mismos, muy dispersos, sino más bien por las inclemencias de la región.

Con todo, el Capitán Gonzalo Díaz de Pineda organizó la inicial aventura. Para el efecto reunió como 130 españoles, de los cuales 45 tenían caballos y 10 manejaban arcabuces. En ropas, equipo y mantenimientos invirtió más de 8.000 pesos de oro. Y durante varias semanas antes del viaje hizo preparar, por sus mismos cooperadores y amigos,

grandes cantidades de pólvora. Hasta que en el mes de Setiembre de 1538 realizó la tentativa: desde San Francisco de Quito emprendió camino del Este, transmontó la cordillera y pasó por las faldas del Antisana y bajó a las selvas inmensas del Oriente.

Durante meses anduvo perdido Díaz de Pineda, en lucha implacable con los feroces elementos de la naturaleza, con las fieras, los indios, el clima mortífero y los bichos.

Pasó por el valle de Cosanga y por las cercanías del volcán Sumaco.

Después de tan fatigosas marchas no pudo, sin embargo, avanzar hasta aquellas fantásticas regiones de la especiería ni del **Dorado**, si bien la existencia de la canela y de la flor de la canela —el **ixshpingo**, que ya Atahualpa ofreciera una vez a Francisco Pizarro, siendo su prisionero,— fuera ya una indiscutible realidad.

Agotados los aprovisionamientos, y sin muchas fuerzas para continuar con la exploración, regresó a Quito.

Esta experiencia no desanimó, con todo, el tenaz Gonzalo Díaz de Pineda; y en el año de 1539 emprendió una segunda expedición al Oriente, aunque no ya precisamente por la misma ruta anterior, sino por la región de Baños y el Pastaza. No avanzó mucho por esta vía, según parece, y se satisfizo con el establecimiento y organización del primer núcleo de población nueva, a manera de avanzada, para una acción futura, en Baños, cerca de las tierras fascinadoras.

También intentó otra vía de penetración por **Tusa**—actualmente San Gabriel, de la provincia del Carchi.

Así, pues, fue Gonzalo Díaz de Pineda, con un grupo de vecinos e indios de Quito, el primer buscador de rutas hacia el **País de la Canela**.

Poco tiempo después de sus propias expediciones y tentativas, cooperó y fue guía principal en la más formidable de las empresas exploradoras de esas regiones inmensas y distantes; en la de Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana, realizada entre los años de 1540 a 1543.

LA AVENTURA DE GONZALO PIZARRO

Nombrado Gonzalo Pizarro Gobernador de Quito por su hermano el Capitán General don Francisco Pizarro

—quien tenía plenos poderes para el efecto, concedidos por el Rey de España,— se presentó ante el Cabildo de la Villa de San Francisco de Quito, para que reconozca su autoridad, el 1º de Diciembre de 1540.

El Cabildo lo reconoció y le ofreció toda cooperación y respeto.

Pocos días después Pizarro enunció todo un vasto plan de penetración y exploración en las regiones del **País de la Canela**. Y transfiriendo su poder a Lorenzo de Aldana, como a Teniente de Gobernador, y a Pedro de Puelles, como Capitán General de Quito, emprendió en la organización de la grandiosa empresa.

Llamó e invitó a Gonzalo Díaz de Pineda, el grande y fervoroso iniciador de los viajes al Oriente; y al Capitán Francisco de Orellana, fundador de Guayaquil y Teniente de Gobernador de La Culata y Puerto Viejo. (Este Tenientazgo de Gobernación comprendía todo lo que es actualmente el litoral ecuatoriano, con sus dos núcleos capitales de población española en Santiago de Guayaquil y San Gregorio de Puerto Viejo).

Los dos valientes Capitanes aceptaron la invitación, y aportaron no solamente sus personas y experiencias, sino también todas sus fortunas, vinculadas ya al territorio ecuatoriano.

Francisco de Orellana, el Fundador y vecino de Guayaquil, aportó 40.000 pesos de oro, que se invirtieron principalmente en caballos (que, por entonces, valían de **cuatro a cinco mil pesos** cada uno), y en ganados, ropa y mantenimientos. Reunió, además, veinte y tres hombres, sacándolos de la placidez de las recientes fundaciones y asentos, a pesar de la lejanía y de lo incierto con que se caracterizaba la aventura.

Gonzalo Pizarro obraba con actividad febril, e imaginaba y alegaba la extraordinaria abundancia que habría de la especiería, y principalmente de la canela, en el Oriente; y razonaba que de su consecución dependía, además, de la conversión de miles de indios, "**grand servicio de Dios . . . e mucha utilidad e acrescentamiento para la hacienda real, e otros muchos provechos e secretos que se esperaban desta nueva empresa**".

Y reunió más de doscientos españoles — "gente la más noble e principal del Reyno";— y como cuatro mil indios de las altiplanicies ecuatorianas, que deberían acompañar en la expedición. Y acumuló más de dos mil cerdos; y llamas, para

transporte y alimentación; y una formidable cantidad de perros.

Entre todos los "mantenimientos", que decían los españoles, había uno, sobre todo, que se procuraba allegar sólicitamente, de modo que haya de él la mayor cantidad posible: el maíz. Con el maíz se habían llevado a cabo, en efecto, las más largas travesías, y no sólo por tratarse de un alimento eficiente, sino también por la mayor facilidad de su conservación y transporte en todos los climas.

Los indios llevaban cargas enormes y conducían, a la vez, todos los ganados. Los españoles, "cada uno una espada y una rodela, e una pequeña talega que llevaban debajo, en que era llevada por ellos la comida"

En los primeros días de Marzo de 1541 salió, por fin, el grueso de la expedición. A la cabeza de ella iban: Gonzalo Pizarro, el Gobernador; Gonzalo Díaz de Pineda, el explorador de las tierras del **Yumbo** y de parte ya de las del **País de la canela**; Antonio de Ribera, Maese de Campo; y Juan de Acosta, Alférez General. Dos religiosos se incluyeron en la expedición: un mercedario, Fray Gonzalo de Vera, y un dominico, fray Gaspar de Carvajal, quien escribirá, tiempo después, una **Relación** del viaje con todos sus patéticos incidentes.

En cuanto a Francisco de Orellana, debía salir de Guayaquil, con sus veinte y tres hombres, completamente equipados, pocos días más tarde.

Gonzalo Pizarro y sus compañeros tomaron, pues, la dirección del este de Quito, y acometieron, resueltamente, el paso de la Cordillera Oriental, por Pífo, Guamaní y las faldas del Antisana. Al doblar lo más alto de las regiones frías, comenzaron a sentir los efectos del esfuerzo, con la pérdida de algunos cargadores; pues que, solamente en ese paso murieron como unos cien indios, a causa del cansancio, las pneumonías frecuentes o el frío.

Al descender a las selvas cerradas, pese a las experiencias de Gonzalo Díaz de Pineda y a la acerada energía de los demás expedicionarios, principiaron a observar obstáculos tan graves que habrían bastado para descorazonar a otros que no fueran esos hombres tenaces.

Como vías o senderillos no había sino aquellos que los propios exploradores tenían que abrirse a machete, por entre la maleza feroz. Frecuentes ríos encrespados o abismos

profundos les interrumpían. Otras veces se les presentaban ciénegas enormes que obligan a bordearlas en semanas enteras. Llovía torrencialmente y de un modo pertinaz. Y en medio de tanta dificultad se desconectaban los grupos, y entonces, se les extraviaban o escapaban los cargadores, se les perdían los cerdos, o morían llamas o caballos.

Pueblos indios no asomaban sino rarísimos y muy pequeños y pobres: al ver a los extraños o huían o les engañaban, indicándoles caminos falsos.

Después de meses de viaje llegaron, por fin, a lo que ellos llamaron el **Moti**, por las cercanías del volcán Sumaco, a unas cuarenta leguas de la cordillera Oriental, según sus propios cálculos.

Por aquí les dió alcance Francisco de Orellana, que había salido de Guayaquil, con sus hombres, algunos días después que Gonzalo Pizarro. Llegó en estado más calamitoso aún que los de la vanguardia; pues que, no solamente se le habían muerto los indios, sino también algunos de los compañeros españoles. De los catorce caballos que traía —y que, como ya se anotó, por sí solos representaban una fortuna,— no restaban más que tres. Y de la ropa y bastimentos no le quedaba casi nada. ¡Y sin embargo, no había andado mucho, a la verdad, si lo comprobamos en el mapa; y todo aquello era muy poco en relación con lo que le esperaba en esas tierras desconocidas!

Con todo, unidas las fuerzas, continuó la marcha, entre toda clase de peripecias.

Al cabo de algunos días encontraron por fin los árboles de la canela. Pero estos no formaban, por desgracia, bosques continuos y explotables, sino que se encontraban distantes unos de otros. Para fines comerciales en gran escala resultaban, pues, casi inútiles.

En medio de tales desengaños y trabajos el avance tenía caracteres ineluctables. Perturbaban, además, la mente y el corazón de los expedicionarios, las horribas soledades de la selva: ahí no penetraba jamás el sol, ni por un minuto. Leguas y leguas caminaban bajo la sombra exasperante que las copas de los árboles inmensos formaban, como una bóveda inacabable y negra, sobre la columna en marcha. Leguas y leguas de una soledad sobrecogedora, de misterio y silencios infinitos, y donde la vida no se manifestaba sino por los millones de mosquitos, que agredían ferozmente, en nubes cerradas, en oleadas gigantescas; y donde si alguna vez

se interrumpían, por la noche, esos silencios de vastedad incomparable, no era sino con los ruidos intermitentes y siniestros de hojas aplastadas por el paso cauteloso de culebras que se desprendían de los árboles, o por el rugido de tigres en las inmediaciones.

Etapas había en que mucho más que la ausencia de riquezas fáciles; mucho más que la dureza de las jornadas, o la dureza de los trabajos para tender puentes sobre ríos o precipicios inesperados, o para cargar con enfermos; mucho más que la traición o el ataque de los indios bravíos o la rebaja alarmante de los aprovisionamientos, lo que descorazonaba hasta la muerte era más bien la hostilidad de aquella naturaleza virgen, que se mostraba inaccesible al empeño humano.

Los mismos aventureros, inmensos en su heroicidad y en sus ensueños tenaces, caían agobiados ante lo titánico del esfuerzo. Y los indios, débiles, agotados y doloridos, sin los acicates siquiera que alentaban a sus amos, una vez vencidos en la marcha o heridos de muerte por sus enfermedades, rodaban por el suelo dando gritos lastimeros y estridentes. Varios quedaban en el camino sin poder dar un paso más, abandonados y solos en la soledad acongojante de la selva, y, en sus postreros momentos lanzaban, con los hipos moribundos, los nombres de sus lejanos seres queridos, que ignoraban sus desgracias inenarrables en la distancia.

Todo era trágico y desalentador en la marcha; todo era torturador y asesino en el propio descanso. Todo, todo, tenía las inquietudes y trampas de la muerte.

Así adivieron, sin embargo, perdidos en las regiones del **Hatunquijo**, las cuencas del **Maspa** y del **Cosanga** y las inmediaciones del **Sumaco**, por el tiempo de diez meses!

Al cabo, dieron con un río algo caudaloso y de aguas un poco tranquilas. Era el **Coca**.

Por fin podían navegar, fuera de los infinitos peligros de la selva y viendo el cielo. Pero... en qué?

Indios de las orillas de ese río entraron en relaciones con los aventureros, y de ellos obtuvieron unas canoas y víveres. Pizarro imaginó que era preferible construir un bergantín, a fin de poder transportar, por lo menos, los enfermos y gran parte de la carga que los indios fallecidos habían dejado.

Y se pusieron febrilmente a trabajar el bergantín. Tan pequeña obra costó, sin embargo, una suma de esfuerzos

verdaderamente homéricos. Hombres flacos, hambrientos y horriblemente debilitados iban a la espesura a cortar y preparar y transportar los grandes maderos indispensables. No había clavos, y tuvieron que fabricarlos, usando todo pedazo de hierro que hubiera hasta en las ropas. El calor era achicharrante y nubes de mosquitos feroces y de bichos estorbaban sañudamente a esos misereros hombres en plena tarea.

Al cabo de cerca de dos meses de ferviente trabajo terminaron la embarcación.

Una parte de la gente —la que no podía ya caminar o estaba muy enferma,— montó en ella. La otra parte continuó por las orillas, a pie.

Se acabaron los alimentos, inclusive caballos y perros, que fueran devorados con gran apetito. Se acabó también la región poblada de ese río y se comenzó, otra vez, una nueva etapa de soledades infinitas.

Como cincuenta leguas estuvieron así navegando. Algunos indios de esas tierras les habían informado de que leguas abajo se encontraban ríos mucho más grandes y caudalosos. Así llegaron a las **juntas** del Napo y el Coca.

A muy poco las apremiantes circunstancias exigieron que un grupo de vanguardia se adelantase en el bergantín, no sólo para explorar, sino, principalmente, para buscar provisiones.

Francisco de Orellana se puso a la cabeza de esta vanguardia, con cincuenta y siete hombres, inclusive los dos frailes Gaspar de Carvajal y Gonzalo de Vera, y, además dos negros sirvientes. Gonzalo Pizarro confiando plenamente en su amigo, y encareciéndole que no pasase de doce días de exploración, río abajo, le entregó el bergantín, tan costosamente construido.

Y mientras Orellana se dejaba llevar por la corriente del Napo, Gonzalo Pizarro y sus compañeros, en un tambo, o **Real**,— como ellos decían,— quedaron a las orillas, esperando...

LA AVENTURA DE FRANCISCO DE ORELLANA

No encontró pronto Francisco de Orellana los bastimentos ni las noticias que buscaba.

Rápidamente las aguas del Napo le alejaban, en tanto, de Gonzalo Pizarro y sus amigos. Cuando llegó al pueblo de Aparia —un núcleo principal de los indios **Omaguas**,

que ocupaban secularmente, según parece, enormes áreas en esa parte de la cuenca amazónica,— ya estaba a muchísima distancia de ellos.

Orellana iba, con todo, tomando posesión de la tierra, como Teniente de Gonzalo Pizarro y en nombre de éste, desde las juntas del Napo al Aguarico, y del Aguarico hasta el Curaray.

A esta altura discutieron ardientemente sus compañeros sobre la vuelta al sitio en que les quedara esperando Gonzalo Pizarro, en medio de la más horrible miseria. Y resolvieron que, dada la inmensa distancia que fatalmente se había interpuesto entre los dos grupos (pues, los días de bajada del río significaban en realidad, meses de surcarlo, con grandes peligros), era imposible dicha vuelta. Mejor era seguir adelante, resulte lo que resultase... Y como Orellana renunciara la Tenencia de Pizarro ahí mismo, sus compañeros le eligieron Jefe, propio e independiente, por su cuenta...

De aquí, de esta decisión extraordinaria, tomada en plenas soledades del opulento Napo, nació, pues, una de las más grandiosas y admirables hazañas de la historia: el descubrimiento del gran río de las Amazonas y su navegación consiguiente hasta el Atlántico.

En efecto, Orellana siguió su viaje por el Napo, ya inmenso por la afluencia constante de ríos poderosos, y entre toda clase de peripecias, casi novelescas.

Hasta que en la mañana de un domingo —11 de Febrero de 1542,— desembocaba en una vasta extensión de agua, tan caudalosa y omnipotente que "deshacía y señoreaba todo el río, y parecía que le consumía en sí, porque venía tan furioso y con tan grande avenida, que era cosa de mucha grima y espanto ver tanta palizada de árboles y madera seca como traía, que pusiera grandísimo temor mirarle, cuanto más andando por él", según expresión del Padre Gaspar de Carvajal.

Tan enorme y nunca visto caudal de agua era el **MARANON**, o **RIO DE LAS AMAZONAS**, como ellos lo llamaron.

Entre toda clase de sorpresas inenarrables, y de aventuras increíbles, Orellana, valerosamente, siguió la corriente de ese gran río. Luchas con indios bravísimos; hambres desesperadas; desventuras indescriptibles; remolinos y bifurcaciones del río; tormentas y fenómenos nunca vistos; clima feroz; enfermedades crueles y desconocidas; muerte

dolorosa de los compañeros más valientes y queridos; todo, todo fue probado por los heroicos exploradores con ánimo inigualable.

Desde la desembocadura del Napo para abajo pasaron navegando **seis meses!** Hasta que el 24 de Agosto de 1542, se encontraron frente al Atlántico, terminada una de las proezas más famosas del mundo. En tanto, de los sesenta expedicionarios que eran en total —inclusive Orellana,— apenas pudieron contarse cuarenta y tres; pues que los demás habían muerto en el tránsito —unos, asesinados por los indios y otros, víctimas de las penalidades.

Orellana tomó enseguida la dirección norte; pasó por frente a las costas del Brasil y las Bocas del Dragón —que por entonces así se llamaba la desembocadura del Orinoco,— y avanzó a Cubagua.

Algunos de los compañeros de Orellana se dispersaron, curados de la aventura, y se quedaron en las Antillas. Otros regresaron a Quito, por Panamá, y no faltaron quienes, como un Ginés de Fernández, que todavía repitieran aventuras de penetración por los mismos territorios trágicos de Hatunquiyo, Sumaco y la Canela y el Coca o por el Oriente de Loja y del Azuay, hasta morir, al fin, en una triste encomienda "muy pobres y empeñados".

Orellana por su parte fue a España, donde consiguió la Gobernación independiente del Amazonas o de **Nueva Andalucía**; aunque sin llegar a ejercerla nunca, pues murió, poco después, a la entrada del mismo río que había descubierto.

LOS QUE ESPERARON A ORELLANA

Mientras se producía la fantástica odisea de Francisco de Orellana por el Amazonas, los que con Gonzalo Pizarro quedaron esperándole morían de hambre, en el más espantoso de los abandonos.

No tenían cómo avanzar también, por falta de embarcación. No tenían cómo ponerse a construir otra, por carencia absoluta de elementos.

Para poder subsistir en esas soledades, una vez terminado el último perro, tuvieron que acudir a todo arbitrio: comieron los cueros de las monturas que les restaban, yerba o bichos. Durante muchos días, —escribía tiempo después el propio Gonzalo Pizarro al Rey de España,— "no comían sino cogollos de bijaos y algunos cuescos que hallaban por el sue-

lo que caían de los árboles, con todos los géneros de salvajinas ponzoñosas que podían hallar, porque se habían comido en ese despoblado más de mil perros y más de cien caballos, sin género de comida alguna, a causa de lo cual mucha gente del Real había adolecido y estaban unos flacos y otros se murieron de hambre" . . .

Después de largas semanas de espera en dicho Real, decidieron el regreso a Quito.

Y bajo la iniciativa del incansable y siempre leal Gonzalo Díaz de Pineda, transmontaron las aguas del Napo; tomaron, al cálculo, la dirección de las altiplanicies quiteñas; y así después de meses de largos e imponderables sufrimientos, llegaron a la tierra que les vió partir.

Gonzalo Pizarro y sus compañeros regresaron tambaleantes por la inanición, sin ropas, desgredados, míseros.

Los vecinos de la Villa de San Francisco de Quito los recibieron conmovidos y con lágrimas en los ojos.

Por entonces, era ya el mes de Junio de 1543. Más de dos años habían transcurrido de exploración y desventuras en las lejanas regiones del **País de la Canela**, donde ningún **Dorado** les fue posible encontrar.

Y qué así, en tanto, cómo los hombres de Quito llegaron a conocer por primera vez, con sangre y dolor, las imponderables regiones amazónicas. Y el Amazonas mismo, al fin, en sus partes más vitales, hasta su desembocadura en el Atlántico.

EL ECUADOR Y EL AMAZONAS

FUNDACION DE QUITO

Pretendo escribir una serie de artículos para señalar fechas relacionadas con el acontecimiento histórico que dió como resultado el descubrimiento del Amazonas. Los artículos serán breves anotaciones más para recordar episodios que para precisar hechos que necesitarían una prolija consulta de documentos.

En estos meses se celebrará el IV Centenario del descubrimiento del Río Amazonas, y entonces considero que es suficiente con detenerme en los sucesos principales que determinaron ese descubrimiento, esa invención, diría, de algo grandioso que había permanecido oculto a los ojos de los conquistadores españoles de ese tiempo y que, seguramente, está destinado a convertir en un lugar de cita de un futuro de la humanidad. El Amazonas es el mayor río de la tierra; casi atraviesa de un lado a otro del continente americano en su latitud más ancha.

El descubrimiento del Amazonas, de la más bella cintura de agua que tiene este continente, se efectuó casualmente y con oportunidad de la expedición que llevara hacia el país de la canela a Gonzalo Pizarro, hermano del conquistador del Perú, hombre gallardo, altanero y orgulloso este Gonzalo que acaso pretendía sobrepasar la fama del Marqués de los Atavillos o cual fuera el título que se concediera al soldado de Trujillo, que fué el que venció, apresó y mató al emperador del Perú, Inca quiteño, Atahualpa.

Cuando los españoles apresaron en Cajamarca tan a traición al desgraciado Inca, no se fijaron sino en el provecho que con ello conseguían. Y atendieron a lo inmediato. En tanto se reunía el tesoro para el rescate, tres capitanes de Pizarro adelantaron hasta el Cuzco, encontrándose ciudades

llenas de riqueza. Era un nuevo milagro del oro el que se producía, que no dejaba atónitos, sin embargo, a esos españoles que siempre esperaban encontrar mucho más y consideraban que los territorios no visitados aún eran reservados para lo posterior. Había que agotar la exploración de los conocidos para ir en busca de otros tesoros.

Fué así como se mantuvo todo el territorio de Quito para una segunda parte de esta acción exploradora, sin darse prisa, con todo de saberse que había sido la última capital del incario y la cuna misma de Atahualpa. Había que terminar con un trabajo para comenzar con otro. Bastara un dato para que los españoles concedieran toda importancia a ese reino de Quito; Atahualpa, entre otros obsequios, entregó a Francisco Pizarro, las fragantes flores de la canela. Y hay que saber lo que esta preciosa especia representaba en ese tiempo. El viaje de Magallanes no tuvo otro objeto que el de llegar a los países en que se producía la canela sin tocar en puertos ocupados por los portugueses.

Quito era la tierra de reserva. Pero entonces se produce un nuevo acontecimiento: llegan del Norte noticias de que nuevos aventureros se preparan para salir en expediciones a las tierras cercanas al Perú. El mismo Capitán Benalcázar, que estaba al mando de la ciudad de San Miguel de Piura, fundada para guardar esa costa de nuevas incursiones, quería Gobernación propia, y esas noticias no hicieron sino apresurar su marcha a Quito.

La expedición que se anunciaba era la de Pedro de Alvarado, el alocado Teniente de Cortés y en ese entonces Gobernador de Guatemala. Benalcázar se adelantó al parecer a conjurar el peligro, pero en realidad para adelantarse a cualquier intento contra los territorios que ya formaban parte de sus ambiciones. Almagro llegó a tiempo. Las tropas de Alvarado aparecieron tras largas penalidades en las llanuras de Ambato y la decisión parecía que iba a confiarse a las armas. Pero como junto a todo grupo de conquistadores iba un Escribano para señalar las reglas prescritas por la ley, lo primero que hizo Almagro fué tomar posesión del nuevo reino fundando la ciudad de Quito en las llanuras de Riobamba. Se estableció el derecho; el pleito o el combate podían seguir después. Así fundó Santiago de Quito el 15 de Agosto de 1534.

Cuando Alvarado convino en regresar a Guatemala se verificó la fundación de Quito en el verdadero sitio que la ciudad indígena tenía. También esta fundación era sólo pa-

ra efectos de legalización, que el acto mismo de poblar efectivamente la ciudad haría el 6 de diciembre de 1.534.

De todo esto ha quedado constancia escrita en los Libros del Cabildo de Quito.

BENALCAZAR, PRIMER VECINO DE QUITO

El 6 de diciembre de 1.534, el muy noble señor Sebastián de Benalcázar, Teniente de Gobernador y Capitán General de la provincia de Quito, por el ilustre y muy magnífico Señor Comendador Don Francisco Pizarro, según se deja constancia en el acta de Cabildo de ese día, ordena que residan en la villa las autoridades nombradas el día de la fundación para que se administre justicia, y se corren pregones para que los españoles que quisieran asentarse por vecinos de la villa acudieran a recibir los solares respectivos. Así se funda verdaderamente la villa de San Francisco de Quito, que muy pronto sería reconocida como ciudad muy noble y muy leal.

Al pie del acta extendida para el efecto suscriben 204 vecinos: "primeramente dijo que se asentaba por vecino el dicho señor Capitán Sebastián de Benalcázar", continuando después los Alcaldes, Regidores y el Escribano Gonzalo Díaz.

¿Quién era Benalcázar? Uno de esos gerifaltes, que diría Valle Inclán. No se sabe siquiera cuál fué su verdadero apellido, aunque se cree que nació a inmediaciones del castillo de Benalcázar. Pero se convirtió en uno de los grandes capitanes de la conquista, y ese es su verdadero título. Benalcázar acudió a la conquista del Perú llamado por Pizarro y Almagro, que necesitaban de buenos soldados para la empresa arriesgada que acometían. Benalcázar gozaba entonces de situación desahogada y al acudir al llamamiento llegó con un navío grande y con buen contingente de soldados y caballos.

Benalcázar llegó a tiempo para estar en Cajamarca. Con Hernando Pizarro y Hernando de Soto, mandaba la caballería cuando el Inca fue apresado. A Benalcázar le tocó del rescate la suma de cuatrocientos siete marcos dos castellanos de plata y nueve mil novecientos pesos oro.

Liquidada la situación con el Inca era necesario cuidar de la costa y de las comunicaciones y para ello se envió a Benalcázar. Hay la sospecha de que por entonces ya abri-

gaba Benalcázar la ambición de hacerse de Gobernación propia, y el cronista Oviedo cuenta además que estando Benalcázar en San Miguel "tuvo noticia de la gran riqueza del Dorado". Partir para la conquista de estas Provincias era, pues, cuestión de oportunidad que se presentó acaso con las noticias que llegaban de la expedición de Alvarado.

Puesto en marcha, Luis Daza dió con un indio "que dijo ser de una gran provincia llamada Cundinamarca, sujeto a un poderoso señor que tuvo en los años pasados una gran batalla". Aquel indio que había escapado de Cajamarca con Rumiñahui hablaba de El Dorado, con lo que se fijaba desde ese momento el destino de Benalcázar. Ya no viviría sino para esa empresa, y en ella moriría.

Cuando acudió Almagro desde el Perú lo hizo tanto por saber la marcha de Benalcázar sin autorización de sus jefes, como por las noticias de la expedición de Almagro. Para entonces Benalcázar se encontraba ya en la actual provincia de Imbabura, desde donde regresó llamado por Almagro para hacer frente a las tropas de Alvarado. Sería natural que hablara entonces de lealtad y que reconociera la autoridad de Pizarro para que Almagro le nombrara de Teniente de Gobernador de Quito. En realidad, demoraba la empresa; pero ya no sería posible detenerlo en su marcha en busca de El Dorado y de Gobernación propia.

Mientras tanto Benalcázar tuvo que figurar en el acta del Cabildo de Quito, de 6 de diciembre de 1534, como el primer vecino de la villa.

EN BUSCA DE EL DORADO

América se presentó en la imaginación de los españoles como el país maravilloso del oro. Acaso concurrió también para la exageración de esta fama la creencia de que estas tierras eran las fabulosamente ricas a las que se refirió Marco Polo y a las que se referían, seguramente, los traficantes en especias. Los países orientales eran los de Las Mil y una Noches, de los grandes palacios y de las piedras preciosas.

Se habían recogido las riquezas de México y del Perú; Benalcázar acababa de despellejar los templos de Quito y de Caranqui cubiertos con planchas de oro, a semejanza de lo que se hizo con San Bartolomé, según un cronista de la época; pero era indudable que la riqueza no se había ago-

tado. Por el contrario, la fuente de donde se habían sacado los objetos de oro encontrados permanecía escondida. Misteriosamente hablarían de ello los indígenas. Así se propagó la noticia de El Dorado, que se situó en varias regiones no exploradas aún. Lo explorado era muy poco todavía.

El indio capturado en Latacunga por Luis Daza habló de un poderoso reino indígena situado al norte de Quito. Se trataba de un pueblo rico, cuyo rey hacía sacrificios a sus dioses, sumergiéndose en las aguas de la laguna sagrada a la que penetraba ungido de trementina y espolvoreado de oro; mientras su comitiva arrojaba al fondo del lago joyas de oro y esmeraldas finas. ¿Qué mejor referencia podía hallarse para enfervorizar la imaginación calenturienta de los conquistadores, que buscaban aventuras y buscan oro?

Pero Benalcázar, aunque de escaso cultivo, era experimentado y sabio en gramática parda. Pizarro tenía la Gobernación de estas tierras y no podía hacerse ningún nuevo descubrimiento sin atentar contra los derechos contenidos en la capitulación real. Estas razones eran parte para buscar la manera de eludir el derecho, no para abandonar la empresa consistente en primer lugar en ganarse Gobernación propia y ahora en descubrir el fabuloso país de El Dorado.

Sin embargo, había que proceder con cautela, y así lo hizo. Se asentó como vecino de Quito; obtuvo casa y solar en el que solía reunirse el Ayuntamiento y que estaba situado entre las actuales carreras García Moreno, Olmedo y Pichincha. Fué dueño de una estancia para ovejas a un cuarto de legua de la ciudad, a la izquierda del camino que conducía a Panzaleo, o sea tal vez la Magdalena de hoy.

Tenía dos estancias más, una en Cotacollao y otra en Pomasqui. Había que dar la impresión de permanencia; y así lo hizo enviando a la exploración de las regiones a las cuales se dirigían sus ambiciones a Pedro de Añasco y a Juan de Ampudia, que llegaron a las fértiles tierras del Cauca.

Cuando esos descubrimientos se habían hecho, Benalcázar obtuvo que Pizarro reconociera el derecho que le concedía su iniciativa.

De este modo pudo partir sin inquietudes y sin que su viaje fuera tomado como una huida y como una usurpación.

Hay que dejar constancia que para todos estos viajes

los indígenas de Quito fueron los auxiliares que, en número crecido, acompañaron a cada uno de esos Tenientes y Capitanes. Es decir, fué el elemento quiteño le que hizo posible la conquista de Popayán a Benalcázar y el viaje de Gonzalo Pizarro al Oriente, como veremos después.

Benalcázar salió de Quito en los primeros días de enero de 1536. Salió de Quito, dice Herrera, con trescientos castellanos de pie y de a caballo, sin contar con la multitud de indios que formaba la compañía indispensable en estos casos. Los trescientos castellanos, como los fijosdalgo del Cid iban equipados con el oro encontrado en Quito y así pudieron entrar en Santafé de Bogotá haciendo "mil visos y tornasoles con los varios colores de que venían vestidos, de sedas, granas, perpiñanes con encrespadas plumas".

EL PAIS DE LA CANELA

Aunque Benalcázar salió, como hemos dicho, en pos del país de sus preocupaciones, volvió a Quito a cuidar de sus intereses. En primer lugar no quería que Pizarro sospechara de su ambición y, después, Quito era una base que no podía descuidar para sus futuras exploraciones. En efecto, apenas abandonó la ciudad a comienzos del 35, la intriga se puso en trabajo y en marzo del 36 Pizarro nombraba a Pedro de Puellas, Capitán y Teniente de la villa de Quito.

Mientras Benalcázar se enteraba de este cambio, los amigos que tenía en esta ciudad se pusieron también en obra de lealtad y obtuvieron que se declarara que el nombramiento de Puellas tan sólo surtiría sus efectos en ausencia de Benalcázar. Así encontramos de vuelta a este Capitán en las actas del Cabildo de julio de 1537, y en Quito permaneció hasta diciembre del año siguiente en que decidió marcharse definitivamente en busca de su Gobernación.

Entre tanto se habían formado ya en Quito dos grupos, el que amparaba los planes de Benalcázar y el que cuidaba de los intereses de Pizarro. De estos últimos fué Gonzalo Díaz de Pineda a quien se eligió para Teniente de Gobernador de Quito en mayo de 1538. Hasta entonces había tenido Quito siete Tenientes: Almagro, Benalcázar, Diego de Tapia, Juan Díaz Hidalgo, Pedro Puellas, Pedro de Añasco y Diego de Torres. Descendiente de este Díaz de Pineda fué el Padre Bedón, ilustre en las letras y en el arte.

Se tenían pruebas ciertas de la existencia del país de la Canela en una región que correspondía a Quito, para que sosegadas las primeras alarmas de la organización no pensara en emprender en su descubrimiento. La canela era el Oriente asiático, lleno de ciudades magníficas y de riquezas incalculables. Los conocimientos inestables de geografía en ese tiempo podían hacer suponer una relación entre aquellos países y éstos. Así se explicará más tarde que Gonzalo Pizarro descuidara de las provisiones en la esperanza de dar pronto con alguna de esas fabulosas ciudades que le ofrecerían todo.

En mayo de 1538 fué recibido Gonzalo de Pineda por Teniente de Gobernador; pero sólo permanece tranquilo presidiendo la formación de la villa hasta el 30 de agosto en que el Cabildo requiere en nombre de Su Magestad y del Gobernador Pizarro no lleve a las conquistas de las Provincias del Yumbo a funcionarios españoles que harían falta en Quito ni tampoco indígenas que eran indispensables para los trabajos. Gonzalo de Pineda al contestar el requerimiento hizo notar que el que había esquilado a estos pueblos era Benalcázar, quien llevó "más de cinco mil ánimas e copia de vecinos sin dejar en esta villa caballos ni recabdo necesario"; que en la expedición que preparaba no llevaría más de los hombres indispensables para el servicio que haría a Su Magestad con el descubrimiento y conquista de las Provincias de los Yumbos.

Esta fué la primera expedición al país de la Canela; este el primer intento de esos descubrimientos que confinarían con el hallazgo maravilloso del Amazonas. Gonzalo Díaz de Pineda regresó de su expedición maltrecho por las dificultades de los caminos y por la fiera de los indios que le salieron al paso. De este modo hubo tiempo para que el conquistador Francisco Pizarro destinara a su hermano Gonzalo a esta empresa que era considerada como llena de provecho.

Ya le veremos a Gonzalo Pizarro siguiendo los pasos de Díaz de Pineda, salir de Quito con igual objeto que él y del modo como tendrá que regresar, mientras Orellana era llevado por su ambición y la fuerza de la casualidad hasta el gran río.

GONZALO PIZARRO

Gonzalo Pizarro era el menor de los hermanos del conquistador del Perú y aquel, por lo mismo, de sus preferen-

cias. Después de la muerte de Almagro, pacificado el Callao y Charcas, el Gobernador Pizarro pensó en que era tiempo de dar a Gonzalo la oportunidad de hacerse también de Gobernación propia, y, sobre todo, de fama y de riqueza con la conquista del país fabuloso que se suponía se encontraba en el territorio de Quito. Uno de los Dorados era el país de la Canela que concedió en generoso donativo a Gonzalo.

En el acta del Cabildo de Quito, de 1.º de diciembre de 1540, se da cuenta de la comparecencia del "muy magnífico señor Gonzalo Pizarro" que presentaba ante el Justicia y Regidores de la provisión que contenía su nombramiento de Gobernador de las Provincias de Quito y las demás contenidas con los pueblos de ellas, que eran San Francisco, Villaviciosa de la Concepción, Popayán, Cali, Puerto Viejo y Santiago. La provisión tendía a englobar las conquistas de Benalcázar en la Gobernación de Gonzalo, si bien el viejo Adelantado se había asegurado ya con mandatos reales que le favorecían.

Todo el año del 40 dedicó Gonzalo Pizarro a preparar su expedición al país de la Canela, después de enterarse de lo acontecido con Díaz de Pineda y de las dificultades que se encontraban para la empresa. Además, había de asegurar su Gobernación para evitar alteraciones mientras durara su ausencia. A este efecto nombra para Alguacil Mayor a su hijo natural, Francisco Pizarro, y para Teniente a Pedro de Puelles, pizarrista del que no había para dudar. El nombramiento de Puelles lleva la fecha del 18 de febrero de 1541.

Y después de estas medidas de previsión era necesario tomar las demás que condujeran a la realización de la empresa: citó a sus amigos que vinieron de muchas partes, escogió entre los vecinos de Quito a quienes consideraba como más convenientes para que le hicieran compañía; juntó armas y caballos, y por fin entró en los pormenores del avituallamiento.

Para las expediciones de Benalcázar, de sus Tenientes, de Díaz de Pineda, las fundaciones de Santiago y Portoviejo, se habían sacado toda clase de elementos de Quito, a tal punto que el Cabildo registraba a cada paso reclamaciones y protestas porque se corría el riesgo de que no pudiera ser dominado cualquier alzamiento por falta de hombres y armas.

Pero si no era el temor de la guerra, era el hambre, pues que desde los primeros días de la conquista, los españoles se hicieron servir de los indios y el trabajo fué para los indios. El despoblamiento de indígenas daba por resultado el abandono de los sembrados.

Nada de esto fué tomado en cuenta por Gonzalo Pizarro que exigió a Quito una nueva y más cuantiosa contribución de toda clase de elementos para su empresa. Se alistaron combatientes; y como los indígenas de esta provincia andaban huídos y escasos, se sacaron de Otavalo cuatro mil individuos que debían conducir los aprovisionamientos y servir de experimentación para las innúmeras dificultades que iban a encontrar en medio de la selva. Sólo dos mil indios de éstos regresaron; los demás fallecieron a consecuencia del duro trabajo que se les impuso.

La salida de Quito en busca del país de la Canela tiene que fijarse entre el 25 de febrero y el 11 de marzo de 1541. Con Gonzalo Pizarro salió de Quito Fray Gaspar de Carvajal, Vicario de estas Provincias y el que iba a convertirse pronto en el Cronista del Descubrimiento del Amazonas.

FRANCISCO DE ORELLANA

La casualidad tiene sorpresas para todos los instantes. El magnífico Gonzalo Pizarro salió en busca del Dorado y regresó después de tres años de arduos trabajos, desnudo y hambriento, sin hallar el país de la Canela y sin encontrar el precioso metal por el que se efectuaban tantas andanzas; mientras su pariente Francisco de Orellana obtenía, sin saberlo, el mayor de los triunfos de esos tiempos con el descubrimiento del río Amazonas.

Francisco de Orellana era extremeño, como la mayor parte de los conquistadores, y estaba emparentado con la familia Pizarro. En el trasvasamiento de españoles al mundo descubierto por Colón vino también Orellana cuando apenas contaba quince años de edad; estuvo en México y Centro América antes de que fuera descubierto el Perú; pero alcanzó a estar en la conquista de Lima, Trujillo y el Cuzco; trasladándose después a Puerto Viejo en donde perdió un ojo, combatiendo con los indios. En Puerto Viejo estaba radicado cuando el levantamiento de Manco y el cerco de Lima que hizo pedir socorro a todos los conquistadores regados entonces por diferentes sitios en busca de tesoros. Orellana acudió al llamamiento con más de ochenta hombres, entre infantes y jinetes. Después de la batalla de Salinas, como premio a sus servicios, se le hicieron repartimientos en Guayaquil y Puerto Viejo con facultades para poblar y con poderes que le inves-

tían de Capitán General y Teniente de Gobernador de esas tierras.

En sus repartimientos permanecía inactivo ya más de dos años cuando le llegaron noticias de que Gonzalo Pizarro venía a Quito con el propósito de pasar a la conquista del país de la Canela. El hombre de acción revivió entonces, trasladándose inmediatamente a tratar con su pariente acerca de la empresa, y como la encontró decidida volvió a sus repartimientos en busca de gente, caballos y dinero, para sumarse a la expedición. Veintitrés jinetes bien armados salieron con él; entre sus provisiones se contaban cuarenta mil pesos en oro. Cuando llegó a Quito, Pizarro había partido ya. No podría determinarse el tiempo justo, si bien se sabe que alcanzó, después de innúmeras penalidades, a juntarse con Pizarro solo en Muti, más adelante de Zumaco, es decir, cuando Pizarro seguía una nueva ruta después de su inútil andanza en busca del país de la Canela.

Orellana llegaba cuando la expedición se encontraba en lo más intrincado de la selva y en lo más comprometido de la expedición. No constituía casi un auxilio, pues que dinero y caballos había perdido hasta llegar allí y como Pizarro consumiera también sus provisiones, el nuevo contingente se sumaba a una necesidad que se convertía en premiosa cada día.

Era necesario ya no descubrir ciudades que no existían o que estaban muy alejadas y escondidas; lo urgente eran los víveres, porque los expedicionarios se morían de hambre.

Había que destinar una comisión para que se adelantara por el río que servía de ruta, en busca de bastimentos, y a quien con mayor confianza podía darse esta delicada comisión que a un pariente, que a un hombre de lealtad probada como Orellana? Pizarro en su histórica carta a Carlos V sitúa la escena. No os curéis más que de traer la comida, le dijo, pues que lleváis gente para hacerlo así. Lo prometió Orellana quien cargó en el único bergantín con que contaba la expedición, la ropa, pocas armas y escasas provisiones, y embarcándose con sus compañeros partió para no regresar ya más a encontrarse con Pizarro.

Esto ocurría el 21 de diciembre de 1541, según González Suárez, si bien en la relación de Carvajal se lee: "Salimos del real segundo día de pascua de la Natividad de Nuestro Redemptor Jesu Christo, lunes, año e día segundo de mil quinientos cuarenta y dos".

ORELLANA Y SUS COMPAÑEROS

Después de diez meses de recorrer la selva sin encontrar el país que se buscaba, la expedición optó por seguir la ruta marcada por el río más caudaloso. Los cronistas hacen notar que para entonces los conquistadores ostentosos de antes se habían convertido en despojos de la selva que fué quitándoles todo, desde la gallardía personal, hasta la ropa y el calzado.

Al adoptar la ruta del río se pensó en que sería de enorme socorro una embarcación que bajara paralelamente al camino que los expedicionarios llevaran por tierra. Y se pusieron a la obra. El "San Pedro", como se bautizó al bergantín, pudo ser lanzado al agua el 30 de junio del 41, y su mando fué encomendado a Juan de Alcántara. Esto ocurría, según Jiménez de la Espada, entre el Cosanga y el Payamino, afluentes del Coca.

Y continuó la expedición que ya iba sin otro rumbo que el señalado por el río. Los de tierra guardaban permanente contacto con los de la embarcación, que llevaría la impedimenta para facilitar la travesía. Sin embargo las penalidades eran grandes y muchos murieron en esta penosa andanza. Cincuenta leguas bajaron así por el río, al cabo de las cuales, si se encontraron algunas viviendas aisladas y miserables, el balance era una completa falta de provisiones, pues se acabaron o se perdieron las que se llevaron de Quito.

Fué en tales circunstancias cuando se confió la embarcación al Capitán Francisco de Orellana, quien al despedirse de Gonzalo Pizarro, dijo: "Si la ventura me favoreciese de hallar cerca poblado y comida con que todos se puedan remediar, yo lo sabré hacer; mas si advertís que me tardo, no hagáis más cuenta de mí y retraeos atrás hasta donde hallaréis comida, y allí me esperaréis tres o cuatro días, y si no volviere, no hagáis más cuenta de mí".

Sesenta hombres armados acompañaron a Orellana. Es interesante recordar sus nombres: Francisco de Orellana, Fray Gaspar de Carvajal, Pedro de Acaray, Benito de Aguilar, Juan de Aguilar, Juan de Alcántara, otro del mismo nombre y apellido, Rodrigo de Arévalo, Arnaldo Juan, Diego Bermúdez, Juan Bueno, Alonso de Cabrera, Antonio Carranza, Gonzalo Carrillo, Rodrigo de Cevallos, Gabriel de Contreras, Gonzalo Díaz, Pedro Domínguez Miradero, Andrés Durán, Juan de Elena, Juan de Ampudia, Cristóbal En-

rriquez, Alonso Esteban, Ginés Fernández, Sebastián de Fuenterrabia, Alonso de García, Alejo González, Alvar González, Hernán González, Alonso Gutiérrez, Hernán Gutiérrez de Celis, Juan Gutiérrez Vayón, Antonio Hernández o Fernández, Juan de Illanes, Francisco de Izásaga, Juan de Mangas, Alonso Márquez, Diego de Matamoros, Blas de Medina, Diego de Mejía, Diego de Moreno, Lorenzo Muñoz, Alonso Martín de Noguel, Alonso Ortiz, Baltazar Osorio, Cristóbal Palacios, Pedro de Porres, Mateo de Rebolledo, Alonso de Robles, García Rodríguez, Sebastián Rodríguez, Cristóbal de Segovia, García de Soria, Alonso de Tapia, Francisco de Tapia, Juan de Vargas, Fray Gonzalo de Vera y dos negros esclavos de Orellana.

He creído de interés la transcripción de esta lista porque el lector podrá comprobar con la nómina de los pobladores de Quito, epigrafiada en los muros de la catedral, o con la de los pobladores de Riobamba, que consta en los libros de Cabildo, cuántos de estos expedicionarios fueron pobladores de Quito. Algunos de ellos estaban con Benalcázar en su conquista del Norte y regresaron ante la atracción del país de la Canela.

No es del caso analizar si fueron las circunstancias las que llevaron lejos la embarcación e imposibilitaron el regreso o si Orellana traicionó a su jefe y pariente para emprender por su cuenta en la nueva aventura.

Estos sesenta hombres fueron los que, tras de grandes penalidades, llegaron al Amazonas y al Atlántico, después. La llegada al Amazonas se ha señalado en el día 12 de febrero en que Carvajal escribe: "Día de Santa Olalla, habiendo ya pasado once días de febrero después que partimos del asiento de los clavos, se juntaron dos ríos con el río de nuestra navegación, y eran grandes, en especial el que entró a la mano diestra como veníamos el agua abajo; el cual deshacia y señoriaba todo el río, y parecía que le consumía en sí; porque venía tan furioso y con tan grande avenida que era cosa de mucha grima y espanto ver tanta palizada de árboles y madera seca como traía, que pusiera grandísimo temor mirarle desde tierra, cuanto más andando por él".

Se ha convenido en reconocer al Amazonas en este nuevo río; sin embargo de que habría para considerar que la fecha de llegada fuera el 12 de mayo, en que el mismo cronista escribe: "Cumplidos doce días del mes de mayo de mil quinientos cuarenta y dos años, llegamos a las poblacio-

nes de la provincia de Machiparo, de la cual traíamos noticia desde Aparia; y también veníamos informados de otro señorío que se dice Omagua, que confina con la tierra de este Machiparo”.

Es la verdad que es por estos días que se cumplen cuatrocientos años del descubrimiento del Amazonas”.

I S A A C J. B A R R E R A

LAS NUEVAS FRONTERAS DEL ECUADOR

Por un sarcasmo del destino, en los días mismos en que el Ecuador, heredero de la Presidencia de Quito, aprestábase a celebrar la cuatricentenaria hazaña del descubrimiento del Amazonas, una de las páginas más gloriosas de su historia, escrita con la sangre de sus aborígenes y la audacia de sus primeros vecinos hispanos, el Convenio de Río de Janeiro, en gesto de fementido panamericanismo, olvidando el derecho que asistía al débil y atento sólo a las exigencias del fuerte —porque así lo pedían las circunstancias de un continente que quería dar al mundo la impresión de que en él reinaban la paz y el derecho— ha negado su condición de país amazónico y lo ha estrechado entre los Andes y el mar, polonizándolo, como que en América faltaran los espacios vitales, moderna justificación del afán expansionista de algunos pueblos no sólo del Viejo Continente, sino también de éste que llamamos Nuevo.

En estas horas sombrías para el mundo, había que salvar la unidad continental. Y si para ello era menester sacrificar a un pueblo, había que hacerlo. Y así, el Pacto de Río resultó para el Ecuador un nuevo Múnich. Pero ojalá con este sacrificio se satisfaga el Perú ensoberbecido de hoy, y quiera el futuro rectificar nuestra creencia de que el vecino que ahora nos rodea por el sur y por el oriente, envalentonado con el fácil triunfo de este su año glorioso, acaso sueñe mañana con la reconstrucción del Tahuantinsuyo indiano o del colonial Virreinato.

El Ecuador, con digno estoicismo, ha recibido el Pacto de Río y sabrá respetarlo, pero nadie puede quitarle el derecho de lamentar su suerte ni obligarle a transformar en eufórica sonrisa su justo rictus de amargura.

La línea limítrofe impuesta al Ecuador en el Protocolo

de 29 de enero último, no sólo que no responde ni remotamente a los derechos que nuestro país quiso someter a la decisión de cualquier arbitraje, sino que ni siquiera se acerca a las mismas líneas que el Perú consideró justas alguna otra ocasión, como la del Tratado Herrera-García de 1890, reformada por su Congreso. Esta línea no es pues, en consecuencia, sino el resultado de la agresión y de la fuerza.

El Perú invadió la Provincia de El Oro en el suroccidente y cometió depredaciones tales en ella, que el Ecuador, por ver regresar a su seno ese jirón de tierra mártir, tuvo que renunciar a sus diáfanos derechos sobre inmensos territorios de la Hoya Amazónica, y, sobre todo, a las orillas del gran río. Con lo cual se prueba que en la capital brasileña no se impusieron ni la justicia ni la equidad, sino la ley del más fuerte. Con este antecedente, para el Ecuador respira ironía, sarcasmo, por decir lo menos, que en la **Información de la Oficina de Límites de Lima** con que se acompaña el texto del Protocolo de 29 de enero, para su publicación en la prensa peruana, se afirmen cosas reñidas con la verdad histórica. Al referirse al curso inferior del Santiago, por ejemplo, dice "que la línea reconoce al Perú la totalidad de este río hasta el Marañón, desestimando la más insistente demanda ecuatoriana". El curso total del Santiago no lo demandaba el Ecuador porque sí. Ese valle nunca constituyó ni Tumbes, ni Jaén, ni Mainas, las clásicas provincias disputadas. Tan claro era el derecho ecuatoriano sobre el curso de este río, que el mismo Congreso del Perú, en 1890, al rectificar la línea del Tratado Herrera-García, trazó una recta que iba desde la boca del Canchis en el Chinchipe hasta la desembocadura del Santiago sobre el Marañón, y de este punto otra recta a la confluencia del Pinches con el Pastaza. Dentro de este ángulo, a manera de eje, corría el Santiago cuya ecuatorianidad sólo el Perú conquistador de hoy ha querido desconocerla.

El Dr. Arturo García (Padre), el más distinguido diplomático peruano, de cuya honradez y justicia guarda el Ecuador gratísimo recuerdo, en su célebre **Memoria** elevada a su Gobierno sobre los arreglos limítrofes que se le encomendaran ante el nuestro, afirma: "Según las relaciones de Gómez de Arce, Gobernador de Mainas en 1776, de Requena en 1785, de Diego Calvo en 1803, consta que el último pueblo de Mainas por el lado de occidente o sea por el alto Marañón, y en la orilla septentrional era Borja, antes

del Pongo de Manseriche; y que su último pueblo al norte era Andoas sobre el Pastaza. Por el este confinaba con las colonias portuguesas, y comprendía la misión baja del Putumayo hasta el pueblo de Concepción.

Lo más importante para nosotros es fijar su límite occidental, y en este punto sabemos que **el río Santiago no formaba parte de la antigua Provincia de Mainas**. El Gobernador Gómez de Arce en su informe, al enunciar diversos arbitrios para mejorar las misiones, propone:

"El río **Santiago** con su corto vecindario de 34 almas de gente blanca y 27 de indios, se **agregue a esta jurisdicción**; porque sólo desde ella se puede reconocer aquel río y estrechar los jibaros que ocupan las aguas de Cuenca y Zamora."

"Si, pues, en 1776 se pedía que el río Santiago se agregase a la jurisdicción de Mainas, era porque hasta entonces no le pertenecía; y no hay documento que pruebe que le fue agregado después.

"Llegando Mainas hasta el pueblo de Borja y no **avanzando hasta el río Santiago**, no hay más lindero posible que el Pongo de Manseriche y el ramal o declive que lo forma."

Pero pese a estas declaraciones de un diplomático peruano, el Perú sigue hablando de la peruanidad de esa región y considera que la demanda ecuatoriana sobre ella se la desestimó porque era injusta. La escueta verdad es la de que el derecho cuando no tiene el respaldo de la fuerza deja de ser tal, en tanto el atropello del fuerte deviene en derecho con el consenso del débil y del fuerte.

Y más adelante, con igual énfasis, añade el Documento de la Cancillería de Lima: "La secular exigencia ecuatoriana, sostenida hasta el último momento en las gestiones de Río de Janeiro, de tener salida al Marañón y al Amazonas, ha quedado definitivamente descartada, hallándose la línea de frontera muy lejos de estos grandes ríos peruanos."

Para el Perú, en cuyos arreglos limítrofes nótase una línea de conducta muy diversa, de acuerdo con la capacidad bélica del vecino, ha constituido la cosa más natural desconocer el derecho del pequeño Ecuador a [as márgenes del Amazonas, sin guardar la menor consecuencia con los actos y declaraciones de su historia diplomática: hubo ocasiones en que la Cancillería Peruana al ser requerida por la Colombiana para delimitar las fronteras de esos países en la Hoya Amazónica, habíase negado a tratar sobre cuestiones territoriales con Colombia, afirmando rotundamente desconocer

sus derechos sobre esos territorios, reconociendo en consecuencia que el Ecuador era la nación con la cual delimitaba por el norte en el Amazonas. Pero más tarde, en 1922, como el Ecuador cada día resultaba más débil y Colombia, en cambio, más fuerte, ese mismo Perú que creyó que entre él y Colombia se interponía el Ecuador desde el Pacífico hasta el Brasil, ni sostuvo entonces la intangibilidad de Mainas ni la peruanidad de las riberas amazónicas, teniendo más bien, por el contrario, que reconocer el derecho de Colombia a las márgenes del gran río, dándole acceso sobre una banda de más de 100 kilómetros, que va desde la desembocadura del Atacuari hasta Tabatinga, en el célebre trapezio de Leticia, que dió oportunidad al mundo de conocer la no muy sólida moralidad internacional del Perú.

Y si Colombia había tenido derechos sobre el Amazonas, por qué no iba a tenerlos el Ecuador? Lo que éste no tuvo fué la fuerza con que respaldarlos. Y en no habiendo ésta, el derecho y la justicia merecen, como hemos visto, el mismo respeto en América que en Europa!

Que se hable, pues, al pueblo peruano de que se ha impuesto la tesis de su país, que se le invite a celebrar el triunfo, que se entonen epinicios en honor de sus dirigentes, que el Arzobispo de Lima bendiga a los invasores, es razonable; pero que se siga encubriendo la injusticia con declaraciones como las de que "la línea fronteriza es la misma que correspondía al Perú en el momento de su independencia", que las fuerzas peruanas tuvieron que ocupar El Oro, **para prevenir posibles acciones del Ecuador en la frontera noroeste**", "que el Ecuador ha tenido que reconocer la peruanidad de Tumbes, Jaén y Mainas porque no le asistía el derecho", "que el Perú es el que ha hecho concesiones territoriales inmensas en aras de la paz" y que, por fin, el Ecuador debe bendecir las realizaciones panamericanas, porque "los peruanos no han hecho del triunfo sino una gala en homenaje a la solidaridad del Continente, dando al Ecuador posesión de lo que aunque no le deje contento, **jamás hubiera obtenido en cualquier otro terreno**", respira francamente para nosotros los ecuatorianos una amarga ironía.

Se invadió nuestros territorios, y, ante el dilema de continuar soportando el doloroso éxodo de compatriotas que huían de la bota invasora o el de renunciar a inmensos territorios de la Hoya Amazónica que por hoy ni el Perú, ni el Ecuador, ni Colombia, ni el Brasil mismo pueden dominarlos, preferimos lo segundo. Esta es la escueta verdad.



Y veamos ahora a lo que ha quedado reducida nuestra heredad territorial, gracias al Protocolo de Río.

En la Provincia de El Oro, la línea del statu-quo de 1936 ha sufrido variaciones en detrimento del Ecuador, en los orígenes del Zarumilla, pues en lugar de la quebrada Faical, Maseta del Caucho y cordillera de Gaona que fué el límite respetado hasta julio de 1941, éste retrocede al norte, pasando por la quebrada Balsamal o de Las Lajas, de donde va al río Puyango hasta la confluencia con la quebrada Cazaderos, dejando al Perú un pequeño sector de gran valor estratégico. Entre la quebrada Cazaderos que constituye el nuevo límite y el antiguo que iba más al sur pasando por las cordilleras Cocha de Palo Negro, El Barco y Moyotín, igualmente, queda para el Perú otro pequeño sector de terreno que sumado al anterior tal vez llegan a un centenar de kilómetros cuadrados.

En la zona amazónica, de suroeste a noroeste, el Perú llega en el curso de los tributarios septentrionales del Amazonas hasta donde éstos pueden ser surcados por embarcaciones a vapor, dejando para nuestro país las cabecezas desde donde ningún barco de bandera ecuatoriana podrá prácticamente llegar al Amazonas; de tal modo que el Art. VI del Protocolo de Río sobre los derechos de navegación, si no se rectifica la línea en alguna forma al fijar sobre el terreno la demarcación definitiva, será un bello enunciado carente de toda practicidad, que no sirviera sino para atenuar la crudeza de la mutilación....

En la cuenca del Santiago, sin embargo de que este río no es propiamente navegable y de que desemboca antes del Pongo de Manseriche, el Perú ocupa todo su curso y avanza hasta la confluencia del Yaupi, a un escaso centenar de kilómetros al oriente de Cuenca. Aquí, como ya lo dijimos, el Perú no podía aducir en su favor ni la Cédula de 1802 ni la peruanidad de Túmbez, Jaén y Mainas, por que la cuenca de este río nunca estuvo comprendida dentro de estas provincias coloniales. El Santiago siempre formó parte del Yahuarzongo de Juan de Salinas, que se repartieron más tarde el Corregimiento del Loja y la Gobernación de Macas.

En el curso del Morona no se señala ningún punto, pero nos imaginamos que al Ecuador cuando más le que-

dará Puerto Proaño, en la confluencia del Makuma con el Mangosisa, aunque nos tememos que el Perú, ciñéndose al espíritu peruano del Pacto, que es el de cerrar al Ecuador toda posibilidad de navegación hacia el Amazonas, quiera dejarle sólo el vértice interno que forman los ríos confluentes señalados en el Protocolo, lugares donde seguramente no sea posible la formación de futuros puertos.

En el curso del Pastaza se señala la confluencia del Bobonaza, a tres días de navegación de Andoas, remontando la corriente. Desde este sitio tampoco el Ecuador podrá prácticamente aprovechar el Pastaza para bajar algún día al Amazonas.

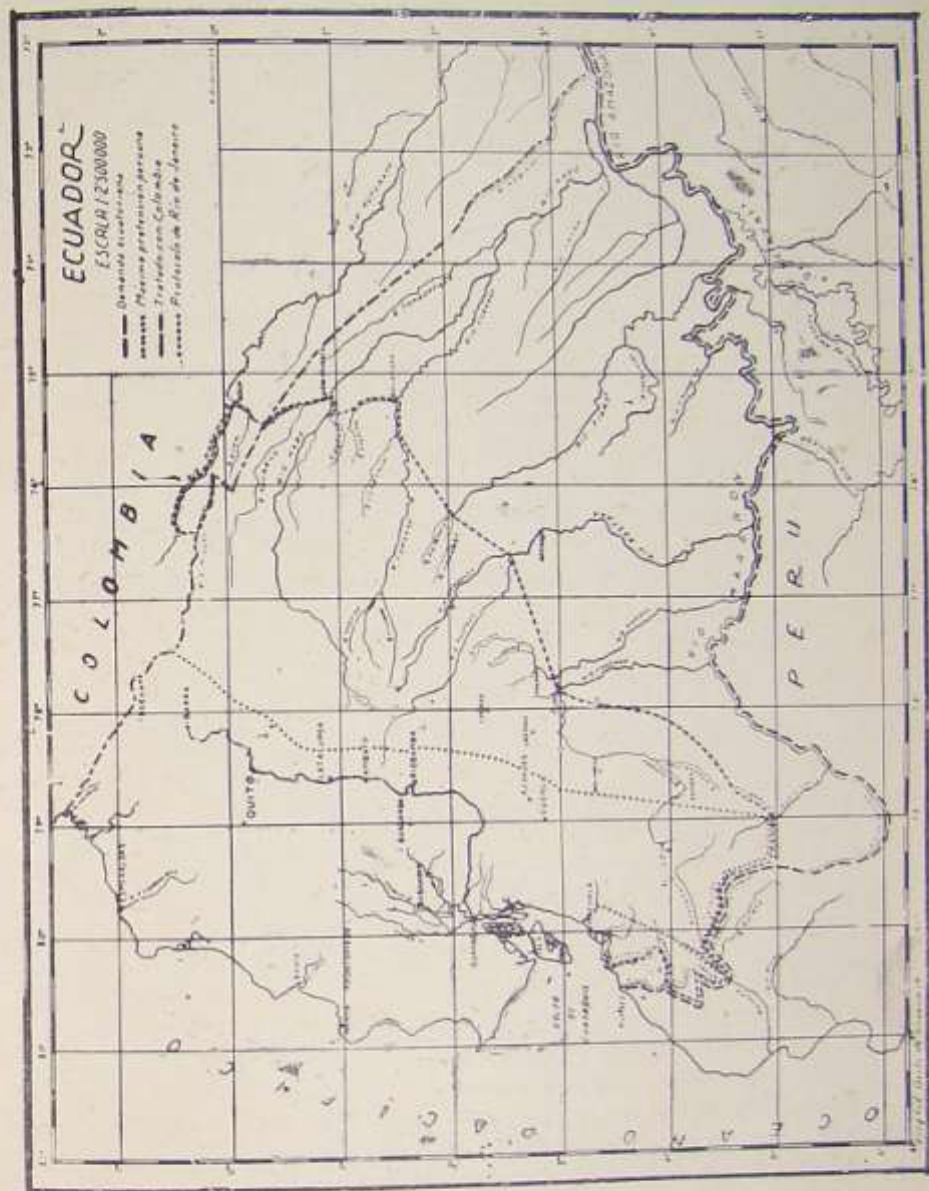
En el curso del Tigre apenas el Ecuador llegua a sus cabeceras, es decir a la confluencia del Cunambo con el Pintero-yacu, de tal modo que por éste, menos que por cualquier otro, puede pensarse en una salida al gran río.

En el Curaray, afluente del Napo, apenas llegamos aguas abajo hasta Bellavista, quedándonos muy lejos de su desembocadura, punto hasta donde avanzaba la línea del Tratado Herrera-García, reformada por el Congreso del Perú.

En el Napo, mientras el vecino avanza por la banda derecha hasta la confluencia con el Yasuní formando un ángulo incomprensible, el Ecuador por la izquierda llega hasta la confluencia con el Aguarico. Con lo cual perdemos Rocafuerte, quedándonos con sólo el ángulo interno formado por el Napo y el Aguarico, donde acaso no existan las mismas facilidades para la formación de un puerto, desde el cual puedan partir las embarcaciones que lleven algún día nuestra bandera a las aguas amazónicas.

En el Putumayo viene la gran compensación hecha por el Perú a las inmensas pérdidas anotadas en el curso de los ríos anteriores: la pequeña banda de 370 m. de la orilla derecha que nos fuera reconocida por Colombia en 1916, a partir de la boca del Sucumbíos, ha sido ampliada hacia el noroeste hasta la desembocadura del Cuhimbé y hacia el sureste hasta la del Güepí. Desgraciadamente, la economía de la Sierra ecuatoriana gravita por el oriente hacia las cuencas del Napo, del Pastaza, del Morona y del Santiago, siendo allí donde el Perú cabalmente se ha colocado en los sitios precisos donde principia la navegación a vapor, cerrando, en consecuencia, para el futuro nuestras posibles vinculaciones comerciales directas con el Amazonas y el Atlántico.

Sin embargo, el Ecuador, como con acierto anota su Cancillería, "con un consciente e ineludible criterio de reali-



dades, en la hora presente, ha firmado aquel convenio, considerando que, si bien representa un sacrificio para su derecho, le evitará otros males, y podrá ser, al amparo de una tranquilidad constructiva y bien orientada, el punto inicial para una vida nueva y floreciente"

Y por fin, concretemos en cifras el valor de los cercenamientos territoriales sufridos por el Ecuador, para luego calcular la amplitud de su heredad actual, después del Pacto de Río.

En la Hoya Amazónica se pierde la vasta región comprendida entre el Chinchipe-Amazonas, que era la línea que el Ecuador creyó siempre de su derecho, y la señalada en el Protocolo de 29 de enero de este año, que puede calcularse en 168.000 km. cuadrados, como puede apreciarse en el mapa que se acompaña.

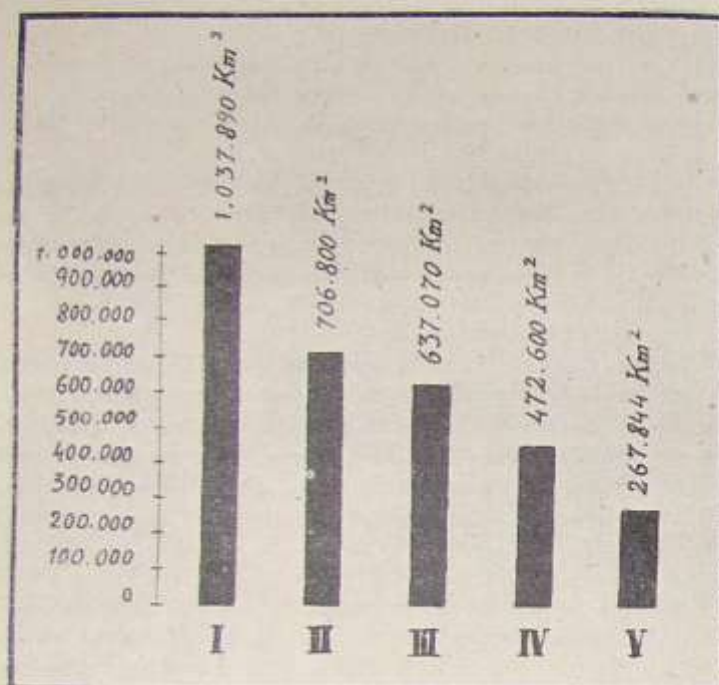
Con la nueva delimitación que ha sido el corolario de un largo proceso de desmembraciones territoriales sufridas por el Ecuador desde que fuera Presidencia de Quito, según puede observarse en el gráfico, apenas queda el país reducido en su porción continental a unos 260.000 km. cuadrados, los que sumados a los 7.844 km. que miden las Islas Galápagos, dan una cifra que sólo supera a la del Uruguay en Sud América.

Pero los países no sólo hacen su grandeza sobre la base de una inmensa heredad territorial: la hacen también por la cultura de sus hijos, por la bondad de sus instituciones de verdadera raigambre democrática, y a ello está resuelto el pequeño país del Pacífico aprisionado ahora por el Perú en más de la mitad de su corto perímetro continental, por el sur y por el oriente.

De hoy en adelante, el mayor orgullo del Ecuador consistirá, si en día no lejano, gracias al trabajo renovador a que está resuelto, pueda afirmarse de él que háse convertido en el Uruguay occidental de esta América nuestra.

F A N C I S C O T E R A N

LAS DESMEMBRACIONES TERRITORIALES DEL ECUADOR



I.—Extensión de la Presidencia de Quito incluida en el Virreinato de Santa Fe, según los límites de la Cédula Real de 1740, que demarcó los Virreinos de Lima y Santa Fe.

II.—El Ecuador en 1832, después de convenir provisionalmente en el norte con el límite señalado por la Ley de División Territorial de la Gran Colombia, de 1824, y en el sur con la línea del Protocolo Pedemonte-Mosquera, de 1830.

III.—El Ecuador en 1904, después de firmado el Tratado Tobar-Río Branco con el Brasil, que limitó sus derechos en el Oriente a la línea Tabatinga-Apoporis.

IV.—El Ecuador en 1916, después de firmado el Tratado Muñoz Vernaza-Suárez con Colombia, que limitó en el norte y noroeste sus derechos a la línea Mataje-Carchi-Sucumbios-divortium acquarem del Napo y Putumayo-Ambiyacu.

V.—El Ecuador en 1942, después de firmado el Protocolo de Río de Janeiro de 29 de enero, cuya línea va por los declives de los Andes en el Oriente y por el Zarumilla-Macarará-Canchis en el sur.

DESCUBRIMIENTO DEL RIO DE LAS AMAZONAS

Fray Gaspar de Carvajal.— Religioso español de la Orden de Santo Domingo, llegó al Perú en 1533 y vino a Quito con Gonzalo Pizarro. Penetró al país de la Canela acompañando al Gobernador de Guayaquil Francisco de Orellana, a quien le cupo en suerte ser el descubridor del Amazonas. El P. Carvajal fué uno de los 57 hispanos que le acompañaron en la azarosa travesía, anotando diariamente las incidencias de la magna aventura, a más de haber sido copartícipe de muchas de ellas, como la del ataque que sufrieron en las orillas del gran río, de cuyo resultado el célebre dominico perdió un ojo. Su "Relación" del nuevo descubrimiento del famoso río grande que descubrió por muy gran ventura el Capitán Francisco de Orellana desde su nacimiento hasta salir a la mar, con cincuenta y siete hombres que trajo consigo y se echó a su aventura por el dicho río, y por el nombre del Capitán que le descubrió se llamó el "Río de Orellana", es el relato sencillo hecho en el lenguaje de la época, y que ha llegado hasta nosotros gracias a la copia de Muñoz, a la de Gómez de Oviedo, y a la del ilustre historiógrafo chileno D. Toribio Medina, cuyo es el fragmento que hoy reproducimos.

RELACION QUE ESCRIBIO FR. GASPARD DE CARVAJAL,
FRAILE DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO DE GUZ-
MAN, DEL NUEVO DESCUBRIMIENTO DEL FAMOSO
RIO GRANDE QUE DESCUBRIO POR MUY GRAN VEN-
TURA EL CAPITAN FRANCISCO DE ORELLANA DESDE
SU NACIMIENTO HASTA SALIR A LA MAR, CON CIN-
CUENTA Y SIETE HOMBRES QUE TRAJÓ CONSIGO Y
SE ECHO A SU AVENTURA POR EL DICHO RIO, Y POR
EL NOMBRE DEL CAPITAN QUE LE DESCUBRIO SE
LLAMO EL RIO DE ORELLANA

Por la mucha noticia que se tenía de la tierra de la Canela y para ver al Gobernador, Orellana, se dirige a Quito

Para que mejor se entienda todo el suceso desta jornada se ha de presuponer que este capitán Francisco de Orellana era capitán y teniente de gobernador de la ciudad de Santiago. (1) la que él en nombre de Su Magestad pobló y con-

(1) La ciudad de Santiago de Guayaquil.

Muy confusa anda en los cronistas la historia de las diversas fundaciones que ha tenido esta ciudad, y es lo cierto que hoy ni en los archivos de España ni en el Ecuador se conserva testimonio auténtico del hecho.

Pedro Cieza de León dice que la primera fundación la hizo en 1534 Sebastián de Benalcázar, en la boca del río Babahoyo; pero Alcedo sostiene que la verificó Francisco Pizarro un año antes en la bahía de Charapotó. Es constante que Benalcázar dejó allí por alcalde y capitán a un Diego Daza, y que, sublevados los indios, mataron a todos los capañoles, con excepción de Daza y cinco o seis de sus compañeros que lograron escapar a Quito. Deseoso de escalear a los sublevados y de fundar de nuevo el pueblo, Daza regresó allí, en unión del Capitán Tapia y de algunos soldados, sin lograr su intento; y como por ese entonces Benalcázar había salido a unos descubrimientos por el norte, y Francisco Pizarro supiese lo que pasaba, despachó desde Lima, con el mismo propósito, al Capitán Zaera, quien estaba ya entendiendo en el repartimiento de los naturales de las vecindades cuando fué llamado a toda prisa para que acudiese al socorro de la capital, que tenían cercada los indios, y así hubo de despoblarse de nuevo aquel asiento.

En estas circunstancias fué cuando el mismo Pizarro despachó a Orellana, en 1538, para que con mayor número de soldados y caballos, como entonces se decía, hiciese la población en mejor sitio y más dispuesto, como lo ejecutó en la orilla occidental del río de su nombre. Cieza (*Crónica del Perú*, cap. LV), seguido de Herrera (*Descripción de las Indias*, pág. 37), dice que esta fundación tuvo lugar en 1537, fecha que está evidentemente equivocada, puesto que habiéndose dado a Orellana por Pizarro título para que verificase la conquista y población de la provincia después de la batalla de las Salinas (Abril de 1538), la fundación no ha podido verificarse antes de este último año.

Vamos ahora a dar a conocer un documento que da fe de

cómo desempeñó Orellana su cometido y que confirma de la manera más amplia lo que dejamos establecido.

Es una información rendida en San Francisco de Quito, en Noviembre de 1571, por Martín Ramírez de Guzmán, de los servicios hechos por su padre Rodrigo de Vargas, en la cual se encuentra la pregunta trece del interrogatorio que dice así: "Item, si saben que después de la dicha población de la ciudad declarada en la pregunta antes de ésta, en las conquistas y entradas que se ofrecieron, el dicho Rodrigo de Vargas, sirvió en ellas personalmente e a su costa; e acabada la batalla de Salinas, queriendo gratificar el marqués D. Francisco Pizarro a algunas personas que de su parte se habian hallado contra D. Diego de Almagro, el dicho Marqués envió a conquistar y poblar la provincia de Guayaquil, por caer en el repartimiento de Yagual, al capitán Francisco de Orellana e con él vinieron otras personas señaladas para el dicho efeto, y se mandó al dicho Rodrigo de Vargas que viniese con él, por tener allí también su repartimiento; y así vinieron, y en la conquista y población de los chonos del río y gente de la dicha provincia, por ser belicosa y la tierra áspera, llena de ciénegas e manglares, y en ello el dicho Rodrigo de Vargas sirvió muy escogidamente, padeciendo muchos trabajos."

He aquí lo que los testigos declararon al tenor de esta pregunta:

Gaspar Ruiz, "que vido a Orellana contenido en la pregunta que vino por teniente de la cibdad de "Puerto Viejo", por mandato de D. Francisco Pizarro, y llegado que fué, fué con cierta gente a conquistar la provincia de Guayaquil, que eran los "guancavilcas", lo cual sabe este testigo porque fué con el dicho Orellana e vido que pasó lo que dicho tiene".

El capitán Diego de Sandoval, "que viniendo de la cibdad de Panamá, "llegó a la cibdad del Puerto Viejo", donde estaba por capitán de la cibdad el Capitán Orellana, que había venido de donde la pregunta dice, é vido así mismo al dicho Rodrigo de Vargas, que estaba en compañía del dicho Orellana, é anduvieron en la conquista de la dicha provincia. . . ."

Francisco de Illescas dijo que "este testigo vino con el Capitán Zaera a la conquista de la provincia de Guayaquil, y llegados que fueron a ella, como de la cibdad de Puerto Viejo venía un capitán con cierto número de gente para la conquista de esta provincia, entre los cuales venía el dicho Rodrigo de Vargas, que tenía en encomienda el pueblo de los lemos se juntó a una gente de españoles con la otra, y estando allí el dcho Capitán Zaera acordó con su gente, é por mandado del dicho Marqués D. Francisco Pizarro, á se volver a

quistó a su costa, y de la Villa Nueva de Puerto Viejo (2)

la dicha cibdad de los Reyes al socorro della, porque tenía nueva como estaban todos los naturales de estos reinos alzados en compañía de "Mango lnga", con el cual este testigo es fué....."

Francisco Pérez de Bivero: "que sabe é vió cómo el dicho marqués D. Francisco Pizarro envió al capitán Francisco de Orellana con gente para que viniese a conquistar esta provincia de Guayaquil, adonde vinieron e mandaron al dicho Rodrigo de Vargas é á otros vecinos de la dicha cibdad de Puerto Viejo", que tenían sus repartimientos de indios en esta provincia de Guayaquil, viniesen y se hallasen en la conquista della....."

Juan de Vargas que al parecer fué hijo del capitán de su mismo nombre y apellido que acompañó a Orellana en su viaje por el Marañón abajo, dijo "que después que este testigo llegó a la dicha cibdad de Puerto Viejo, vido cómo, por mandato del dicho marqués D. Francisco Pizarro, el dicho capitán Francisco de Orellana con gente vino a la conquista e pacificación de esta dicha cibdad de Guayaquil, a la cual por caer el repartimiento de Yagual del dicho Rodrigo de Vargas, é en su término y jurisdicción, le mandaron se viniese a hallar en la conquista y pacificación de la dicha tierra."

Francisco Perdomo: "que vino en compañía del dicho capitán Francisco de Orellana a la dicha conquista desta provincia que vino a la hacer por mandato y comisión del dicho marqués D. Francisco Pizarro.

Guayaquil, sin embargo, no subsistió en el sitio elegido por Orellana": trasladóse después a la parte que llamaron "Ciudad vieja", y últimamente, en 1693, al paraje donde hoy está; "y por haberse aumentado considerablemente su vecindario, manifiesta Alcedo, "forman una de las dos, que son como barrios separados... *Diccionario de América*, t. II pág. 330.

En la obra de D. Dionisio de Alcedo y Herrera, titulada *Compendio histórico de la provincia, partidos, ciudades, astilleros, ríos y puerto de Guayaquil*, Madrid, 1741, 4º, apesar de lo que de su título y autor podía esperarse, no se halla una palabra relativa a las fundaciones de la ciudad.

(2) La Villa de Puerto Viejo fué fundada, bajo la advocación de San Gregorio, el 12 de Marzo de 1535, por Gonzalo de Olmos, en nombre de Pizarro. Situada en su origen a orillas del mar, se trasladó en 1628 a cuatro leguas de distancia, por haber sido saqueada por el corsario L'Heremite: Alcedo, *Diccionario geográfico de América*, t. III, pág. 317. Dionisio de Alcedo, *Compendio histórico de Guayaquil*, pág. 55.

ques en las Provincias del Perú; y por la mucha noticia que se tenía de una tierra donde se hacía canela, por servir a Su Magestad en el descubrimiento de la dicha canela, sabiendo que Gonzalo Pizarro, en nombre del Marqués, (3) venía a gobernar a Quito y a la dicha tierra quel dicho Capitán tenía a cargo; y para ir al descubrimiento de la dicha tierra, fué a la villa de Quito, donde estaba el dicho Gonzalo Pizarro, a le ver y meter en la posesión de la dicha tierra.

Orellana acuerda con Pizarro para ir al descubrimiento de la tierra de la Canela.— Gasta cuarenta mil pesos en aderezar su división expedicionaria en Guayaquil

Hecho esto, el dicho Capitán dijo al dicho Gonzalo Pizarro como quería ir con él en servicio de Su Magestad y llevar sus amigos y gastar su hacienda para mejor servir; y esto concertado, el dicho Capitán se volvió a retornar a la dicha tierra que a cargo tenía y a dejar en quietud y sosiego las dichas ciudad y villa, y para seguir la dicha jornada gastó sobre cuarenta mil pesos de oro en cosas necesarias, y, aderezado, se partió para la villa de Quito, donde dejó al dicho Gonzalo Pizarro, y cuando llegó le falló que era ya partido, de cuya causa el Capitán estuvo en alguna (*) confusión de lo que había de hacer, y se determinó de pasar adelante y lo seguir, (*..roto..*)

(3) D. Francisco Pizarro, a quien se ha llamado Marqués de Charcas, y más generalmente de Los Atavillos. La verdad es, sin embargo, que Carlos V. al crearle marqués, no le señaló tierras ni designación alguna al título. En cédula firmada en Monzón a 10 de Octubre de 1537 le dice, en efecto, el Emperador, después de manifestar que encarga al Obispo Valverde que le informe de la parte donde le podrían señalar vasallos: "Solicitaréis que con brevedad se haga, para que, venido, yo vos mande enviar el título y provisión de dicha merced; y entretanto llamaros eis Marqués, como yo os lo escribo, que por no se saber el nombre que terná la tierra que se os dará, no se envía agora el dicho título."

(*) Desde aquí existe una laguna en la copia de Muñoz.

Orellana parte a Quito y luego hacia el Oriente, a pesar de las advertencias de enormes riesgos.— Peligrosas acometidas de los Indios y terribles hambres que soporta con sus 23 hombres, hasta llegar a Motín

Aunque los vecinos de la tierra se lo estorbaban por haber de pasar por tierra muy belicosa y fragosa y que temían lo matasen, como habían hecho a otros (4) que habían ido con muy gran copia de gente; pero no obstante esto, por servir a Su Majestad, determinó con todo este riesgo de seguir tras el dicho Gobernador; y así, padeciendo muchos trabajos, así de hambres como de guerras que los indios le daban, que por no llevar más de veinte y tres hombres muchas veces le ponían en tanto aprieto que pensaron ser perdidos y muertos en manos de ellos, y con este trabajo caminó (*..roto..*) leguas desde el Quito, en el término de las cuales perdió cuanto llevaba, de manera que cuando alcanzó al dicho Gonzalo Pizarro no llevaba sino una espada y una rodela, y sus compañeros por el consiguiente, y desta manera entró en la provincia de Motín, donde estaba el dicho Gonzalo Pizarro con su real, y allí se juntó con él y fué en demanda de la dicha canela:

El Padre Carvajal testigo presencial de la llegada de Orellana y de sus hechos posteriores.— Gonzalo Pizarro va en persona a descubrir la Canela

y aunque esto que he dicho hasta aquí no lo vi ni me hallé en ello, pero informéme de todos los que venían con el

(4) ...“Que temían lo matasen (á Orellana) como habían hecho a otros que habían ido con muy gran copia de gente”... Creemos que con estas palabras el P. Carvajal sólo puede referirse a Gonzalo Díaz de Pineda, que, como dice Herrera, en 1536 pasó la gran Cordillera, “entró en la tierra de los Quijos y la Canela, y fué el primero que lo hizo y la reconoció”... *Década V. lib. X, cap. XIV.* “Este con cantidad de españoles, añade Oviedo, allegó descubriendo hasta unas sierras muy grandes, y en las faldas dellas salieron muchos indios a le defender el paso adelante, y le mataron algunos españoles, y entre ellos un clérigo.”

dicho Capitán, porque estaba yo con el dicho Gonzalo Pizarro y le vi entrar a él y sus compañeros de la manera que dicho tengo; pero lo que de aquí en adelante dijere será como testigo de vista y hombre a quien Dios quiso dar parte de un tan nuevo y nunca visto descubrimiento, como es este que adelante diré. Después que el dicho Capitán llegó al dicho Gonzalo Pizarro, que era gobernador, fué en persona a descubrir la canela, y no halló tierra ni disposición donde a Su Magestad pudiese hacer servicio, y así determinó de pasar adelante, y el dicho Capitán Orellana en su seguimiento con la demás gente, y alcanzó al dicho Gobernador en un pueblo que se llamaba Quema, que estaba en unas zabanas ciento treinta leguas de Quito, y allí se tornaron a juntar; y el dicho Gobernador queriendo enviar por el río a bajo a descubrir, hobo pareceres que no lo hiciese, porque no era cosa para seguir un río y dejar las zabanas que caen a las espaldas de la villa de Pasto y Popayán, en que había muchos caminos; y todavía el dicho Gobernador quiso seguir el dicho río, por el cual anduvimos veinte leguas, al cabo de las cuales hallamos unas poblaciones no grandes,

Gonzalo Pizarro ordena construir un barco, con los escasos materiales y herramientas de que disponía.— Orellana no fue del parecer que se hiciera dicho barco

y aquí determinó el dicho Gonzalo Pizarro se hiciese un barco para navegar el río de un cabo al otro por comida, que ya aquel río tenía media legua de ancho; y aunque el dicho Capitán era de parecer que no se hiciese el dicho barco por algunos buenos respectos, sino que diesen vuelta a las dichas zabanas y siguiésemos los caminos que iban al dicho ya poblado, el dicho Gonzalo Pizarro no quiso sino que se pusiese en obra el dicho barco; y así, el Capitán Orellana, visto esto, anduvo por todo el real sacando hierro para clavos y echando a cada uno la madera que había de traer, y desta manera y con el trabajo de todos se hizo el dicho barco, en el cual metió el dicho Gobernador Pizarro alguna ropa y indios dolientes,

Descontento por falta de comida, Orellana manifiesta a Pizarro, que se determinaba seguir río abajo, aventurándose por alimentos

y seguimos el río abajo otras cincuenta leguas, al cabo de las cuales se nos acabó el poblado y íbamos ya con muy gran necesidad y falta de comida, de cuya causa todos los compañeros iban muy descontentos y platicaban de volver y no pasar adelante, porque se tenía noticia que había gran despoblado; y el Capitán Orellana, viendo lo que pasaba y la gran necesidad en que todos estaban, y que había perdido todo cuanto tenía, le pareció que no cumplía con su honra dar la vuelta sobre tanta pérdida, y así se fué al dicho Gobernador y le dijo cómo él determinaba de dejar lo poco que allí tenía y seguir el río abajo, y que si la ventura le favoreciese en que cerca hallase poblado y comida con que todos se pudiesen remediar, que él se lo haría saber, y que si viese que se tarbaba, que no hiciese cuenta dél, y que, entre tanto, que se retrajese atrás donde hubiese comida, y que allí le esperase tres o cuatro días, o el tiempo que le pareciese, y que si no viniese, que no hiciese cuenta dél; y con esto el dicho Gobernador le dijo que hiciese lo que le pareciese:

Orellana con cincuenta y siete hombres parte del Real, en el barco y canoas, con el propósito de luego dar la vuelta, si comida hallaba

y así el Captán Orellana tomó consigo cincuenta y siete hombres, con los cuales se metió en el barco ya dicho y en ciertas canoas que a los indios se habían tomado, y comenzó a seguir su río abajo con propósito de luego dar la vuelta, si comida se hallase; lo cual salió al contrario de como todos pensábamos, porque no fallamos comida en doscientas leguas, ni nosotros la hallábamos, de cuya cabsa padecemos muy gran necesidad, como adelante se dirá; y así, íbamos caminando suplicando a Nuestro Señor tuviese por bien de nos encaminar en aquella jornada de manera que pudiésemos volver a nuestros compañeros.

El segundo día que salimos y nos apartamos de nuestros compañeros nos hubiéramos de perder en medio del río, porque el barco dió en un palo 27 de diciembre y sumióle una tabla, de manera que a no es-

tar cerca de tierra acabáramos allí nuestra jornada; pero púsose luego remedio en sacarse de agua y ponerla un pedazo de tabla, y luego comenzamos nuestro camino con muy gran priesa;

Rapidez de la corriente.—Viajan tres días en busca de alimentos, alejándose considerablemente, sin encontrar poblado

y como el río corría mucho, andábamos a veinte y a veinte y cinco leguas, porque ya el río iba crecido y aumentado así, por causa de otros muchos ríos que entraban en él por la mano diestra hacia el sur. Caminamos tres días sin poblado ninguno. Viendo que nos habíamos alejado de donde nuestros compañeros habían quedado y que se nos había acabado lo poco que de comer traíamos para nuestro camino tan incierto como el que facíamos, púsose en plática entre el Capitán y los compañeros la dificultad, y la vuelta, y la falta de comida, porque como pensábamos de dar luego la vuelta, no metimos de comer; pero en confianza que no podíamos estar lejos, acordamos de pasar adelante, y esto no con poco trabajo de todos,

Imposibilidad de retornar.— Peligro de muerte por causa de la gran hambre que padecían.— Acuerdan seguir la corriente del río, como la única solución posible

y como otro ni otro día no se hallase comida ni señal de población, con parecer del Capitán, dije yo una misa, como se dice en la mar, encomendando a Nuestro Señor nuestras personas y vidas, suplicándole, como indigno, nos sacase de tan manifiesto trabajo y perdición, porque ya se nos traslucía, porque aunque quisiésemos volver agua arriba no era posible por la gran corriente, pues tentar de ir por tierra era imposible: de manera que estábamos en gran peligro de muerte a causa de la gran hambre que padecimos; y así, estando buscando el consejo de lo que se debía de hacer, platicando nuestra aflicción y trabajos, acordóse que eligiésemos de dos males el que al Capitán y a todos pareciese

menor, que fué ir adelante y seguir el río o morir o ver lo que en él había, confiando en Nuestro Señor que tendría por bien de conservar nuestras vidas fasta ver nuestro remedio;

Terrible necesidad que los obliga a comer cueros, cintas y suelas de zapatos.— Desilusión por no encontrar poblado.— Fortaleza que les infunde Orellana

y entre tanto, a falta de otros mantenimientos, vinimos a tan gran necesidad que no comíamos sino cueros, cintas y suelas de zapatos cocidos con algunas yerbas, de manera que era tanta nuestra flaqueza que sobre los pies no nos podíamos tener, que unos a gatas y otros con bordones se metieron en las montañas a buscar algunas raíces que comer, y algunos hubo que comieron yerbas no conocidas, los cuales estuvieron a punto de muerte, porque estaban como locos y no tenían seso; pero como Nuestro Señor era servido que siguiésemos nuestro viaje, no murió ninguno. Con esta fatiga dicha iban algunos compañeros muy desmayados, a los cuales el Capitán animaba y decía que se esforzasen y tuviesen confianza en Nuestro Señor, que pues él nos había echado por aquel río, tendría por bien de nos sacar a buen puerto: de tal manera animó a los compañeros que recibiesen aquel trabajo.

El día de año nuevo de cuarenta y dos pareció a ciertos compañeros de los nuestros que habían oído tambores de indios, y algunos lo afirmaban y otros decían que nó; pero algún tanto se alegraron con esto y caminaron con mucha (más) diligencia de lo acostumbrado; y como a lo cierto aquel día ni otro no se viese poblado, vióse ser imaginación, como en la verdad lo era; y desta causa, así los enfermos como los sanos, desmayaban en tanta manera, que les parecía que ya no podían escapar; pero con las palabras que el Capitán les decía los sustentaba, y como nuestro Dios es padre de misericordia y de toda consolación, que repara y socorre al que le llama en el tiempo de la mayor necesidad:

1º de enero

Orellana es el primero en escuchar tambores, indicios de poblado.— Júbilo de los tripulantes.— Medidas de precaución durante la noche

y es, que estando lunes en la noche, que se contaron ocho (a) del mes de Enero, comiendo ciertas reices montesinas, oyeron muy claramente a 2 de enero tambores, de muy lejos de donde nosotros estábamos, y el Capitán fué el que los oyó primero y lo dijo a los compañeros, y todos escucharon, y, certificados, fué tanta el alegría que todos sintieron, que todo el trabajo pasado echaron en olvido porque ya estábamos en tierra poblada y que ya no podíamos morir de hambre. El Capitán proveyó luego en que por cuartos nos velásemos con mucha orden, porque (..roto..) podría ser los indios habernos sentido y venir de noche y dar sobre el real, como ellos suelen hacer; y así, aquella noche hubo muy gran vela, no durmiendo el Capitán, pareciendo que aquella noche sobrepujaba a las demás, porque deseaban tanto el día por verse hartos de raíces. Siquiera venida la mañana, el Capitán mandó que se aderezase la pólvora y arcabuces y ballestas, y que todos fuesen a punto en armarse, porque 3 de enero a la verdad aquí ninguno de los compañeros estaba sin mucho cuidado por hacer lo que debían. El Capitán tenía el suyo y el de todos; y así por la mañana, todo muy bien aderezado e puesto en orden, comenzamos a caminar en demanda del pueblo.

Los indígenas abandonan su población con abundancia de comestibles

Al cabo de dos leguas que habíamos ido el río abajo vimos venir por el río arriba cuatro canoas llenas de indios a ver y requerir la tierra, y como nos vieron, dan la vuelta a

(a) Evidentemente existe un error en la fecha, pues si salieron del Real el lunes 26 de Diciembre y el lunes en la noche oyeron los tambores indios "aviendo ocho días que caminábamos" (como se expresa en la transcripción de Fernández de Oviedo), es indudable que el día lunes a que se refiere esta transcripción, contaba la fecha 2 de Enero.

gran priesa, dando alarma, en tal manera que en menos de un cuarto de hora oíamos en los pueblos muchos atambores que apellidaban la tierra, porque se oyen de muy lejos y son tan bien concertados que tienen su contra y tenor y tiple: y luego el Capitán mandó que a muy gran priesa remasen los compañeros que llevaban los remos en las manos, porque llegásemos al primer pueblo antes que las gentes se recogiesen; y así fué que a muy gran priesa comenzamos a caminar, y llegamos al pueblo a donde los indios todos estaban esperando a defender y guardar sus casas, y el Capitán mandó que con muy gran orden saltasen todos en tierra y que todos mirasen por uno y uno por todos, y que ninguno se desmandase y como buenos mirasen lo que tenían entre manos, y que cada uno hiciese lo que era obligado: fué tanto el ánimo que todos cobraron en viendo el pueblo, que olvidaron toda fatiga pasada, y los indios dejaron el pueblo con toda la comida que en él había, que no fué poco reparo y amparo para nosotros. Antes que los compañeros comiesen, aunque tenían harta necesidad, mandó el Capitán que corriesen todos el pueblo, porque después estando recogiendo comida y descansando no revolviessen los indios sobre nosotros y nos hiciesen daño, y así se hizo. Aquí comenzaron los compañeros a se vengar de lo pasado, porque no hacían sino comer de lo que los indios tenían guisado para sí y beber de sus brevajes, y esto con tanta agonía que no pensaban verse hartos; y no se hacía esto muy al descuido, porque, aunque comían como hombres lo que habían menester, no olvidaban de tener cuidado de lo que les era necesario para defender sus personas, que todos andaban sobre aviso, las rodelas al hombro y las espadas debajo de los sobacos, mirando si los indios revolvían sobre nosotros; y así estuvimos en este descanso, que tal se puede llamar para nosotros según el trabajo (que) habíamos pasado, fasta dos horas después del medio día, que los indios comenzaron de venir por el agua a ver qué cosa era, y así andaban como bobos por el río;

**Orellana halaga a los indígenas del
lugar y a su cacique, para atraerles y
procurarse alimentos**

y visto esto por el Capitán, púsose sobre la barranca del río, y en su lengua, que en alguna manera los entendía, comenzó de hablar con ellos y decir que no tuviesen temor y

que llegasen, que les quería hablar; y así llegaron dos indios hasta donde estaba el Capitán, y les halagó y quitó el temor y les dió de lo que tenía, y dijo que fuesen a llamar al señor, que le quería hablar, y que ningún temor tuviese que le hiciese mal ninguno; y así los indios tomaron lo que les fué dado y fueron luego a decirlo a su señor, el que vino luego muy lucido donde el Capitán y los compañeros estaban, y fué muy bien recibido del Capitán y de todos, y le abrazaron, y el mismo Cacique mostró tener en sí mucho contentamiento en ver el buen recibimiento que se le hacía. Luego el Capitán le mandó dar de vestir y otras cosas con que él mucho se holgó, y después quedó tan contento que dijo que mirase el Capitán lo que tenía necesidad, que él se lo daría y el Capitán le dijo que de ninguna cosa más que de comida lo mandase proveer; y luego el Cacique mandó que trujesen comida sus indios, y con muy gran brevedad trajeron abundantemente lo que fué necesario así de carnes, perdices, pavas y pescados de muchas maneras; y después desto, el Capitán lo agradeció mucho al Cacique y le dijo que se fuese con Dios, y que le llamase a todos los señores de aquella tierra, que eran trece, porque a todos juntos les quería hablar y decir la causa de su venida; y él aunque le dijo que otro día serían todos con el Capitán, y que él los iba a llamar, y se partía muy contento, el Capitán quedó dando orden en lo que convenía a él y a sus compañeros, ordenando las velas para que, así de día como de noche, hubiese mucho recaudo porque los indios no diesen en nosotros ni hubiese descuido ni flojedad por donde tomasen ánimo de nos acometer de noche o de día.

Orellana toma posesión de la tierra en nombre del Rey de España, en presencia de algunos caciques del lugar

Otro día a hora de vísperas vino el dicho Cacique y trujo consigo otros tres o cuatro señores, que los demás no pudieron venir por estar lejos, que otro día vendrían; el Capitán les hizo el mismo recibimiento que al primero y les habló muy largo de parte de Su Magestad, y en su nombre tomó posesión de la dicha tierra; y así hizo a todos los demás que después en esta provincia vinieron, porque, como dije, eran trece, y en todos tomó posesión en nombre de Su Magestad. Viendo el Capitán que toda la gente y señores de

la tierra tenía de paz y consigo, que convenía al buen tratamiento, todos holgaban de venir de paz; y así tomó posesión en ellos y en la dicha tierra en nombre de Su Magestad; y después desto fecho, mandó juntar a sus compañeros para les hablar en lo que convenía a su jornada y salvamiento de sus vidas, haciéndoles un largo razonamiento, esforzándoles con muy grandes palabras. Después de hecho este razonamiento el Capitán, los compañeros quedaron muy contentos por ver el buen ánimo que el Capitán en sí tenía y ver con cuánta paciencia sufría los trabajos en que estaba, y le dijeron (*) también muy buenas palabras, y con las palabras que el Capitán les decía andaban tan contentos que ninguna cosa de lo que trabajaban no sentían.

**Orellana expresa la necesidad de construir otro bergantín, aprovechando las provisiones que traían los indios.—
Primeras noticias de las Amazonas**

Después que los compañeros estuvieron reformados algún tanto de la hambre y trabajó pasado, estando para trabajar, el Capitán, viendo que era necesario proveer lo de adelante, mandó llamar a todos sus compañeros, y les tornó a decir que ya veían que con el barco que llevábamos e canoas, si Dios fuese servido de nos aportar a la mar, no podíamos en ellos salir a salvamento, y por esto era necesario procurar con diligencia de hacer otro bergantín que fuese de más porte para que pudiésemos navegar, y aunque no había entre nosotros maestro que supiese de tal oficio, porque lo que más dificultoso hallábamos era el hacer los clavos; y en este tiempo los indios no dejaban de acudir y venir al Capitán y le traer de comer muy largo y con tanta orden como si toda su vida hubieran servido; y venían con sus joyas y patenas de oro, y jamás el Capitán consintió tomar nada, ni aun solamente mirarlo, porque los indios no entendiesen que lo teníamos en algo, y mientras más en esto nos descuidábamos, más oro se echaban a cuestras.

Aquí nos dieron noticia de las amazonas y de la riqueza que abajo hay, y el que la dió fué un indio señor llamado Aparia, (**) viejo que decía haber estado en aquella tie-

(*) Hasta aquí llega la laguna de la copia de Muñoz.

(**) Otras veces se lee Aparian o simplemente Parian.

rra, y también nos dió noticia de otro señor que estaba apartado del río metido en la tierra adentro, el cual decía poseer muy gran riqueza de oro: este señor se llama Ica; nunca le vimos, porque, como digo, se nos quedó desviado del río.

Orellana ordena aparejar lo necesario para una nueva embarcación.— Juan de Alcántara y Sebastián Rodríguez se ofrecen para hacer los clavos.—En treinta días se fabrican dos mil clavos

E por no perder el tiempo ni gastar la comida en balde, acordó el Capitán que luego se pusiese por obra lo que se había de hacer, y así mandó aparejar lo necesario, y los compañeros dijeron que querían encomenzar luego su obra; y hubo entre nosotros dos hombres a los cuales no se debe poco por hacer lo que nunca aprendieron, y parecieron ante el Capitán y le dijeron que ellos con ayuda de Nuestro Señor harían los clavos que fuesen menester, que mandase a otros hacer carbón. Estos dos compañeros se llamaban el uno Juan de Alcántara (5) fidalgo natural de la villa de Alcántara y el otro Sebastián Rodríguez, (6) natural de Galicia; y el Capitán se lo agradeció, prometiéndoles el galardón y pago de tan gran obra; y luego mandó hacer unos fuelles de borceguíes, y así todas las demás herramientas, y los demás compañeros mandó que de tres en tres diesen buena hornada de carbón, lo cual se puso luego por obra, y tomó cada uno su herramienta y se iban al monte a cortar leña y traer a cuestras desde el monte hasta el pueblo, que habría media legua, y hacían sus hoyos, y esto con muy gran trabajo.

(5) Alcántara (Juan de).— Hubo entre los compañeros de Orellana dos de este mismo nombre y apellido como ya lo hizo notar Fernández de Oviedo: éste que aquí se cita, y otro Juan de Alcántara del Maestrazgo de Santiago. A uno de éstos fué a quien Gonzalo Pizarro confió el bergantín luego de construido. Ambos fallecieron durante el viaje.

(6) Sebastián Rodríguez.— Su firma se registra al pie del documento de la página 99 de este volumen. Que era natural de Galicia es lo único que sabemos por el testimonio del P. Carvajal.

Como estaban flacos y no diestros en aquel oficio, no podían sufrir la carga, y los demás compañeros que no tenían fuerza para cortar madera, sonaban los fuelles y otros acarreamos agua, y el Capitán trabajaba en todo, de manera que todos teníamos en qué entender. Dióse tan buena manera nuestra compañía en este pueblo en la fábrica desta obra, que en veinte días, mediante Dios, se hicieron dos mil clavos muy buenos y otras cosas, y dejó el Capitán la obra del bergantín para donde hallase más oportunidad y mejor aparejo.

Por falta de comida no pueden detenerse más en la población.— Orellana acuerda un premio de mil castellanos para quienes llevasen cartas a Pizarro y le diesen nueva de lo que pasaba

Detuvimos en este pueblo más de lo habíamos de estar, comiendo lo que teníamos, de tal manera que fué parte para que dende en adelante pasásemos muy gran necesidad, y esto fué por ver si por alguna vía o manera podríamos saber nueva del real; y visto que no, el Capitán acordó de dar mil castellanos a seis compañeros si juntarse quisiesen y dar la nueva al gobernador Gonzalo Pizarro, y demás desto les darían dos negros que les ayudasen a remar y algunos indios para que le llevasen cartas y le diesen de su parte nueva de lo que pasaba; y entre todos no se fallaron sino tres, porque todos temían la muerte que les estaba cierta, por lo que habían de tardar hasta llegar a donde habían dejado al dicho Gobernador, y que él había ya dado la vuelta, porque habían andado ciento cincuenta (*) leguas desde que habían dejado al Gobernador en nueve días que habían caminado.

Prosiguen el viaje.— Peligro en que se encontraron en la desembocadura de un afluente que venía crecido.— Dos canoas con once españoles anduvieron perdidas durante 2 días

Acabada la obra y visto que la comida se nos agotaba y se nos habían muerto siete compañeros de la hambre pa-

(*) Doscientas dice la copia de Muñoz.

sada, partimos, día de Nuestra Señora la Candelaria: metimos la comida que pudimos, 2 de febrero porque ya no era tiempo de estar más en aquel pueblo, lo uno, porque los naturales parecían que se les hacía de mal, y querían dejarlos muy contentos y lo otro porque no perdiésemos el tiempo y gastásemos la comida sin provecho, porque no sabíamos si la habríamos menester: y así comenzamos a caminar por esta dicha provincia, y no habíamos andado obra de veinte leguas, cuando se juntó con nuestro río otro por la diestra mano no muy grande, en el cual río tenía su asiento un principal señor llamado Irimorrany, (*) y por ser indio y señor de mucha razón y haber venido a ver al Capitán y a le traer de comer, quiso ir a su tierra; pero también fué por causa de que venía el río muy recio y con grande avenida; y aquí estuvimos en punto de nos perder, porque al entrar, que entraba este río en el que nosotros navegábamos, peleaba la una agua con la otra y traía mucha madera de un cabo a otro, que era trabajo navegar por él, porque hacía muchos remolinos y nos traía a un cabo y a otro, pero con harto trabajo salimos deste peligro sin poder tomar el pueblo, y pasamos adelante, donde teníamos nueva de otro pueblo que nos decían que estaba de allí doscientas leguas, porque todo lo demás era desierto, y así las caminamos con mucho trabajo de nuestras personas, padeciendo muchas necesidades y peligros muy notables, entre los cuales nos acaeció un desmán y no pequeña alteración para en el tiempo en que estábamos, y fué que dos canoas donde iban once (**) españoles de los nuestros se perdieron entre unas islas sin saber dónde estábamos ni los poder topar: anduvieron dos días perdidos sin nos poder topar, y nosotros, pensando nunca los cobrar, estábamos con muy gran pasión; pero al cabo deste dicho tiempo fué Nuestro Señor servido que nos topamos, que no fué poca el alegría entre todos, y así estábamos con tanta alegría que nos parecía que todo el trabajo pasado se nos había olvidado. Después de haber un día descansado a donde los topamos, mandó el Capitán que caminásemos.

(*) Irimara, dice la copia citada.

(**) Doce, según la copia de Muñoz.

Los expedicionarios llegan a unas poblaciones a cuyos habitantes solicitan, en buena forma, alimentos.— Prosiguen el viaje, y reciben víveres que les envió el Cacique Aparia

Otro día, a las diez horas, llegamos a unas poblaciones en las cuales estaban los indios en sus casas, y por no los alborotar no quiso el Capitán que llegásemos allá, y mandó a un compañero que fuese con otros veinte adonde los indios estaban y que no saltasen en sus casas ni saliesen en tierra, sino que con mucho amor les dijese la gran necesidad en que íbamos, y que nos diesen de comer y que viniesen a hablar al Capitán, que quedaba en medio del río, porque les quería dar de lo que traía y decir la causa de su venida. Los indios se estuvieron quedos y holgáronse mucho en ver nuestros compañeros, y les dieron mucha comida de tortugas y papagayos en abundancia, y les dijeron que dijese al Capitán que se fuese a aposentar a un pueblo que estaba despoblado de la otra parte del río, y que otro día de mañana le irían a ver. El Capitán holgó mucho con la comida y más con la buena razón de los indios, y así nos fuimos a aposentar y dormimos aquellan noche en el ya dicho pueblo, donde no nos faltaron abundancia de mosquitos, que fué causa de que otro día de mañana el Capitán se fuese a otro pueblo mayor que parecía más abajo; y llegados, los indios no se pusieron en resistencia, antes estuvieron quedos, y allí folgamos tres días, a donde los indios vinieron de paz a nos traer de comer muy largo. Otro día, pasados los tres, salimos deste pueblo y caminamos por nuestro río a vista de buenos pueblos; y yendo así, un domingo de mañana, a una división que el río hacía, que se partía en dos partes, subieron a vernos unos indios en cuatro o cinco canoas que venían cargadas de mucha comida, e se llegaron cerca de donde venía el Capitán y pidieron licencia para llegar porque le querían hablar al dicho Capitán, el cual mandó que llegasen; y así llegaron, le dijeron como ellos eran principales y vasallos de Aparia, y que por su mandado venían a nos traer de comer; y comenzaron a sacar de sus canoas muchas perdices como las de nuestra España, sino que son mayores, y muchas tortugas, que son tan grandes como adargas, y otros pescados. El Capitán se lo agradeció y les dió de lo que tenía, y después de se lo haber

vendido, (*) los indios quedaron muy contentos de ver el buen tratamiento que se les hacía, y en ver que el Capitán les entendía su lengua, que no fué poco para que nosotros saliésemos a puerto de claridad, que, a no la entender, tuviéramos por dificultosa nuestra salida. Ya que los indios se querían despedir dijeron al Capitán que fuese al pueblo donde residía su principal señor, que, como digo, se llamaba Aparia y el Capitán les dijo que por cuál de los dos brazos había de ir, y ellos respondieron que ellos nos guiarían, que fuésemos en su seguimiento; y así, a poco rato, vimos las poblaciones donde estaba el dicho señor, y caminando hacia allá el Capitán tornó a preguntar a los indios que cuyas eran aquellas poblaciones; los indios respondieron que allí estaba el sobredicho su señor, y así comenzaron a irse hacia el pueblo a dar mandado como íbamos, y no tardó mucho que vimos salir del dicho pueblo muchos indios a se embarcar en sus canoas, a manera de hombres de guerra, y pareció querernos acometer. El Capitán mandó a sus compañeros, que veían la muestra que los indios hacían, que fuesen a punto con sus armas aparejadas, porque si nos acometiesen no fuesen parte para nos hacer daño; y con mucha orden, remando y a muy gran fuerza, abordamos en tierra, y los indios pareció desviarse. El Capitán saltó en tierra con sus armas, y tras él todos los demás, y desto quedaron los indios muy espantados y se llegaron más a tierra. El Capitán como los entendiese, que, como dicho tengo, el entender él la lengua fué parte, después de Dios, para no nos quedar en el río, que a no la entender, ni los indios salieran de paz ni nosotros acertáramos en estas poblaciones; mas, como era Nuestro Señor servido que tan gran secreto y descubrimiento se ficiese y viniese a noticia de la Cesárea Majestad, y con tanta dificultad, se descubrió, e que por otra vía ni fuerza ni poderío humano era posible descubrirse sin poner Dios en ello su mano, o sin que pasasen muchos siglos y años.

Después que el Capitán llamó los indios les dijo que no tuviesen temor, que saltasen en tierra, y ellos así lo hicieron, que se llegaron junto a tierra, mostrando en su semblante que se holgaban de nuestra venida; y saltó el señor en tierra, y con él muchos principales y señores que lo acompañaban, y pidió licencia al Capitán para se asentar, y así se asentó, y toda su gente en pie, e mandó sacar de sus canoas mucha

(*) Dado, dice el manuscrito de la Academia.

cantidad de comida, así de tortugas como de manatís (7) y otros pescados; y perdices y gatos y monos asados. Viendo el Capitán el buen comedimiento del señor, le hizo un razonamiento dándole a entender cómo éramos cristianos y adorábamos un solo Dios, el cual era criador de todas las cosas criadas, y que no éramos como ellos que andaban errados adorando en piedras y bultos hechos; y sobre este caso les dijo otras muchas cosas, y también les dijo como éramos criados y vasallos del Emperador de los cristianos gran rey de España, y se llamaba D. Carlos nuestro señor, cuyo es el imperio de todas las Indias y otros muchos señoríos y reinos que hay en el mundo, y que por su mandado íbamos a aquella tierra, y que le íbamos a dar razón de lo que habíamos visto en ella;

(7) Dos son las especies de tortugas que pueblan las aguas del Amazonas: la *Podocnemis expansa*, llamada vulgarmente "charapa" y la *Podocnemis tracaza*, "charapilla".

Al decir el P. Carvajal "manatís y otros pescados" incurre en el error de suponer que aquellos animales, por el hecho de vivir en el agua, pertenecían al orden de los peces. Los "manatís" del Amazonas son mamíferos, y se les conoce vulgarmente con el nombre de vacas marinas. Las hay de dos especies, que los naturalistas distinguen con la designación de *Manatus americanus*, y *M. Latirostris*.

El P. Acosta no podía aceptar sin escrúpulo que el manatí no fuese un animal, especialmente un viernes en que se lo sirvieron como pescado. Léase lo que a este respecto escribió en el capítulo XIII del libro tercero de su *Historia natural y moral de las Indias*: "En las islas que llaman de Barlovento que son Cuba, la Española, Puerto Rico y Jamaica, se halla el que llaman manatí, extraño género de pescado, si pescado se puede llamar animal que pare vivos sus hijos y tiene tetas y leche con que los cría y paca yerba en el campo; pero, en efecto, habita de ordinario en el agua, y por eso le comen por pescado, aunque yo, cuando en Santo Domingo lo comí un viernes, cuasi tenía escrúpulo, no tanto por lo dicho, como por que en el color y sabor no parecían sino tajadas de ternera y en parte de pernil, las postas de este pescado: es grande como una vaca".

Es digna de leerse la elegante descripción que López de Gomara hace del manatí, y la romántica historia que refiere de uno domesticado que poseía un indio del Amazonas. *Historia de las Indias*, pág. 174, edic. Ribadeneira.

Por segunda vez les dan noticias de las Amazonas manifestándoles que ellos eran pocos y ellas muchas, y que no fueran a su tierra por que les matarían

y estaban muy atentos y con mucha atención escuchando lo que el Capitán les decía, y le dijeron que si íbamos a ver los amurianos, que en su lengua los llaman coniupuyara, que quiere decir grandes señoras, que mirásemos lo que hacíamos, que éramos pocos y ellas muchas, que nos matarían; que no estuviésemos en su tierra, que allí nos darían todo lo que hubiésemos menester. El Capitán les dijo que no podía hacer otra cosa sino pasar de largo para dar razón a quien le enviaba, que era su rey y señor; y después que el Capitán habló, y que parecía que los oyentes quedaban muy contentos, aquel principal señor preguntó que quién era aquél, y queriéndose mejor informar de lo que se le decía, por ver si el Capitán discrepaba de lo dicho, el cual le respondió lo mismo que le había dado a entender.

Orllana manifiesta a los indios que eran hijos del Sol, quienes los consideran como personajes celestiales.— Toma posesión de la tierra en presencia de 26 señores

y les dijo más, que éramos hijos del Sol y que íbamos a aquel río, como ya le había dicho. Desto se espantaron mucho los indios y mostraron mucha alegría, teniendonos por santos o personas celestiales, porque ellos adoran y tienen por su Dios al Sol, que ellos llaman Chise. Luego dijeron al Capitán que ellos eran suyos y que le querían servir, y que mirase de qué tenía necesidad él y sus compañeros, que él se lo daría muy de su voluntad. El Capitán se lo agradeció mucho y mandó luego dar muchas cosas, y a los demás principales, y quedaron tan contentos que dende en adelante ninguna cosa el Capitán les pedía que luego no se la daban; y se levantaban todos en pie, y dijeron al Capitán que se aposentase en el pueblo, que ellos se lo dejarían desembarazado, y que se querían ir a sus casas y que cada día vendrían a traernos de comer. El Capitán les mandó que viniesen todos los señores a verle, porque quería darles de lo que tenía.

El señor dijo que otro día vendrían, y así vinieron todos con muy grande abundancia de comida, y fueron bien recibidos y tratados por el Capitán, y a todos juntos les tornó a hablar lo que primero había dicho al principal señor, y tomó posesión en nombre de Su Magestad en todos; y los señores eran veinte y seis, y en señal de posesión mandó poner una cruz muy alta, con la cual los indios se folgaron, y dende en adelante cada día los indios venían a traernos de comer y hablar con el Capitán, que desto se folgaban ellos mucho.

Aprovechando la buena voluntad de los indios construyen en treinta y cinco días un bergantín más grande, y arreglan el barco pequeño

Visto por el Capitán el buen aparejo y disposición de la tierra y la buena voluntad de los indios, mandó juntar a todos sus compañeros y les dijo que pues había buen aparejo y voluntad en los indios, que sería bien hacer un bergantín, y así se puso por obra; y fallóse entre nosotros un entallador llamado Diego Mexía, (8) el cual, aunque no era su oficio, dió orden cómo se había de hacer; y luego el Capitán mandó repartir por todos los compañeros que cada uno trajese una cuaderna y dos estamenas, y a otros que trajesen la quilla, y a otros las rodas, y a otros que aserrasen tablas, de manera que todos tenían bien en qué se ocupar, no sin poco trabajo de sus personas, porque como era invierno y la madera estaba muy lejos, cada cual tomaba su hacha y iba al monte y cortaba lo que le cabía y lo acarreaba a cuestras, y mientras unos acarreaban otros les hacían espaldas porque los indios no les hiciesen mal, y desta manera en siete días se cortó toda la maderaje para el dicho bergantín; y acabada esta tarea luego fué dada otra, que fué que mandó facer carbón para hacer más clavos y otras cosas. Era cosa maravillosa de ver con cuánta alegría trabajaban nuestros compañeros y acarreaban el carbón, y así se proveyó todo lo demás necesario. No había hombre entre todos nosotros que fuese acostumbrado a semejantes oficios; pero, no obstante todas estas dificultades, Nuestro

(8) Diego Mexía, entallador según el P. Carvajal, carpintero al decir de Oviedo, que ignoró su nombre, era natural de Sevilla.

Señor daba a todos ingenio para lo que se había de hacer, pues que era para salvar las vidas, porque de allí saliéramos con el barco y canoas, dando como dimos después en gente de guerra, ni nos pudiéramos defender ni salir del río en salvamento; y así pareció claramente que Dios inspiró en el Capitán para que en este pueblo que he dicho se hiciese el bergantín, porque adelante era imposible, y éste se falló muy a propósito, porque los indios no faltaron de siempre nos traer de comer muy abundantemente de la manera que el Capitán se los pedía. Dióse tanta priesa en esta obra del bergantín que en treinta y cinco días se labró y se echó al agua calefeteado con algodón e betunado con pez, lo cual todos los indios traían porque el Capitán se los pedía. No fué poco el alegría de nuestros compañeros por haber acabado aquello que tanto deseaban. Había tantos mosquitos en este pueblo que no nos podíamos valer de día ni de noche, sin que los unos a los otros no sabíamos que hacernos, (*) que con la buena posada no sentíamos el trabajo y con el deseo que teníamos de ver el fin de nuestra jornada. En este medio tiempo, estando en esta obra, vinieron cuatro indios a ver al Capitán, los cuales llegaron, y eran de estatura que cada uno era más alto un palmo que el más alto cristiano, y eran muy blancos y tenían muy buenos cabellos que les llegaban a la cintura, muy enjoyados de oro y ropa; y traían mucha comida; y llegaron con tanta humildad que todos quedamos espantados de sus disposiciones y buena crianza: sacaron mucha comida y pusiéronla delante del Capitán, y le dijeron como ellos eran vasallos de un señor muy grande, y que por su mandado venían a ver quién éramos o qué queríamos o dónde íbamos; y el Capitán les recibió muy bien, y primero que los hablase, les mandó dar muchas joyas, que ellos tuvieron en mucho y se folgaron. El Capitán les dijo todo lo que había dicho al señor Aparia, de lo cual los indios quedaron no poco espantados; y los indios dijeron al Capitán que ellos se querían ir a dar respuesta a su señor, que les diese licencia. El Capitán se las dió y que se fuesen en hora buena, y les dió muchas cosas que diesen a su principal señor, y que le dijese que el Capitán le rogaba mucho le viniese a ver, porque se holgaría mucho con él; y ellos dijeron que así lo farían, y se fueron y nunca más supimos nuevas de dónde eran ni de qué tierra habían venido.

(*) Nos amosqueásemos, según el manuscrito citado.

Posamos en este este mismo asiento toda la Cuaresma, donde se confesaron todos los compañeros con dos religiosos que allí estábamos, y yo prediqué todos los domingos y fiestas el Mandato, la Pasión y Resurrección, lo mejor que Nuestro Redentor me quiso dar a entender con su gracia, y procuré de ayudar y esforzar lo que yo pude a la perseveración de su buen ánimo a todos aquellos hermanos y compañeros, acordándoles que eran cristianos y que servirían mucho a Dios y al Emperador en proseguir la empresa y comportar con paciencia los trabajos presentes y por venir hasta salir con este nuevo descubrimiento, demás de ser esto lo que a sus vidas y honras tocaba; así que en este propósito dije lo que me parecía cumpliendo con mi oficio, y también porque me iba la vida en el buen suceso de nuestra peregrinación. También prediqué el domingo de Quasimodo, puedo testificar con verdad que, así el Capitán como todos los demás compañeros, tenían 16 de Abril tanta clemencia y espíritu y santidad de devoción en Jesucristo y su sagrada fe, que bien mostró Nuestro Señor que era su voluntad de nos socorrer. El Capitán me rogaba que predicase y todos entendiesen en sus devociones con mucho fervor, como personas que lo habían muy bien menester de pedir a Dios misericordia. Adobóse también el barco pequeño, porque venía ya podrido, y así, todo muy bien aderezado y puesto a punto, el Capitán mandó que todos estuviesen aparejados y hiciesen matalotaje, porque con ayuda de Nuestro Señor quería partirse el lunes adelante. Una cosa nos aconteció en este pueblo no de poco espanto, y fué que miércoles de Tiniebla y el Jueves Santo y viernes de la + nos hicieron 5 6 y 7 de Abril los indios ayunar por fuerza, porque no nos trajeron de comer hasta el sábado víspera de Pascua, y el Capitán les dijo que por qué no nos habían traído de comer, y ellos dijeron que porque no lo habían podido tomar; y así el sábado y domingo de Pascua y domingo de Quasimodo fué tanta la comida que trajeron, que la echábamos en el campo. 8 9 y 16 de Abril

FRAY GASPAR DE CARVAJAL

NUEVO DESCUBRIMIENTO DEL GRAN RIO DE LAS AMAZONAS

P. Cristóbal de Acuña.— El jesuita español P. Cristóbal de Acuña, perteneciente al Convento de Quito, fué en el S. XVII testigo y narrador de la gran hazaña realizada por el oficial portugués, Capitán Pedro Texeira, quien remontó el caudaloso Amazonas desde el^aPará en el Brasil, al mando de una flotilla de numerosas embarcaciones, hasta el Napo en el Ecuador, en cuyas márgenes, según el relato, vivían las famosas tribus de los **Encabellados**. De allí continuó su viaje a Quito, ciudad a la cual arribó después de ocho meses de iniciada la expedición.

En su viaje de regreso a las costas del Atlántico, siguiendo el mismo camino, el Capitán Texeira fué acompañado por el **P. Acuña**, quien había recibido órdenes de las autoridades españolas en Quito, de seguir hasta Pará y de allí a España, donde tenía que dar cuenta de sus observaciones al Rey.

Su libro "Nuevo Descubrimiento del gran río de las Amazonas, 1639", del cual se inserta un fragmento, en realidad es el informe solicitado por las autoridades españolas de entonces. Ha sido traducido al inglés por C. R. Markham: "Expedition into the Valley of the Amazons". Hakluyt Society, London.

El libro "Viaje del Capitán Pedro Texeira aguas arriba del Río de las Amazonas", de Marcos Jiménez de la Espada, básase en el célebre relato del P. Acuña.

POR EL PADRE CHRISTOVAL DE ACUÑA, RELIGIOSO DE LA COMPAÑIA DE JESUS, Y CALIFICADOR DE LA SUPREMA GENERAL INQUISICION AL QUAL FUE, Y SE HIZO POR ORDEN DE SU MAGESTAD, EL AÑO DE 1639 POR LA PROVINCIA DE QUITO EN LOS REYNOS DEL PERU

CLAUSULA
DE LA PROVISION REAL QUE DIO LA AUDIENCIA
DE QUITO EN NOMBRE DE SU Magestad,
PARA ESTE DESCUBRIMIENTO

En conformidad de lo qual fué por los dichos mi presidente é Oydores, acordado, que debía mandar dar esta mi carta, y provisión Real, para vos, y cada uno de vos en la dicha razon; é yo he tenido por bien, y os mando, que siendo con ella requeridos, por los dichos Padres Christoval de Acuña y Andrés de Artieda, Religiosos de la dicha Religion de la Compañía de Iesús, ó por qualquiera de ellos, veais los autos suso insertos, y en su cumplimiento, les dareis, y hareis se les de todo el avío breve, y buen pasage que hubieren menester, para el mejor cumplimiento de su mision, viaje, buenos efectos que dél espero han de resultar, sin que en ello sea puesto estorbo, ni impedimento alguno, por ninguna causa ni razon que sea, pues de lo contrario me tendré por deservido.

Y ruego, y encargo á vos el dicho Padre Christoval de Acuña, que en cumplimiento de lo proveido por los dichos mi Presidente, y Oydores, y en conformidad del nombramiento en primer lugar en vos fecho por vuestro Prelado y de lo que por su petición tiene ofrecido. Aviéndoos sido entregada esta mi carta, por parte de dicho mi Fiscal, veáislo en ella contenido, y lo guardéis, cumplais y executéis; y en su cumplimiento, partais desta mi corte con el dicho vuestro compañero, para la dicha Provincia del Pará, en compañía del Capitan Pedro de Texeira, y demás gente de milicia que con él va, teniendo, como haveis de tener, particular cuydado de describir con la mayor claridad que os fuere posible, la distancia de leguas, Provincias, poblaciones de Indios, rios y parages particulares, que hay desde la primera embarcacion hasta la dicha Ciudad, y puerto del Pará; informándoos con la mayor certeza que pudiereis dello, para dar bastante noticia, como testigo de vista en mi Real Consejo de las Indias, de todo; y que se tenga la necesaria de las dichas Provincias, como mando lo hagais, pareciendo personalmente con esta mi carta, de parte de la dicha mi Audiencia de Quito, ante los mi Presidente é Oydores del dicho mi Real Consejo: y siendo necesario informar dello á mi Real persona, lo hareis, enviando relacion de todo al Acuerdo de la dicha mi Audiencia de Quito.

Y por vuestra falta el dicho Padre Andrés de Artieda, con el cuydado, y puntualidad, que de vuestras personas, y celo con que los de vuestra Religion acostumbran servirme, confio: y como es negocio tan importante al servicio de Dios nuestro Señor y nuestro, bien, y conversión de tantas almas, como se tiene noticia ay en las dichas Provincias nuevamente descubiertas, Que de lo así hazer, y cumplir, me tendré de vos, y de la dicha vuestra Religion por bien servido.

Dada en Quito, á veinte y quatro días del mes de Enero de mil y seiscientos y treinta y nueve años.

El Licenciado don Alonso Perez de Salazar.— Doctor don Antonio Rodriguez de San Isidro y Manrique.— El Licenciado don Alfonso de Mesa y Ayala.— El Licenciado don Juan de Valdés y Llano.—El Licenciado don Gerónimo Ortiz Zapata.— Secretario don Juan Cornejo.

NOTICIAS DE ESTE GRAN RIO

Casi con las primeras vistas de aquella parte de la América, que oy tiene nombre de Perú, Nacieron en nuestra España, aunque por confusas noticias, encendidos deseos de el descubrimiento de el gran Río de las Amazonas, llamado, por error comun, entre los poco vistos en la Geographia, rio de el Marañon. No solo por las muchas riquezas, de que fué siempre sospechoso; ni por la multitud de gente que mantenian sus orillas, ni por la fertilidad de sus tierras, y temples apacibles de su habitación, sino principalmente, por entender, con no pequeños fundamentos, que él era la unica canal, y como calle mayor, que corriendo por el riñón de el Perú, se sustentava de todas las vertientes que al mar del Norte tributan sus encumbradas cordilleras.

DESCUBRE FRANCISCO DE ORELLANA ESTE RIO

Estos deseos solicitaron el corazon de Francisco de Orellana, á que el año de mil y quinientos y quarenta, en cierta embarcación, y con algunos compañeros, se fiase de las corrientes de este gran Río (que desde entonces, tomó también el nombre de Orellana) y pasando a España, por la relacion que de sus grandezas dió, la Cesárea Magestad de el Emperador Carlos Quinto, le mandó dar tres Navios con

gente, y todo lo necesario, para que le bolviese a poblar en su Real nombre, á que salió el año de quarenta y nueve, si bien con tan adversa fortuna, que muriéndose la mitad de los Soldados en las Canarias y Islas de Caboverde, con los demás que cada día se le van disminuyendo, llegó á la boca de este gran Río; tan falto de gente, que le fué fuerza dexar dos Navios que hasta aquel punto avia conservado, y no se sintiendo con fuerzas para más, en dos lanchas de buen porte, que fabricó, con toda su gente, prosiguió sus intentos, entrando el río arriba, que á pocas leguas reconoció no havian de tener buen fin; y así reduciéndose todos a una sola embarcación, se retiraron por la Costa de Caracas, hasta dar en la Margarita, adonde acabaron todos, y con ellos las esperanzas, de que su Magestad entrase en posesion de lo que tanto se deseava y en sí prometía.

ENTRA POR ESTE RIO EL TIRANO LOPE DE AGUIRRE

Bolviéronse a avivar estas esperanzas veinte años despues, que fué el de quinientos y sesenta, con la entrada que por orden del Virey del Perú hizo á este gran río el general Pedro de Orsua, arrojándose con buen exercito á sus aguas, para ser testigo de vista de las grandezas, que solo por noticias, se publicavan dél; pero con tan mal suceso, que fué muerto á traición por el tyrano Lope de Aguirre, el qual levantándose no solo por General; sino también por Rey, y prosiguiendo el viaje comenzado, no permitió Dios que acertase a la principal boca por donde este gran río desagua en el Océano, (que desdicia de la fidelidad de Españoles, descubrir un tyrano cosa de tanta importancia á nuestro Rey y Señor), sino que dexándose llevar de brazos de él, vino a desembocar por la Costa enfrente de la Isla de la Trinidad, en Tierra firme de las Indias de Castilla. Donde por orden de su Magestad le quitaron la vida, y le sembraron las casas de Sal, que oy día se muestran en aquellas partes.

INTENTAN OTROS ESTE DESCUBRIMIENTO

Estos mismos deseos de el descubrimiento de este Río, obligaron al Sargento Mayor Vicente de los Reyes Villalo-

bos, Gobernador y Capitan General de los Quixos, jurisdicción de la Provincia de Quito, para que se ofreciese con buenos partidos, á principiarse por aquellas partes: en cuya conformidad, despachó la Católica persona de nuestro gran Rey Felipe Quarto, que oy vive, y viva felices años, en el de veinte y uno, una Cédula á la Real Audiencia, y Chancillería de San Francisco de el Quito, para que se capitulasen las condiciones que para el dicho descubrimiento fuesen convenientes, que por acabar en este interin el dicho Gobernador su oficio, no tuvieron efeto. Como ni tampoco le tuvieron los ardientes deseos de Alfonso de Miranda, á quien él sucedió en el cargo, por atajárselos la muerte. Que tambien atajó los luzidos empleos, en que el General Joseph de Villamayor Maldonado, Gobernador mucho antes que los dos, de el mesmo Gobierno de los Quixos gastó lo mejor de su vida, con ardiente zelo de sugetar á Dios, y al Rey, la multitud de Naciones que confusas noticias, publicavan deste rio: poniendo en execucion por muchas partes con no pequeños logros sus deseos.

INTENTA BENITO MACIEL ESTE DESCUBRIMIENTO

Solicitaron estos mismos deseos, no solo los ánimos de los castellanos, por las partes de el Perú, sino que estendiéndose á las costas del Brasil, habitacion de Portugueses, quisieron con el zelo que siempre tienen de aumentar su Corona, comenzando desde la boca deste rio, buscar su origen, y desentrañarle de sus grandezas, á que se ofreció Benito Marcial Pariente, Capitán Mayor que entonces avia sido de el Pará, y al presente Gobernador de el Marañón. En cuya conformidad, se le despachó el año de veinte y seis una Real Cédula, para que llevase hasta el fin sus intentos, los quales cesaron por querer su Magestad servirse de su persona en la guerra de Pernambuco.

MANDASELE A FRANCISCO COELLO QUE HAGA ESTA ENTRADA

No parece que se quietava el corazon de nuestro gran Rey hasta ver executada cosa que tanto se deseava, y ella de sí prometía. Y aunque se desbaratavan todos los caminos y

trazas, que á este fin ordenava la humana prudencia, no por esto dexava de insistir en el intento principal, á cuya causa despachó por los años de treinta y tres, ó treinta y quatro, una Real Cédula, á Francisco Coello de Caravallo, que a la sazón estava por Gobernador de el Marañón, y Pará, con expreso mandato de que luego se hiciese el dicho descubrimiento, y que no aviendo quien imbiar, fuese él en persona á ponerlo en execucion; tanto como esto deseava su Magestad se efectuase, cosa que por todás partes se intentava, y por ninguna llegava á devida execucion, pero tampoco la tuvo en esta ocasion, por no se juzgar el Gobernador con fuerzas suficientes para poder dividir las, en tiempos que el Olandés infestava cada dia sus costas. Y apenas tenia gente para poderle resistir la entrada. Pero no ay que espantarse de que humanas trazas, se desbaratasen, quando las divinas tenian ya dispuesto el modo casi milagroso, con que se avia de hazer este grandioso descubrimiento, que fué como aquí diré:

NAVEGAN ESTE RIO DOS RELIGIOSOS LEGOS DE SAN FRANCISCO

Está la ciudad de San Francisco de el Quito, que es una de las mas famosas de toda la América, edificada sobre montes en la más alta Cordillera, que corre por todo aquel nuevo Orbe, aun no medio grado á la vanda del Sur de la línea Equinocial, Cabeza de una Provincia, la más fértil, más abundante, más regalada, y de mejores temples que otra ninguna del Perú, y que en multitud de naturales, policia, buena enseñanza y Christiandad dellos, á todas se aventaja.

De esta ciudad, pues, por los años de treinta y cinco, treinta y seis, y principios del treinta y siete, salieron ciertos Religiosos de San Francisco, por orden de sus superiores en compañía del Capitan Iuan de Palacios, y otros Soldados, para proseguir estos en lo temporal, y aquellos en lo espiritual, con el descubrimiento deste rio, que ya más avia de treinta años, principiaron los Padres de la Compañía de Iesus, por los Cofanes, donde los naturales mataron cruelmente al Padre Rafael Ferrer, en pago de la Doctrina que les enseñava. Llegando, pues, los dichos Religiosos de San Francisco a la Provincia de los Encabellados, numerosa mucho en gente, pero bien estrecha para el encendido zelo con que estos sier-

vos de Dios, como siempre acostumbran, la pretendían reducir al gremio de la Iglesia: asistieron entre los naturales algunos meses, y viendo el tiempo que perdian, y que la mies no la tenia aún Dios sazónada, se volvieron unos á su Convento de Quito, quedando los otros en compañía de los pocos Soldados que quisieron asistir al lado de su Capitan, que á pocos dias vieron por sus ojos muerto á manos de aquellos á quienes ivan a hazer tanto bien: con que les fué fuerza desamparar la tierra, y enderezando su viaje a Quito todos los demás, dos Religiosos Legos llamados Fray Domingo de Brieva y Fray Andrés de Toledo, con seis soldados en una embarcacion pequeña, se dexaron llevar de la corriente rio abajo, no con otro intento, á lo que se puede imaginar, que llevados del divino impulso que entre tan flacos instrumentos, tenia librado el primer descubrimiento deste rio.

LLEGAN LOS DOS RELIGIOSOS AL MARAÑON

Favoreció Dios los intentos de estos dos Religiosos, y después de muchos dias de navegacion en que experimentaron bien su providencia, llegaron á la Ciudad de el Pará, poblacion de Portugueses, que está situada quarenta leguas de donde este rio desemboca en el Oceano, jurisdiccion de el Gobierno de el Marañon; aviendo pasado sin lesion alguna por inmensas Provincias de Bárbaros, y muchas dellas Caribes, que comen carne humana, recibiendo de ellos el necesario mantenimiento, para llevar al fin lo comenzado. Pasaron luego á la Ciudad de San Luis de el Marañon, donde el Governador assistia, que entonces era lacome Reymundo de Noroña, electo á mi ver, mas por providencia divina, que por la voz de el pueblo, pues ningun otro rompiera con tanta dificultades, ni se opusiera á tan contrarios pareceres, que no tuviera el zelo y obligaciones que á el le corrian, de servir desinteresadamente en este descubrimiento á su Dios, y á su Rey. A este, pues, dieron los dos Religiosos noticia de su viage, que fué como de personas que venian cada dia huyendo de las manos de la muerte, y lo que más pudieron aclarar, fué dezir que venian de el Perú, que avian visto muchos Indios, y que se atrevian á bolver por donde avian baxado, aviendo quien quisiese seguir esta derrota.

ES NOMBRADO PARA LA CON- QUISTA PEDRO DE TEXEIRA

Confuso quedava en este estado nuestro descubrimiento, y mal podia su Magestad tomar resolucion de lo que convenia á su Real servicio, si el Governador, como ya dixé, no tomara pechos al aclarar estas sombras, y contra el parecer de todos, imbiar gente por el rio arriba, hasta la Ciudad de Quito, que con más atención y menos rezelos, notasen todo lo que hallasen en él, digno de atención.

Para esta empresa nombró por Cabeza y Caudillo de todos a Pedro Texeira, Capitan por su Magestad de los descubrimientos, persona á quien el Cielo sin duda tenia escogida para esta ocasion, pues sola su prudencia, y sus obligaciones, pudieran acabar lo que él trabajó y hizo, en servicio de su Rey en esta jornada, no sólo con gastos y pérdidas de su hazienda, sino también con mucho dispendio de su salud, si bien nada de esto es cosa nueva, en quien por tantos años que há que sirve á su Magestad, nunca se ha grangeado otros intereses que dar honrada cuenta de todo lo que se le ha encargado, que ha sido mucho, y en ocasiones de no poca importancia.

COMIENZA SU VIAJE PEDRO TE- XEIRA

Salió pues este buen Caudillo de los Confines del Pará, á los veinte y ocho de Octubre de mil y seiscientos y treinta y siete años, con cuarenta y siete Canoas de buen porte (embarcaciones de que adelante se dirá) y en ellas setenta Soldados Portugueses, mil y doscientos Indios de boga y guerra, que con las mugeres y muchachos de servicio pasarían todas de dos mil personas. Duró el viage cerca de un año, así por la fuerza de las corrientes, como también por el tiempo, que en hazer mantenimientos para tan numeroso ejército, era fuerza se gastase, y principalmente por caminar sin guias ciertas, que les pudiesen enderezar sin rodeos, ni dilaciones, por los rumbos más breves, por los quales devieran seguir su camino por ser este tan cumplido, y por las incomodidades que en él se pasavan, comenzaron los Indios amigos a mostrar poco gusto de proseguirle, y de hecho, algunos se volvieron á sus tierras. Rezeloso el Capitan Mayor de que no hiziesen los demás lo mesmo, y le dexasen impo-

sibilitado de proseguir su viage, usó de industria, ya que rigor, ni fuerza bastava á conservar los que estaban titubeando; y aunque se hallava a la mitad del camino fingió estar muy propinquo al término, y aprestando ocho canoas bien guarnecidas de bogas, y Soldados, las mandó ir adelante, como aposentadoras de lo restante del Ejército, y á la verdad, no eran sino descubridoras del mejor camino en que mil vezes dudoso de lo cierto, alucinaban.

ADELANTASE EL CORONEL BENITO RODRIGUEZ

Nombró Pedro de Texeira por Cabo desta cuadrilla al Coronel Benito Rodríguez de Olivera, hijo del Brasil y persona que como criada toda su vida entre los naturales, les tiene calados los pensamientos y con pequeñas muestras adivina lo que tienen en el corazon, con que es conocido, temido y respetad de todos los Indios de aquellas Conquistas, y en el presente descubrimiento importó no poco su persona, para llevarle al fin con la felicidad que se hizo. Llegó, pues, el Coronel con su esquadra, despues de vencidas muchas dificultades, al Puerto de Payamino, dia de San Juan á los veinte y quatro de junio de mil y seiscientos y treinta y ocho, que es la primera habitacion de Castellanos, que por aquellas partes, sujeta á la Provincia de los Quixos, jurisdiccion de Quito, se avezinda á las orillas deste gran Rio. Si bien por el Napo (de que despues se hará mencion) hubiera tenido toda la Armada mejores Puertos, más bastimientos y menos pérdidas, no solo de Indios sino tambien de haciendas.

DEXA EL CAPITAN EL EXERCITO EN LOS ENCABELLADOS

Siempre iba siguiendo el Capitan Mayor los rastros y avisos que su Coronel le dexava en las dormidas, con que alentados de nuevo, cada dia pensavan, seria el siguiente, el postrero de la jornada. Sustentados con estas esperanzas llegaron á un rio (de que ya diximos arriba) poblado todo de naturales; de paz, en tiempos pasados, pero ya rebeldes por la muerte del Capitan Palacios. Pareció este sitio apacible, para dexar allí situada toda la fuerza de el exér-

cito, y nombrando por Capitan y Cabo de todos a Pedro de Acosta Favela, con que la compañía que llevaba á su cargo, hiciese allí pié fijo hasta tener nuevo orden; quedó tambien con la suya el Capitan Pedro Bayon; personas ambas que bien mostraron en esta ocasion, el valor con que tantos años avian exercitado la milicia, y la fidelidad con que obedecian las órdenes de sus mayores, pues á pie quedo esperaron onze meses, sin jamás intentar otracosa, con ser la tierra enferma, los mantenimientos niguños, sino los que buscaban debaxo de las armas, y esos tan cortos que apenas parece podian ser suficientes a sustentar la vida. Pero bien satisfecho estava el Capitan Mayor de los que dexaba en semejantes riesgos, que sola la muerte les podria apartar de el cumplimiento de sus órdenes.

LLEGA EL CAPITAN MAYOR A QUITO

Con esta confianza, y pocos compañeros, prosiguió Pedro Texeira en seguimiento de su Coronel, que ya halló estava dias avia en la Ciudad de Quito. Donde fueron bien recibidos y agasajados, así de lo Secular como de lo Eclesiástico, mostrando todos el gozo que tenian de ver, en sus tiempos, y por vasallos de su Magestad, no solo descubier to, sino tambien navegado, desde su fin hasta sus primeros principios, el afamado rio de las Amazonas.

No tuvieron la menor parte de estos regocijos, todas las Religiones de aquella Ciudad, que son muchas, y muy autorizadas, ofreciéndose cada una por sí, con obreros fieles, que desde luego entrasen trabajando en la grande, é inculta viña de inmensos bárbaros, de que por sus nuevos descubrimientos se les dava noticia.

RESOLUCION DEL VIRREY DEL PERU

Recíbida en aquella Real Audiencia de Quito la noticia, que bastava para hazer pleno concepto de lo mucho que á ambas Magestades, Divina y humana, importava el acudir luego al buen despacho de negocio tan grave, no se atraviaron los señores Presidente y Oydores de ella a resolver nada, sin primero dar aviso al Virrey del Perú, que á la

sazón era el Conde de Chinchon. El qual despues de consultado el caso con la gente más práctica de la Ciudad de Lima, Corte de aquel nuevo mundo, resolvió por carta suya para el Presidente de Quito (que era el Licenciado D. Alonso Pérez de Salazar) su fecha á los diez de Noviembre de seiscientos y treinta y ocho, que el Capitan Mayor Pedro Texeira con toda su gente bolviese luego, por el mesmo camino que avia venido a la Ciudad de Pará, dándoles todo lo necesario para el viaje, por la falta que tan buenos Capitanes y Soldados, sin duda harian en aquellas fronteras, que tan infestadas son de ordinario de el Enemigo Olandés, mandando juntamente, que si fuese posible, se dispusiesen las cosas de suerte, que fuesen en su compañía dos personas tales, á quienes se pudiese dar fe por la Corona de Castilla, de todo lo descubierto, y de lo demás que á la buelta de viaje se fuese descubriendo.

EL GENERAL D. JUAN DE ACUÑA, SE OFRECE A LA JORNADA

En confusion puso a todos la ejecución desta ultima orden del Virrey, por los muchos inconvenientes, que mirado á prima faz representava. Si bien no faltaron seculares zelosos del servicio de su Magestad, que atropellándolo todo deseava ser cada cual uno de los que se nombrasen para tamaña empresa. Pero el que entre todos se mostró más fervoroso de nuevas ocasiones, en que proseguir en servicio de su Rey, lo que ya por mas de treinta años él avia hecho, y sus antepasados por toda la vida, fué D. Juan Vazquez de Acuña, Caballero del Avito de Calatrava, Teniente de Capitan General del Virrey del Perú, y Corregidor actual, por su Magestad, de Españoles, y naturales, en la mesma Ciudad de Quito y su Comarca, el qual ofrecia, no solo su persona, pero juntamente su hazienda para a su Costa levantar gente, pagar soldados, comprar mantenimientos, disponer pertrechos, y hazer todos los gastos necesarios para tan cumplido viage, solo con el interés que siempre tuvo, de que su Rey y señor fuese servido. No surtió efeto su buen deseo, por no le dar licencia quien podia, que atendiendo á la falta que podría hazer, dexando el oficio que exercia actualmente, se le negó. Si bien no quiso Dios que tan honrados deseos quedasen del todo frustrados, disponiendo las cosas de suerte, que ya que él no iba fuese en su lugar el Padre

Cristoval de Acuña, Religioso de la Compañía de Iesus, su hermano; teniendo á gran dicha poder por este modo ofrecer al servicio de su Majestad cosa que tanto estimaba, y le tocaba de cerca, lo cual sucedió desta manera:

NOMBRA LA REAL AUDIENCIA
AL PADRE CRISTOVAL DE ACUÑA
PARA ESTA JORNADA

Viendo el Licenciado Suarez de Poago, Fiscal de la Real Chancillería de Quito, ya de partida la Portuguesa Armada, y considerando como fiel ministro de su Magestad los muchos utiles y ningunos inconvenientes que se podian seguir de que dos Religiosos de la Compañía de Iesus, le acompañasen notando con cuydado todo lo digno de advertencia en este gran rio, con cuya noticia pasasen á España, para dar cierta relacion de todo en el Real Cosejo de Indias, y siendo necesario el Rey nuestro señor en su Real persona. Como lo pensó el Fiscal, así lo propuso en el Real acuerdo, y pareciendo á todos bien la propuesta, se dió noticia dello al Provincial de la Compañía de Iesus, que á la sazón era el Padre Francisco de Fuentes, el qual estimando la honra que se hazia á su Religion, en fiar de ella cosa de tanta importancia codicioso de que por esta via se le abriese puerta, a que sus hijos entrasen á llevar la nueva luz del Santo Evangelio, á tanto número de almas, que en este gran Rio, yazen en la sombra de la muerte, nombró en primer lugar, para esta empresa, al Padre Christoval de Acuña, Religioso profeso, y actual Rector del Colegio de la Compañía de la Ciudad de Cuenca, jurisdiccion de Quito. Y en segundo lugar, y por su compañero, al Padre Andres de Artieda Lector de Teología en el dicho Colegio de la mesma Ciudad de Quito. Aceptado por los señores de aquella Real Audiencia el nombramiento de los dichos dos Religiosos de la Compañía de Iesus, se les mandó dar una Real provision (cuya cláusula pusimos al principio) en que se les manda, que siendo con ella requeridos, luego al punto partan de la Ciudad de San Francisco del Quito, en compañía del Capitan Mayor Pedro Texeira, y llegando a la del Pará, pasen a España á dar cuenta de todo lo que con cuydado huvieren notado en el discurso del viage al Rey nuestro Señores en su Real persona.

SALEN LOS PADRES DE QUITO

Obedeciendo luego los dichos Padres lo que se les mandaba, y á los diez y seis días de Febrero de mil y seiscientos y treinta y nueve, dieron principio á tan luengo viaje, que duró por espacio de diez meses, hasta entrar en la ciudad del Pará donde tomaron puerto á los doce de Diciembre del mismo año.

Después de haber hollado con sus plantas los encumbrados cerros, que con el licor de sus venas, alimentan, y dan el primer sustento á este gran Rio; y caminando sobre sus ondas hasta donde dilatado en ochenta y cuatro leguas de boca, paga caudaloso tributo al mar Oceano; después de haber con muy particular cuydado notado todo lo que en él ay digno de advertencia; después de aver marcado sus alturas, señalado por sus nombres los Rios que le tributan, reconocido las naciones que se sustentan en sus orillas. Visto su fertilidad, gozando sus mantenimientos, experimentando sus temples, comunicado con sus naturales, y finalmente después de no haber dexado cosa de las en él contenidas de que no puedan ser testigos ocultos.

Como á tales, pues, como á personas que tantas obligaciones nos corren de ser puntuales en lo que se nos ha encomendado, pido yo á los que esta relacion leyeren, me den el crédito que es justo, pues yo soy el uno dellos, y en nombre y por parecer de entrambos, tomé la pluma para escribirla.

Digo esto por las que podrá ser saquen otros á luz, quizá no tan ajustadas á la verdad como convenia. Esta lo será, y tanto, que por ningun caso pondré en ella cosa de que no pueda con la cara descubierta atestiguar con más de cinquenta Españoles, Castellanos y Portugueses, que hicieron el mesmo viaje, afirmando lo cierto por cierto, y lo dudoso por tal, para que en cosa tan grave, y de tanta importancia nadie se arroje á creer más de lo que en esta relación se afirma.

EL RIO DE LAS AMAZONAS ES EL
MAYOR DEL ORBE

Es el famoso Rio de las Amazonas, que corre y vaña las más ricas, fértiles y pobladas tierras de todo el Imperio del Perú; el que de oy en adelante podemos, sin usar de hi-

pérboles, calificar por el mayor y más célebre del Orbe. Porque si el Ganges riega toda la India, y por caudaloso oscurece el mar quando desagua en él, haziéndole que pierda el nombre, y se llame Sinu-Gangetico, por otro nombre Golfo de Bengala. Si el Eufrates, por Rio afamado de la Siria, y parte de la Persia, es la dilicia de aquellos reynos. Si el Nilo riega lo mejor del Africa, fecundándola con sus corrientes, el Rio de las Amazonas riega más extendidos Reynos, fecunda más Vegas, sustenta más hombres, y aumenta con sus aguas mas caudalosos Oceanos; solo les falta para vencerlos en felicidad, tener su origen en el Pacífico, como de aquel os lo afirman graves Autores.

Del Ganges dicen las historias, que desaguan en él treinta caudalosos rios y que en sus playas se ven arenas de oro, innumerables rios desaguan en el de las Amazonas, arenas de oro tiene, y tierras riega, que atesoran en sí infinitas riquezas.

El Eufrates se llama así, como notó San Ambrosio, á laificando, porque con sus corrientes alegra los campos, de suerte que los que riega este año, aseguran abundante cosecha para el siguiente.

Del rio de las Amazonas se puede afirmar que sus orillas son en la fertilidad Paraisos, y si el arte ayuda á la fecundidad del suelo, será todo él unos apacible jardines. La felicidad de la tierra, que riega el Nilo, celebró Lucano en estos versos:

**Ferra fuis conteta boais, non indiga mercis ant souis;
in falo tanta eft fiducia Nilo**

No necesitan las Provincias vezinas al Rio de las Amazonas de los extraños bienes; el Rio es abundante de pesca, los montes de caza, los aires de aves, los árboles de frutas, los campos de mieses, la tierra de minas, y los naturales que la habitan de grandes havilidades, y agudos ingenios, para todo lo que les importa, como iremos viendo en el discurso desta historia.

NACIMIENTO DEL RIO DE LAS AMAZONAS

Dando, pues, principio á ella por el nacimiento y origen deste gran Rio de las Amazonas, hasta aora oculto siempre, queriendo cada tierra hazerse madre de tal hijo atribuyendo á sus entrañas los primeros sustentos que le dan

ser, nombrándole con nombre de Rio Marañón, error tan asentado en aquellas partes, que la ciudad de los Reyes, Emporio de todas las de América, se gloria de que las Cordilleras de Guanuco de los Cavalleros, á distancia de setenta leguas de su sitio, dan cuna y cortan los primeros pañales de una laguna, que allí está, á este afamado Rio. Y á la verdad, no va muy fuera de camino pues ya que no sea este su origen del Rio de las Amazonas, eslo por lo menos de uno de los más famosos, que él convierte en su propia sustancia, y alimentado de sus aguas, corre más brioso, su carrera.

Quiere tambien el nuevo Reyno de Granada aumentar su crédito, prohibiendo á las vertientes del Macóá, el primer nacimiento de este Rio, que en su origen llaman los naturales el gran Caquetá, si bien con ningun fundamento, pues en más de setecientas leguas, no se ven las caras estos dos Rios, y cuando se encuentran, como reconociendo á su mayor, torciendo el Caquetá su curso, viene á pagar vasallage al de las Amazonas.

Por otras muchas partes quiere el Perú alzarse con el principio y nacimiento deste gran Rio, celebrándole y festejándole, como á Rey de los demás. Pero de oy en adelante no lo permitirá la ciudad de San Francisco de el Quito, pues a ocho leguas de su asiento tiene encerrado este tesoro, á las faldas de la Cordillera, que divide la jurisdiccion del Gobierno de los Quixos, al pie de dos cerros, llamado el uno Guamaná, y el otro Pulca, distantes entre sí aún no dos leguas, de los quales da este por madre al recién nacido una grande laguna; y aquel otra, aunque no de tanto box, si bien de mucho fondo, que agujereando un cerro, que invidioso del teroso, que de sí ofrecía, con la fuerza de un terremoto se le echó encima, pretendiendo ahogar en sus principios tan grandes esperanzas, como de aquel pequeño lago se prometian al mundo. Destas dos lagunas, que caen veinte minutos debaxo de la linea Equinocial á la vanda del Sur, tiene su principio el gran Rio de las Amazonas.

SU CURSO, LATITUD Y LONGITUD

Haze su curso este Rio, de Oeste, a Leste, como dize el navegante, esto es de Poniente a Oriente, vezino siempre á la Equinocial la vanda de el Sur, por dos grados, tres, quatro, cinco, y dos tercios en la mayor altura. Tiene de

largo desde su nacimiento hasta que desagua en el mar, mil y trecientas y cincuenta y seis leguas Castellanas, bien medidas, y según Orellana, mil y ochocientas. Camina siempre culebreando en bueltas muy dilatadas, como señor absoluto de todos los otros rios que en él entran, tiene repartidos sus brazos que son como fieles executores suyos, por medio de los quales sale al encuentro, y cobrando dellos el debido tributo de sus aguas, los buelve á en incorporar en la Canal principal. Y es cosa digna de notar, que qual es el guesped que recibe, tales son los Aposentadores, que le despacha; de suerte, que con ordinarios brazos, recibe los más comunes Rios, acrecentando otros mayores, para los de más quenta; y á algunos que son tales, que casi se le pueden poner hombro con hombro, él mesmo en persona con toda su corriente les sale a ofrecer el hospedaje. De latitud y anchura es muy vario, porque por unas partes se esplaya una legua, por otras dos, y por otras mucho más, guardando tanta estrechura en tantas leguas, para con más licencia, dilatado en ochenta y quatro de boca, ponerse barba a barba con el mar Oceano.

ESTRECHURA Y FONDO DEL RIO

El mayor estrecho donde este Rio recoge sus aguas, es de poco más de un quarto de legua, en altura de dos grados y dos tercios. Lugar sin duda que previno la divina Providencia, estrechando este dilatado mar dulce, para que en su angostura se pudiese fabricar una fortaleza que impida el paso á qualquiera Armada Enemiga, por muchas fuerzas que trayga, si acaso entrare por la principal boca deste gran Rio; que entrando por el Rio Negro, en el mesmo se aurá de poner la defensa. Está esta angostura trecientas y sesenta leguas de la Balsa de donde en ocho dias con embarcaciones ligeras, á vela y remo, se puede dar aviso mucho antes que el Enemigo les dé vista.

La profundidad de este Rio es grande, y en partes tal, que no se halla fondo; desde la boca hasta el rio Negro, que es espacio de casi seiscientas leguas, nunca la faltan treinta ó quarenta brazas de altura en la Canal principal; de aí arriba va variando más, ya con veinte, ya con doze, y ya con ocho brazas muy á sus principios, fondos suficientes para qualquiera embarcación, que aunque la corriente impida, no faltan de ordinario todos los dias tres, quatro horas de brisas fuertes, y á vezes por todo el dia con que vencerla.

ISLAS, Y SU FERTILIDAD Y FRUTAS

Todo este Rio está poblado de Islas, unas grandes, pequeñas otras, tantas en número que no se pueden contar, porque se encuentran a cada paso; las ordinarias son de quatro, ó cinco leguas, otras ay de diez, y de veinte; y la que habitan los Tupinambas (de quienes hablaremos despues), tiene mas de seis leguas de circunferencia; ay tambien otras muchas muy pequeñas que les sirven á los naturales de hazer en ellas sus sementeras, teniendo en las mayores su habitacion. Estas Islas de menor porte, y a vezes las mayores, ó mucha parte dellas, vaña todos los años el Rio, fertilizándolas con sus lamas, de suerte que no pueden jamás alegar título de estériles, aunque por muchos años continuados, se les pida el ordinario fruto, que es el maíz, y la yuca, ó mandioca, comun sustento de todos, y de que tienen mucha abundancia; y aunque al parecer estava expuesta á grande disminución y pérdida, con tan poderosas avenidas, la naturaleza, madre comun de todos, dió á estos Bárbaros medio facil para su conservación. Cogen la yuca, que son unas rayces, de que se haze el cazabe, pan ordinario en todas aquellas Costas del Brasil, y cabando en la tierra unas cuevas, o filos hondos, las sepultan en ellos, dexándolos muy bien tapados todo el tiempo que duren las crecientes, las cuales pasadas, las sacan y benefician para su sustento, sin que por eso pierdan un punto de su valor. Y si la naturaleza enseñó á la hormiga á guardar como en trojes en las entrañas de la tierra el grano, que ha de ser alimento suyo todo el año, qué mucho diese traza al indio, por más barbaro que sea, para prevenir su daño, y guardar su sustento; pues es cierto que la Divina Providencia más cuida de los hombres que de los animales brutos.

DE TRES ENTRADAS QUE HAY POR EL NUEVO REYNO

La primera entrada que por la parte que cae al nuevo Reyno de Granada, está descubierta para este inmenso piélago de aguas dulces, es por la Provincia de Mocóa, que pertenece al Governador de Popayan; siguiendo las corrientes del gran Rio Caquéta, que es el dueño, y señor de todas las vertientes, que de parte de Santa Fe de Bogotá, Tima-

ná, y el Caguan, se le allegan; muy afamado entre los naturales, por las grandes Provincias de Gentiles que sustentan sus orillas.

Este Rio tiene muchos brazos por dilatadas Naciones, y bolviéndolos á incorporar en el principal, haze gran multitud de Islas, habitadas todas de infinitos bárbaros.

Corre siempre por el rumbo del de las Amazonas, acompañándole, aunque á lo largo, y echando en él de quando en quando algunos brazos, que pudiera bien ser cada uno, cuerpo de qualquiera otro caudaloso Rio; hasta que recogiendo todas sus fuerzas, en altura de quatro grados, pecho por tierra se le rinde. Por uno de estos brazos que más se avezinda á la Provincia de los Aguas, de Cabeza chata, es por donde se ha de salir á gozar de las grandezas de nuestro gran Rio de las Amazonas, porque al que se dexare llevar de los que mas se inclinan á la vanda del Norte, sucederle ha, lo que los años pasados al Capitan Fernan Perez de Quesada, que aviendo entrado por este Rio con trescientos hombres, y dexándose llevar á la parte de Santa Fé, dió en la Provincia del Algodonal, y con ir tan reforzado de gente, le fué fuerza retirarse con más priesa de la que avia llevado en la entrada.

La segunda puerta, que por la parte del Norte podemos señalar á este Rio es por la Ciudad de Pasto, jurisdicción tambien del Gobierno de Papayán, de donde atravesando la Cordillera con algunos inconvenientes del mal camino de á pie, que de á caballo es imposible llegando al Putumayo, y navegando de Rio abaxo, se vendrán á salir al de las Amazonas, en altura de dos grados y medio, á las trescientas, y treinta leguas del Puerto de Napo.

Por este mesmo camino, saliendo como dixé de la Ciudad del Pasto, y pasada la Cordillera, acercándose á los Lucumbios, que están no muy lejos del Rio, llamado Aguarico, por otro nombre Rio del oro, se puede salir por él á este principal, casi debaxo de la línea, en el principio de la Provincia de los Encabellados, que es a las noventa leguas del dicho puerto de Napo.

Y esta es la tercera entrada que por la parte del Norte se puede intentar.

OTRAS ENTRADAS

La puerta que para este gran Rio está debaxo de la Equinocial cae en el Gobierno de los Quijos, más cercana á

Quito, en la Ciudad de los Cofanes, de donde por el Rio de la Coca, se coge desde luego la canal principal del nuestro de las Amazonas, si bien por muchas corrientes que trae, hatsa encontrarse con el de Napo, no es tan buena la navegación como será por las demás partes que participan la vanda del Sur.

De las quales, la primera de todas, aunque no la mejor, es por la Ciudad de Avila en el mismo Gobierno de los Quixos, de donde tres jornadas por tierra se viene a dar en el Rio Payamino, por donde la Armada Portuguesa salió á tomar puerto en la jurisdicción del Quito.

Desemboca este Rio entre el Napo, y la Coca, en aquel paraje que llaman las luntas de los Rios, á las veinte y cinco leguas del puerto de Napo.

Mejor puerta abrimos á esta mesma Armada, para la vuelta de su viaje, que no la que á la subida, con mucho trabajo y pérdidas, avía descubierto, que es por la Ciudad de Archidona, en la Governación también de los Quixos, y jurisdicción de Quito, en donde á solo un dia de camino, á pie por ser invierno, que en tiempo de verano, á caballo se pudiera andar, dimos en el puerto de Napo, Rio caudaloso y en quien los vezinos de todo aquel Gobierno, tienen librado su tesoro, sacando todos los años de sus orillas el oro que necesitan para sus gastos.

Es muy abastecido de pescado, y sus riberas, de caza, de buenas tierras, que agradecidas á poco trabajo de los labradores, rinden colmados frutos.

Y este es el principal camino por donde con más comodidades y menos trabajos podrán baxar al Rio de las Amazonas todos los que por la Provincia de Quito, le quisieren navegar.

Porque aunque por allá se dize que cerca del Pueblo de Ambato, que está a diez y ocho leguas de la Ciudad de Quito, camino de Rio bamba, ay entrada á un Rio que sale a éste principal, si no la impide algun salto que hagan las corrientes; es muy apropósito esta baxada por venir á salir al dicho Rio, setenta y siete leguas más abaxo del puerto de Napo, con que se ahorrará todo el camino de los Quixos.

OTRAS ENTRADAS A ESTE RIO

Por la parte de la Provincia de Macas, que cae debajo de la mesma jurisdicción y Gobierno, de cuyas sierras

baxa el Rio Curaray, siguiendo su raudal, se puede tambien salir al de las Amazonas, en altura de dos grados, ciento y cincuenta leguas de Napo, distancia que está bien poblada de diferentes Naciones.

Y esta es la séptima entrada de este Rio.

La octava y última, es por Santiago de las Montañas, y Provincia de los Maynas, tierras que vaña uno de los mas caudalosos Rios, que al de las Amazonas tributan, en ellas con nombre de Marañon; y en su boca, y muchas leguas antes de Tunguragua.

En este Rio tal, que más de trescientas leguas, de donde en quatro grados desagua en el principal, se rezela su navegacion, así por su profundidad como por sus precipitadas corrientes: mas con las grandes noticias de los muchos bárbaros que sustenta, mayores dificultades allanan los zelosos de la honra de Dios, y del bien de las almas, en busca de las quales entraron á él á los principios del año de mil y seis cientos y treinta y ocho, dos Religiosos de mi Religion, por los Maynas, de quienes tuve muchas cartas en que no acababan de encarecer su grandeza, y las innumerables Provincias de que cada día iban teniendo mayores noticias.

Úntase este Rio con el principal de las Amazonas, á las doscientas y treinta leguas del puerto de Napo.

RIO DE NAPO

Tiene su origen este, tantas veces por mí nombrado Rio de Napo, á las faldas de un Páramo que llaman de Antezana, que cae diez y ocho leguas de la Ciudad de Quito; y aunque tan vezino a la línea, es de maravillar, que así él, como otros muchos que en varias Cordilleras, coronan aquellas poblaciones, siempre cubiertas de nieve, sirven de templar el calor con que forzosamente, segun afirma San Agustín, la Tórida zona avia de hazer aquellas tierras inhabitables, quedando con este refrigerio, de las más apacibles y templadas de todo lo descubierto.

Corre este Rio de Napo desde su nacimiento entre grandes peñascos, con que no es navegable hasta que en el puerto donde los vezinos de Archidona tienen las rancherías de sus indios, más humano y menos bullicioso, consiente sobre sus hombros ordinarias canoas con que se tragina, y aunque desde este sitio, por quatro ó cinco leguas no

olvida sus humos humilde luego hasta incorporarse con el Rio de la Coca, que es á espacio de veinte y cinco leguas con mucho fondo, y gran serenidad, ofrece buen pasage á mejores embarcaciones. Y está la junta de los rios donde Francisco de Orellana con los suyos fabricó el barco con que navegó por este Rio de las Amazonas.

AQUI MATARON AL CAPITAN PALACIOS

Quarenta y siete leguas destas juntas á la vanda de el Sur está Aneté, poblacion que fué del Capitan Iuan de Palacios, muerto a manos de los naturales, como ya diximos.

Y á las diez y ocho desta sitio desemboca á la vanda del Norte el Rio Aguarico bien conocido, así por su temple menos sano, como por el oro que dél se saca, de que tomó tambien nombre de Rio de Oro.

Y en su boca de la una y la otra vanda, da principio la gran Provincia de los Encabellados, que corriendo por la del Norte por más de ciento y ochenta leguas, y gozando siempre de las aguas que el gran Rio de las Amazonas, explaya por caudalosos lagos, desde sus primeras noticias influyó ardientes deseos de sujetarla á toda la jurisdiccion de Quito, por la multitud grande de Gentiles de que está poblada, y de hecho en varias ocasiones, se comenzó á poner por obra, si bien la ultima en que el Capitan Iuan de Palacios lo intentava, le salió tan mal como ya vimos.

AQUI QUEDO LA ARMADA PORTUGUESA, PROVINCIA DE LOS ENCABELLADOS

En esta Provincia á la boca del Rio de los Encabellados, que cae veinte leguas más abaxo del de Aguarico, donde alló tiene su principio, quedaron á pie quedo por espacio de once meses quarenta soldados de la Portuguesa Armada, con más de trescientos Indios amigos, de los que llevaron en su compañía.

Y aunque á los principios hallaron buena acogida en los naturales de la tierra, y por la paga, recibian dellos los mantenimientos necesarios, no duró mucho tiempo tanta confianza en pechos en que aun todavia hervia la saña con que avian

derramado la sangre del Capitan Español, y como ésta por su parte tambien pedia venganza contra sus agresores, rezelosos de que se les avia de castigar su atrevimiento, con pequeña ocasión se alborotaron, y matando tres de nuestros Indios se pusieron en armas para defender sus personas y tierras.

No se descuydaron los Portugueses, que como mal sufridos y peor acostumbrados á semejantes libertades de los Indios, quisieron luego poner por obra el castigo de esta. Toman las armas, y con sus ordinarios bríos, dan en ellos de tal suerte, que con pocas muertes cogieron vivas mas de setenta personas, las quales tuvieron presas hasta que muertas unas y huydas otras, no quedó ninguna.

Puesto en este estado el Portugués esquadron, y que si quería comer lo había forzosamente de buscar de las manos de el enemigo, ó si no perecer. Determinaron hazer correrías la tierra adentro, y por fuerza ó de grado redimir su vexacion.

Entravan unos y otros quedavan en el Real, y así estos como aquellós, no dexavan de ser molestados por el enemigo, que viendo la suya acudía á hacer todo el daño que le era posible, como lo hizo en muchas embarcaciones, destrozando unas y haciendo pedazos las mas flacas.

Y no fué este el mayor daño que de él se recibió, sino el que sus emboscadas causavan contra nuestros Indios, degollando los que pudieron aver á las manos; si bien pagaron con tres dobladas vidas de los suyos las que quitaron á los nuestros.

Castigo pequeño para los rigurosos que suelen executar los Portugueses en semejantes casos.

Llamaron a estos Indios con nombre de Encabellados, los primeros Españoles que los descubrieron, por los largos cabellos, que así hombres como mugeres usan, que á algunas les pasan de las rodillas.

Sus armas son dardos, su habitación, casas pagizas hechas con curiosidad, y sus mantenimientos los ordinarios de todo el Rio.

Tiene contiúas guerras con las naciones circunvezinas, que son los Seños, Becabas, Tamas, Chufias, y Rumos.

Corren enfrente de esta Provincia de los Encabellados por la vanda de el Sur, las de los Avixiras, Iurufanes, Zaparras, y Iquitos, que encerrados entre las aguas de este Rio, y el de Curaray fenecen.

Donde tambien entrambos se convierten en uno, que es á las quarenta leguas de los Encabellados en casi dos grados de altura.

RIO TUMGURAHUA

Ochenta leguas de Curaray á la misma vanda, desemboca el famoso Rio Tumgurahua, que ya dixé arriba, baxava por los Maynas con nombre de Marañón; házese respetar del de las Amazonas de tal suerte, que con tener este todo su caudal junto, detiene algunas leguas antes su ordinario curso, dando lugar á que aquel explayado por más de una legua de boca, le entre á besar la mano, pagándole no solo el ordinario tributo que de todos cobra, sino otro muy abundante de muchos géneros de pescados que hasta la boca deste Rio, no se conocen en el Amazonas.

ENTRA EN EL MAR EL RIO DE LAS AMAZONAS

Veinte y seis leguas de la Isla del Sol, debajo de la línea Equinocial, esplayado en ochenta y quatro de boca, teniendo por la vanda del Sur al Zapará, y por la contraria al Cabo del Norte, desagua en el Oceano el mayor piélago de aguas dulces que ay en lo descubierto, el más caudaloso Rio de todo el Orbe: el Fénix de los Rios, el verdadero Marañón, tan suspirado, y nunca acertado de los del Perú, el Orellana antiguo, y para dezirlo de una vez, el gran Rio de las Amazonas.

Después de aver bañado con sus aguas mil trescientos y cinquenta y seis leguas de longitud: despues de sustentar en sus riveras infinitas Naciones de Bárbaros; despues de fertilizar inmensas tierras; y despues de aver pasado por el riñon de todo el Perú, y como canal principal, recogido en sí lo mejor, y más rico de todas las vertientes.

Este es en suma el nuevo descubrimiento deste gran Rio, que encerrando en sí grandiosos tesoros á nadie escluye; más antes, á todo género de gente combida liberal á que se aproveche de ellos.

Al pobre ofrece sustento, al trabajador, satisfacción de su trabajo; al mercader, empleos; al soldado, ocasiones de valer; al rico, mayores acrecentamientos; al noble, honras; al poderoso, estados; y al mesme Rey un nuevo Imperio.

Pero quienes más interesados se han demostrar en esta conquista, son los zelosos de la honra de Dios, y bien de las almas, pues tanta multitud dellas, está ya clamando, por fieles Ministros del Santo Evangelio, para que con la claridad dél, se les auyenten las sombras de la muerte, en que ha tanto tiempo que miserables yacen.

Y nadie se escuse desta empresa, pues para todos hay campo descubierto, y por muchos trabajadores que se conduzgan la mies será mayor; y siempre necesitará esta nueva Viña, de nuevos y fervorosos obreros para que la cultiven; basta sugetarla toda debaxo de las llaves de la Iglesia Romana. A que sin duda nuestro Grande, y Católico Rey Filipo Quarto, que Dios nos guarde muchos, y felices años, acudirá de su parte, con la liberalidad que acostumbra en lo temporal, para el sustento de Ministros tales. Y la Santidad de nuestro muy Santo Padre Urbano Octavo de gloriosa memoria, como Padre, y Cabeza que oy es de la Iglesia, se muestra en lo espiritual no menos liberal y benigno: Teniendo á grande dicha que en sus tiempos se abra anchurosa puerta, para reduzir al rebaño de la Iglesia de una vez, más Naciones juntas, y más populosas, de quantas en toda la América, desde sus primeros principios, se descubrieron.

Laus Deo Virginique Matri

CERTIFICACION DEL CAPITAN MAYOR DESTE DESCUBRIMIENTO PEDRO TEXEIRA

Pedro Texeira, Capitan Mayor al presente en esta Capitanía del gran Pará, y Cavo que fué de la gente de guerra, que fué en el descubrimiento del Rio de las Amazonas, de ida, y buelta, hasta la ciudad de San Francisco del Quito, en los Reynos del Perú.

Certifico, y afirmo con juramente, por los Santos Evangelios, que es verdad, que por orden de su Magestad, y por particular provision, despachada por Real Audiencia de Quito, vino en mi compañía desde dicha Ciudad, hasta la del Pará, el Reverendo Padre Christoval de Acuña, Religioso de la Compañía de Iesus, con su compañero el Reverendo Padre Andrés de Artieda, en el qual viage, cumplieron entrambos así en lo tocante al servicio de su Magestad, á que eran invia-

dos, como buenos, y fieles vasallos suyos, notando, y adviertiendo todo lo necesario para dar entera y cumplida cuenta del descubrimiento, a que se deve dar entero crédito, mejor que á otro ninguno, de los que fueron en la dicha jornada. Y en lo tocante á las obligaciones de su Abito, y servicio de Dios, acudieron siempre como acostumbran los de su Religion; predicando, confesando, y doctrinando á todos los del ejército, componiéndoles con sus dudas, amistándoles en sus rencillas, animándoles en sus trabajos, y pacificándoles en sus discusiones, como verdaderos padres de todos; pasando las mismas incomodidades y trabajos, que qualquiera de los soldados particulares, así en la comida como en todo lo demás.

Y no solo hicieron los dichos padres esta jornada á su costa, sin que su Magestad les diese algun socorro para ella, sino que antes, todo lo que ellos traían, así de sustento, como de medicinas, era comun de todos los necesitados, á quienes acudieron siempre con muy grande caridad, y amor.

Y por ser verdad, todo lo aquí contenido, di esta certificacion, firmada de mi mano y sellada con el sello de mis armas.

En esta ciudad de Pará á tres de Marzo de mil y seiscientos y quarenta años.

El Capiátn Mayor,
Pedro Texeira

CERTIFICACION
DEL REVERENDO PADRE COMISARIO DE LAS
MERCEDES

Fray Pedro de la Rúa, Religioso de nuestra Señora de las Mercedes, Comisario general de mi Orden en los Estados de Marañon, y Pará:

Certifico á todos los que la presente vieren, como los Reverendos Padres Christoval de Acuña y Andrés de Artieda su compañero, Religiosos de la Compañía de Iesus, vinieron desde la Provincia de Quito, en compañía de la armada Portuguesa, que de buelta del descubrimiento del Rio de las Amazonas, baxó por él hasta la Ciudad del Pará, Costa del Brasil, y Gobierno del Marañon; acudiendo en todo el tiem-

po que duró el viage, como verdaderos hijos de su religion confesando, predicando, y consolando a todos los del ejército, y acudiéndoles en todas sus enfermedades, y necesidades, como verdaderos padres de todos.

Cumpliendo juntamente con lo que por parte de la Real Audiencia de Quito, en nombre de su Magestad, se les avía encomendado en lo tocante á hazer averigacion de las cosas principales del dicho Rio de las Amazonas, que hizo el Reverendo Padre Christoval de Acuña, con el cuydado que se verá por la relacion, á que juzgo se deve dar entero crédito, por ser persona desinteresada, y que solo movido del servicio de Dios, y del Rey emprehendió jornada tan trabajosa.

De todo lo qual puedo dar fé, como testigo de vista, que por todo el camino venimos juntos.

Y por ser verdad dí esta firmada de mi nombre, y sellada con el sello de mi Religion.

En esta ciudad del Pará, á diez y nueve de Marzo, de mil y seiscientos y quarenta años.

Comisario,

**Fray Pedro de Santa María
y de la Rúa.**

EL DESCUBRIMIENTO DEL AMAZONAS

Federico González Suárez.— Arzobispo de Quito (1844-1917).

Nació y murió en la Capital del Ecuador. Es el más autorizado de los historiadores ecuatorianos y el fundador de los estudios arqueológicos en el país.

Además distinguióse como hábil polemista político-religioso, como elocuente orador y como crítico e inspirado poeta.

Como escritor, fué un polígrafo. Especie rara entre nosotros. Podía escribir sobre cualquier asunto, porque sus conocimientos eran amplios. Con justísima razón dijo de él Menéndez Pelayo que "todos los géneros le eran familiares", anota el mejor de sus biógrafos, Nicolás Jiménez.

"Sus rasgos más acentuados son el patriotismo en sus sinceras y prácticas manifestaciones, el amor a la paz como medio indispensable de progreso, el deslindamiento entre la religión y la política, para que la primera no sea utilizable como instrumento de las inspiraciones de la segunda.

Su figura de sabio y alto dignatario de la Iglesia católica es de las más descollantes en América."

Entre sus obras fundamentales cuéntanse la "Historia General de la República del Ecuador", "Historia Eclesiástica del Ecuador", "Estudio Histórico sobre los Cañaris", "Los Aborígenes del Imbabura y del Carchi", "La Poesía en América", "Estudios Bíblicos".

Las expediciones de Benalcázar a la provincia de Popayán y, con este motivo sus dilatadas ausencias habían sido muy perjudiciales a la naciente colonia, por lo cual el Ayuntamiento de Quito le requirió para que no dejase abandonada la ciudad, y sobre todo para que se abstuviese de llevar indios a la fuerza, lo que había principiado a causar en esta tierra alborotos y perturbaciones. Sin embargo, Benalcázar no dió oídos a los justos reclamos del Cabildo de Quito, y, cuando salió de esta ciudad para su última expedición a las provincias del Norte, se fué llevando más de cinco mil indios de servicio, y recogió para su jornada cuantos caballos pudo, dejando la ciudad desamparada de armas y de gente. Apenas se habían reparado algún tanto estas pérdidas, cuando, dos años después, llegó a Quito Gonzalo Pizarro y se hizo reconocer por Gobernador de todas estas provincias.

Gonzalo había pasado del Cuzco a Lima y de allí, tomando por Piura el camino de la sierra, había bajado para el Norte con dirección a Quito, combatiendo con las tribus de indios alzados, que, en varios puntos del camino, salieron a impedirle tenazmente el paso, y por quienes en más de una ocasión se vió en riesgo de ser derrotado; y, acaso, lo habría sido sin remedio, si su hermano Francisco no le hubiera mandado oportuno refuerzo con el capitán Francisco de Chaves.

Gonzalo fué reconocido como Gobernador de Quito por el Cabildo el 1º de Diciembre de 1540, día en que presentó las provisiones del Marqués su hermano, en las cuales se le nombraba Gobernador no sólo de todo lo descubierto y conquistado por Benalcázar, sino también de todo cuanto en adelante se descubriera y conquistara. Tan luego como el Ayuntamiento de Quito le reconoció por Gobernador, principió Gonzalo a ocuparse en poner por obra su proyecto de ir a descubrir y conquistar las provincias de Oriente; y cuando todo estuvo a punto, dejó por su teniente de gobernador en Quito a Pedro de Puelles, nombró por Alguacil de la ciudad a un hijo suyo pequeño llamado Francisco, habido en una india, y, como el muchacho era todavía de muy pocos años de edad, designó para que, entre tanto, desempeñara aquel cargo uno de sus amigos, apedillado Londoño; disposición con la cual manifestaba Gonzalo las poco nobles prendas de su alma.

El país de la canela o la provincia de los Quijos, como la llamaban entonces los conquistadores, está formada de todas aquellas comarcas situadas hacia el Oriente de Quito al otro lado de la cordillera de los Andes, donde se halla la hoya de los más caudalosos ríos que pagan el tributo de sus

aguas al Amazonas. El primero que intentó el descubrimiento de ese país fué el capitán Gonzalo Díaz de Pineda, saliendo para esto de Quito por dos veces consecutivas con muchos indios de servicio; pero en ambas ocasiones se vió obligado a volver sin ventaja ni provecho alguno.

Gonzalo Pizarro, resuelto, pues, a emprender a toda costa la conquista del país de la Canela, donde creía encontrar ciudades populosas, imperios opulentos y grandes señores, con inmensas riquezas, reunió como unos trescientos soldados entre los que habían venido con él desde Charcas y los que reclutó en Quito; dió orden a los caciques para que alistasen cuatro mil indios, los cuales debían acompañar a los expedicionarios cargando los bastimentos, fardaje y pertrechos de guerra; aprestó como dos mil cerdos y un número crecido de llamas u ovejas de la tierra, para racionar a su gente en el camino, porque se imaginaba que al otro lado de la cordillera encontraría tierras abundantes y provistas de todo. Dispuestas y arregladas las cosas necesarias para la expedición, se puso en camino en los primeros meses del año de 1541, alegre y regocijado con los ensueños de riqueza que había concebido su ambiciosa imaginación (1). El Cabildo de la ciudad le requirió para que no llevara indios forzados, y, sobre todo, para que no los llevase amarrados con cadenas; pero Gonzalo no prestó atención a tan justos reclamos y siguió adelante en su propósito. Era de ver el afán y diligencia, con que el día señalado para la partida daban principio a la jornada los expedicionarios: ya desde la víspera había adelantado, tomando la derrota hacia levante, la numerosa y gruñidora piara de cerdos, arreada por indios encargados de irlos cuidando. El primer día se detuvieron en un punto denominado **Inga**, que está a este lado de la cordillera oriental, y mientras no salieron de poblado el viaje fué cómodo y agradable; pero, cuando principiaron a transmontar la gran cordillera, entonces comenzaron sus trabajos; muchos murieron, principalmente de los indios, helados de frío con el viento recio y húmedo de las alturas y la copiosa nevada que cayó mientras pasaban los expedicionarios. Al des-

(1) En cuanto a la fecha de la partida de Gonzalo Pizarro para su expedición, hay equivocación en los historiadores, que la fijan en un año diverso de aquel en que se verificó, según se deduce del primer Libro de Actas del Cabildo, a cuyas fechas nos hemos atenido en nuestra narración.

cender a la parte oriental al otro lado de la cordillera, conforme iban bajando se internaban más y más en el cerrado bosque, donde no había señal alguna de vereda, ni camino trajinado. Después de haber andado como unas treinta leguas llegaron a una población, la primera de los Quijos, llamada **Zumaco**, puesta a las faldas de un cerro muy elevado: en el tránsito encontraron algunas cuadrillas de indios armados con intento de estorbarles el paso; pero al ver a los caballos y oír disparar los arcabuces, huyeron precipitadamente. Pocos días habían descansado en Zumaco los viajeros, cuando un fuerte e inesperado terremoto arruinó la aldea: una tarde tembló la tierra terriblemente, se abrió en diversas parte, se hundieron muchas casas y no faltaron supersticiosos que tomaran este fenómeno como funesto presagio de futuras desgracias: al terremoto se siguieron tempestades espantosas, acompañadas de truenos y relámpagos, y lluvias incesantes de día y de noche por dos meses continuos: la comida iba faltándoles, en las miserables chozas abandonadas por los salvajes, no se encontraba nada, y el río correntoso, aumentado grandemente con las lluvias, no permitía pasar a la banda opuesta, para buscarla. En el pueblo de Muti, de la misma provincia de Zumaco, les dió alcance Francisco de Orellana, el cual, invitado por Gonzalo Pizarro, acudía desde Guayaquil, con un buen refuerzo de gente, llevando en su compañía a Fr. Francisco de Carvajal, religioso dominico, que iba como capellán de la expedición. Con Pizarro había salido de Quito otro religioso, Fr. Gonzalo de Vera, de la Orden de la Merced (2).

(2) He aquí los autores, que han hablado de la expedición de Gonzalo Pizarro a la provincia de la Canela.

Gomarra.— Historia General de las Indias.— (Pág. 243ª en la edición de Rivadeneyra.— Biblioteca de Autores Españoles.— Historiadores primitivos de Indias.— Tomo Primero).

Zárate.— Historia del Descubrimiento y conquista de la provincia del Perú.— (Libro cuatro, Capítulos 1º, 2º, 3º, 4º y 5º).

Garcilaso de la Vega.— Comentarios Reales del Perú.— (Segunda parte, Libro Tercero, Capítulos 2º, 3º, 4º y 5º).

Ciesa de León.— Guerras Civiles del Perú.— (Guerra de Chupas, Capítulos 18º, 19º, 20º, 21º, 22º y 81º). Esta parte de la Crónica del Perú escrita por Ciesa de León había permanecido inédita hasta nuestros días: fué dada a luz en Madrid, el año de 1881, en el Tomo

Cuando la estación de las lluvias hubo amainado algún tanto, Gonzalo consultó con sus capitanes sobre lo que deberían hacer en aquellas circunstancias, y acordaron que el mismo Gonzalo, acompañado de setenta arcabuceros, siguiese adelante a explorar el camino; como lo hizo, en efecto, continuando hasta dar con los árboles de la canela. Son estos tan altos como olivos; sus flores se abren a manera de capullos, en los cuales está la sustancia, que en fragancia y sabor es muy semejante a la canela. El mejor fruto y más oloroso suele ser el de los árboles cultivados en huertos, como los tenían los indios de Quijos antes de la conquista, para servirse de él, como de una especie de moneda, en las grangerías que acostumbraban tener con otros pueblos de la provincia de Quito en tiempo de los Incas. Atahualpa en Cajamarca obsequió a Pizarro unos cuantos puñados de estas flores olorosas (3). Gonzalo no encontró población ninguna formada, sino miserables cabañas distantes unas de otras y separadas por trechos inmesos: unas veces los indios se negaban a servirle de guías, contestando, en frases breves y concisas, que no sabían si existirían más allá otras poblaciones, porque ellos no conocían más que sus montañas; otras, forzados por los

LXXVI de la Colección de Documentos inéditos para la historia de España.

Herrera.— Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y tierra firme del Mar Océano.— (Década sexta, Libro séptimo, Capítulos 6º, 7º y 8º.— Capítulo 14º del Libro Tercero de la Década séptima.— Herrera en sus Décadas ha copiado casi a la letra la obra de Cieza de León citada anteriormente.

Oviedo.— Historia General y Natural de las Indias.— (Libro cuadragésimo nono, Capítulos 1º, 2º, 3º, 4º y 5º).

Rodríguez.— El Marañón y Amazonas, Historia de los Descubrimientos, entradas y reducciones de naciones, etc.— (Libro primero, Capítulos 1º y 2º).

Entre los historiadores modernos, Quintana, Prescott, Lorente y Mendiburu; entre nuestros historiadores, el P. Velasco, y los señores Pedro Fermín Cevallos y Pablo Herrera, cuyas obras hemos citado ya en otras notas a los capítulos anteriores.—En todos estos autores nos apoyamos para la narración de los hechos referidos en el presente capítulo.

(3) La Canela de Quijos es el *Nectandra Cinamomoides* de los botánicos.— La flor o producto de los canelos se llamaba y aún se llama todavía *Ixpingo*.

españoles se obligaban a guiarles; pero, entonces, de propósito los conducían lejos de poblado, metiéndolos en lo más bravo y cerrado de la montaña. Gonzalo, en vez de halagar a los salvajes, para que le prestasen algún auxilio, los aterraba, haciendo quemar a unos, o despedazar con perros a otros: los pobres indios se dejaban matar, dando ayes lastimeros, pero que no enternecían el fiero corazón de Gonzalo. Mohino y arrepentido de su malaventurada empresa tomó éste, al cabo de muchos días, la vuelta de Zumaco, para reunirse con sus compañeros y continuar todos juntos la marcha, dirigiendo su rumbo por la orilla derecha del Coca. Leguas y leguas anduvieron, buscando como pasar a la orilla opuesta, pero el cauce profundo del río no les ofrecía comodidad para vadearlo; así les fué indispensable continuar bajando, sin apartarse de la misma orilla; pero ¡cuán difícil y penosa no les era la marcha! qué tardía mientras a golpe de machete se abrían paso por entre la tupida selva! El suelo en muchas partes no ofrecía piso firme y seguro ni para los hombres ni para los caballos; éstos ya no les servían de alivio, porque no podían viajar montados por entre el enmarañado bosque, y era necesario llevarlos tirados del diestro, dar grandes rodeos para no atravesar por las ciénegas y pantanos, y sacar a cada instante a los que se atollaban en los atascaderos y lodazales de la montaña; la piara de cerdos les daba todavía mayores trabajos para llevarla, sin que se les extraviasen en el camino: imposible era contenerlos a todos, pues, ya unos se huían, metiéndose entre las malezas; otros, se quedaban perdidos entre el bosque; y uno solo que se les quedase era gran pérdida para los expedicionarios, que se veían sin otra cosa para alimentarse que raíces desabridas y frutas insípidas: la carne de algún caballo que se moría se repartían con peso y medida como manjar regalado: tanta era ya la falta de alimentos.

Cierta noche, cuando las selvas estaban en profundo silencio, oyeron resonar a lo lejos el ruido de una de las caídas del río que les pareció al día siguiente atronadora cascada, de doscientos pies de altura: como no era posible pasar por ninguno de esos puntos a la orilla opuesta, continuaron bajando todavía muchas leguas más hasta donde el cauce del río se estrecha tanto entre dos altísimas peñas, que de una orilla a otra apenas habrá veinte pasos de distancia. Todo aquel inmenso caudal de agua se recoge y comprime en uno como abismo, oscuro y profundo, donde las aguas, pasando en silencio, parece que hubieran perdido la rapidez

de su movimiento, quedándose estancadas, templando más bien que corriendo entre las peñas que forman sus orillas. Este punto les pareció a propósito para construir un puente, y luego, sin pérdida de tiempo, se pusieron a la obra: derribaron, no sin gran trabajo, el árbol más elevado que encontraron allí cerca, y lo tendieron, dejándolo caer de la una a la otra orilla; cortaron después otros iguales y, al cabo de setenta días de incesante fatiga, el puente quedó acabado: y por ahí principiaron a pasar guardando mucha cautela, pues, cuando lo estaban construyendo, un español, que desde el borde se acercó por curiosidad a mirar el fondo de las aguas, desvanecido, cayó dentro y se ahogó. Algunos indios, que desde el frente les habían querido estorbar el paso, al experimentar los terribles efectos de los arcabuces, huyeron despavoridos, llevando a sus aduares la noticia de los hombres barbados que habían asomado en las selvas.

Pocas jornadas después llegaron a una pequeña población asentada en campo raso, cuyo cacique les salió al encuentro y presentó en obsequio alguna comida, aunque poca; Gonzalo Pizarro le preguntó sobre el camino y los pueblos que había en aquella comarca, a lo cual, con astucia, respondió el cacique que, más adelante existían numerosas poblaciones con muy ricos señores: noticia dada adrede por el indio, para que los españoles saliesen de su pueblo. Gonzalo ordenó que el cacique fuese llevado con disimulación, y lo mismo dispuso que se hiciese con otros dos, a quienes tomaron de sorpresa en sus pueblos; pero los indios, cierto día, de repente, se arrojaron al río, y, aunque cada uno tenía una cadena al cuello, pasaron a nado a la otra orilla, sin que los españoles pudiesen inpedírselo. Muchas leguas habían andado ya Gonzalo y sus compañeros sin encontrar señal alguna de población, cuando llegaron a una provincia, que en la lengua de los salvajes se llamaba **Gue-ma**: repuestos allí algún tanto de sus fatigas, resolvieron continuar la marcha, pero iban ya tan desmedrados, que Pizarro juzgó necesario emprender en la construcción de un bergantín para seguir su viaje por el río. Pusiéronse, pues, todos a la obra, sirviéndoles de maestra la necesidad: cortaron árboles del bosque, fabricaron carbón y de las herraduras de los caballos muertos forjaron clavos con inexplorable sufrimiento, pues la abundancia de mosquitos era tanta que, para librarse siquiera un poco de sus molestas picaduras, mientras que unos, sentados en cuclillas atizaban la fragua, otros, parados delante, les aventaban la cara con el

sombrero: de las mantas de los indios y de las camisas podridas de los españoles hicieron estopa, por brea emplearon la resina que destilaban en abundancia ciertos árboles, y, como todos trabajaban con grande afán, pronto el tosco y mal aparejado bergantín estuvo en estado de botarlo al agua. Cuando los compañeros de Gonzalo vieron balanceándose en las aguas del río su improvisada embarcación, no cabían de contento, creyendo haber redimido sus vidas de la muerte segura, que les amenazaba en medio de las soledades de los bosques del Ecuador. Cargaron en el bergantín todo lo más precioso que tenían, acomodaron en él a los enfermos y continuaron con nuevos bríos su viaje, observando orden y concierto, pues mientras los unos caminaban por la playa, el barquillo iba navegando a vista de ellos sin alejarse mucho de las orillas; y, cuando encontraban algún paso difícil y trabajoso se embarcaban para trasladarse de una banda a otra en busca de mejor camino; aunque les era necesario gastar hasta dos y tres días yendo y volviendo, ocupados en transportar los caballos y todas las demás cosas que llevaban.

Entre tanto, el número de muertos aumentaba cada día, pues habían perecido hasta entonces como dos mil indios y muchos españoles; la mayor parte de los restantes iban enfermos, los más estaban desnudos, todos descalzos y a pié, porque los pocos caballos, que les sobraban, más bien les servían de estorbo que de auxilio en las enmarañadas selvas, donde apenas podían caminar, abriéndose paso por entre malezas. Ya no les quedaba ni un solo cerdo, las ovejas de la tierra se habían acabado también; maíz no se encontraba, y la carne de los caballos que morían, servida sin sal, era potaje regalado, que los más robustos reservaban para los enfermos. Los perros, llevados para perseguir a los indios salvajes, se iban también acabando, pues, a falta de otro alimento, los hambrientos expedicionarios habían apelado a esa carne, la cual les hacía muy buen estómago en el hambre que los consumía. Desesperados, unos comían raíces, otros hacían hervir las suelas de los zapatos, las correas y los arzones de las sillas, para comérselos; y no faltaron también algunos que comieron sapos y otras sabandijas, tanta era su necesidad y tan extrema la falta de comida. Los indios de servicio buscaban con esmero algunas raíces suaves y recogían en el bosque frutitas silvestres, para obsequiar con ellas a sus amos. Por sin igual ventura tuvieron estos encontrar en esas circunstancias una

miserable población o cortijo de salvajes, cuyo cacique les hizo buen acogimiento: allí se regalaron comiendo maíz y pan de yuca, el cual les supo tan sabroso a su paladar que, según sus mismas expresiones, creían estar comiendo pan de Alcalá; y como les informasen los salvajes que el río Coca, por cuyas orillas iban caminando, desaguaba en otro más caudaloso que bañaba comarcas ricas, fértiles y pobladas, resolvieron que fuera allá el capitán Francisco de Orellana en el bergantín, para que reconociese la tierra, y, provisto de comida volviese sin tardanza, mientras Gonzalo, con los demás compañeros, los enfermos y los pocos indios de servicio que restaban todavía, quedaban aguardando en el mismo lugar (4).

Dejemos en este punto a Gonzalo Pizarro, esperando la vuelta de Orellana, y acompañemos a este capitán en su viaje, para ver como, siguiendo por el río, llegó al Napo, descubrió el Amazonas y fué a salir al Océano Atlántico, desde donde, por inesperado rumbo, tornó a la corte de España.

*
* *

El Jefe de más confianza que tenía Gonzalo era Orellana, cuyas prendas de caballero y de soldado eran de todos bien conocidas: designóle, pues, por capitán de una compañía de cincuenta hombres, escogidos entre los mejores, dándole cargo de ir a explorar la tierra y traer provisiones. Acomodaron en el bergantín toda la ropa de Gonzalo y de los demás compañeros, aseguraron también en él

(4) El itinerario del viaje de Gonzalo Pizarro puede fijarse de la manera siguiente.— La primera jornada se hizo al punto denominado *Inga*, en la cordillera oriental, hacia el noroeste de Quito: luego, descendiendo la cordillera y dando algunos rodeos, salieron al río Coca, y, por las orillas de éste, continuaron hasta dar con la confluencia del Coca con el Napo.— En este punto, Orellana continuó navegando aguas abajo hasta entrar en el Amazonas, por donde llegó al Océano Atlántico.— Gonzalo Pizarro regresó a Quito por el Napo, subiendo por sus orillas, donde encontró los yucales, de que hablaban Zárate y Ciesa de León.

Raimondi.— El Perú.— (Tomo segundo.— Historia de la Geografía del Perú.— Capítulo décimo).

algunos instrumentos de hierro y cuantas esmeraldas y castellanos de oro tenían: hecho esto, Orellana emprendió su jornada con grande presteza, un lunes 26 de diciembre de 1541; y, como iban aguas abajo, caminaban con tanta velocidad, que, haciendo de navegación veinticinco leguas por día, a la cuarta jornada desembocaron en el caudaloso Napo. Habían andado hasta allí como cien leguas, viendo con admiración cómo el Coca engrosaba sucesivamente sus aguas con las del Quijos y el Cosanga.

Con Orellana se embarcaron también los dos religiosos, el mercedario y el P. Carvajal, dominico, el cual escribió el diario del viaje hasta Cubagua.

A los nueve días después de haberse despedido de Pizarro y sus compañeros, arribó Orellana a una población llamada *Imara*, perteneciente a cierta tribu de indios apellidados *Irimaraes*: allí encontró abundancia de maíz, ají y pescado. Era, pues, llegada la ocasión de hacer acopio de provisiones para remitirselas a Gonzalo Pizarro, como se lo habían ordenado y Orellana lo había prometido: pero ya entonces un proyecto de codicia y de gloria había cruzado también por su imaginación, y, para ponerlo por obra, solamente era necesario discurrir motivos especiosos, con que cohonestarlo a los ojos de sus soldados. ¿Cómo volver ahora al real de Gonzalo? Navegando río arriba contra la corriente, decía Orellana que ni en un año, les sería posible llegar al punto donde habían dejado a sus compañeros; y que, cuando llegaran, ya no los encontrarían: por tanto, añadía, que en aquellas difíciles circunstancias convenía, ante todo, mirar por su propia conservación y poner en salvo sus vidas, navegando hacia el mar Atlántico, pues, por lo que respecta al Gobernador Gonzalo Pizarro y sus compañeros, ya ellos habrían tomado algún camino para salir de la apurada situación en que los dejaron. La proposición de Orellana fué escuchada con agrado por casi todos sus compañeros, quienes se manifestaron resueltos a seguir el consejo de su capitán; sin embargo, un joven español, apellidado Sánchez de Vargas, la rechazó con indignación, esforzándose por hacer ver a su jefe lo ruin e infame de su procedimiento, contra el cual, dijo, que, por su parte, protestaba con toda energía. Indignado Orellana de escuchar esta noble protesta, que para él no podía menos de ser inesperada, mandó dejar abandonado en los bosques al caballero Sánchez, en pena de su noble firmeza y lealtad; y faltó poco para que hiciera lo mismo con el P. Carvajal, a quien maltrató groseramente de palabra, porque

también se opuso al proyecto de abandonar a Gonzalo Pizarro y seguir adelante la navegación. Pudo más en el ánimo de Orellana la codicia que la lealtad, y, desoyendo los consejos de la honradez, atendió solamente a los reclamos de su ambición.

Hizo luego que sus mismos soldados lo eligiesen por jefe y caudillo, a fin de emprender nuevos descubrimientos, por su cuenta, y no a nombre y por autoridad de Gonzalo. Del pueblo de Imara, pasaron al de **Aparia**, donde fueron obsequiados por el cacique; y, haciendo allí buena provisión de comida, tornaron a navegar por el Napo, hasta que, al cabo de varios días de navegación, el barquichuelo de Orellana flotaba en las aguas del portentoso Amazonas. Tendió su vista hacia todos lados el jefe castellano, y contempló, lleno de admiración, el azulado lienzo de las aguas confundándose, allá, en lotananza, con el límpido azul del firmamento, sin que ni a un lado, ni a otro, alcanzasen los ojos a distinguir orillas en el remoto horizonte: entonces comprendió toda la importancia de su descubrimiento y tuvo por realizados los proyectos de su ambición.

Con gran trabajo y padeciendo increíbles contratiempos, logró Orellana recorrer en casi seis meses todo el curso del Marañón, y salir al Océano Atlántico tomando puerto en la isla de Cubagua, donde permaneció solamente poco tiempo, mientras se disponía a pasar a España. Curiosa e interesante era la descripción que el afortunado aventurero hacía de su expedición: había recorrido distancias inmensas, visitado comarcas hasta entonces ignoradas, tomando noticia de países y naciones innumerables, de extrañas costumbres, lenguajes difíciles y usos desconocidos. Ponderaba la riqueza de aquellas provincias, acerca de las cuales contaba cosas maravillosas, como aquello del imperio de las Amazonas, que vivían en ciudades pobladas solamente por mujeres y gobernadas también por mujeres guerreras, las cuales peleaban, manejando con singular destreza el arco y la pica. No se cansaba de referir las armas que usaban, las flechas emponzoñadas, con que daban muerte infaliblemente; enumerando los peligros de que se había librado, las batallas que había reñido y los triunfos que había alcanzado.

Durante toda la cuaresma los aventureros hicieron alto en un pueblo, ocupados en fabricar un nuevo bergantín; y todos los días, por lo regular, oían el sermón que les predicaba el P. Fr. Gaspar de Carvajal, y el Domingo de Pascua confesaron y comulgaron todos; aunque ya en adelante no

pudieron volver a oír misa, porque en una hambre extrema de muchos días se comieron la harina, que, para hacer hostias, llevaba el religioso. Para poder navegar en alta mar, tejieron jarcias de raíces de árboles y de bejucos, y de mantas con que se abrigan para dormir, hicieron velas: en semejante embarcación muchos días fueron juguete de las olas en el golfo de Paría, y, cuando, por fin, lograron abordar a la isla de Cubagua, y vieron en ellas pisadas de caballos, se alegraron grandemente, conociendo, por semejante señal, que estaba habitada por cristianos; y su primera diligencia fué ir derecho a la iglesia; para tributar gracias a Dios, porque les había concedido llegar salvos hasta aquel punto.

Orellana poseía prendas nada comunes. Era audaz, arrojado, concebía altos pensamientos, formaba planes grandiosos y se complacía en ponerlos por obra, arrollando cuantos obstáculos se le presentaban delante para ejecutarlos. Comprendía con admirable prontitud los idiomas difíciles de los salvajes, y en poco tiempo se hallaba en estado de darse a entender; habilidad de ingenio que le sirvió muy mucho en su viaje por el Marañón para contratar con las tribus salvajes. De imaginación exaltada, veía siempre en las cosas más de lo que realmente había en ellas, y acostumbraba describirlas, ponderándolas, para darles mayor importancia. Constante en llevar a cabo cuanta empresa acometía, gustaba de hazañas dificultosas, para darse el placer de realizarlas. Amigo de Gonzalo mientras no se le ofreció ocasión de señalarse por sí mismo en algún descubrimiento famoso, quebrantó los fueros de la amistad e hizo traición a la confianza de su jefe, cuando vió que se le habría el camino para satisfacer su propia ambición.

La Corte de España comprendió fácilmente la grande importancia de los descubrimientos que acababa de hacer Orellana, y celebró con éste una famosa capitulación, en la cual es digna de particular recomendación la severa moral que exigía el Soberano de España al jefe castellano en las relaciones de comercio y tráfico, que le permitía entablar con los indios. Orellana aprestó una armada para venir a establecer colonias y pacificar las tierras bañadas por las aguas del Amazonas; llegó a las playas del río, pero murió desgraciadamente, víctima de inesperados contratiempos, antes de ver realizados sus sueños de grandeza. Con su muerte quedó por entonces abandonada su empresa.

Conviene que digamos una palabra siquiera acerca del

religioso dominico, que acompañó a Orellana en toda su expedición.

Fué el P. Fr. Gaspar de Carvajal natural de Extremadura en España, vino al Perú el año de 1533, y se hallaba en Lima, cuando pasó por aquella ciudad Gonzalo Pizarro, viniendo a Quito para el descubrimiento del país de la canela. El Padre Carvajal acompañó a los expedicionarios y tuvo la suerte de ser el primer sacerdote que surcara las aguas del amazonas. En las varias refriegas que Orellana y sus compañeros sostuvieron con los indios fué herido gravemente dos veces, una en la quijada y otra en la cabeza, y, a consecuencia de esta segunda herida, causada por una flecha arrojada al bergantín en que iban los españoles, perdió un ojo. En el año de 1544 lo volvemos a encontrar en el Perú, acupado en fundar algunos conventos de su Orden: en 1557 fué elegido Provincial de su provincia de Frailes Predicadores del Perú y murió en Lima en el convento del Rosario, en edad muy avanzada, el año 1584. La Crónica de su Orden hace notar que fué el primero, a quien se dió sepultura en la Sala capitular de aquel convento, según la costumbre de los Religiosos de Santo Domingo. El P. Fr. Gaspar de Carvajal gozó entre los suyos la fama de varón sencillo, de ánimo constante, grande sufridor de adversidades y muy ejemplar en sus costumbres. Después tendremos ocasión de hablar de la parte que tomó este religioso en las discordias entre el primer Virrey del Perú y la Real Audiencia de Lima (5).

*
* *

Digamos ahora, pues ya es tiempo, cómo se verificó la vuelta de Gonzalo Pizarro a Quito, desde el punto en que fué abandonado por Orellana.

Larga fué la permanencia de Gonzalo en aquel lugar, esperando la vuelta del bergantín provisto de víveres; pero, pasaban días tras días, y Orellana no volvía, ni había acer-

(5) Meléndez.— Verdaderos tesoros de las Indias.— (Libro cuarto, Capítulo sexto).— El diario del P. Carvajal se halla en la Historia Natural y General de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo.

ca de él noticia alguna; por lo cual, después de dos meses de inútil esperar, Gonzalo resolvió seguir adelante, animando a su desmayada tropa. Los escasos alimentos encontrados hasta entonces apenas les bastaban para conservar penosamente la vida, y aún esos estaban ya agotados.

Por dos ocasiones mandó Gonzalo exploradores, para que averiguasen por el paradero de Orellana y buscasen comida, pues de hambre se encontraban ya casi a punto de perecer. El primero de los comisionados volvió, sin haber encontrado huella alguna de Orellana, el segundo, que partió poco después, conoció por los desmontes que aquel capitán con sus compañeros habían seguido aguas abajo; pero fué más feliz en su comisión, porque encontró extensos yucales abandonados, se proveyó abundantemente de comida y volvió a dar a Gonzalo noticias del hallazgo que acababa de hacer. Animados con la esperanza de remediar la penosa necesidad que padecían, acudieron todos al punto indicado, donde encontraron las grandes sementeras de yuca. Habían sido estas plantadas por los salvajes, quienes las dejaron abandonadas, viéndose perseguidos por sus enemigos en esas guerras incesantes de unas tribus con otras. Tal era el hambre de los españoles, que muchos se comían las yucas sin limpiarlas bien de la tierra y a medio cocinar; lo cual les ocasionó monstruosas hinchazones de todo el cuerpo, poniéndolos en tal estado que no podían sostenerse en pié. Lo que más les atormentaba era la falta de sal, pues hacía meses que no la probaban.

Nuevos y más terribles trabajos se vieron obligados a padecer Gonzalo y sus compañeros mientras bajaban por las selvas de las márgenes del Napo; y su admiración subió de punto, cuando un día se les presentó el buen Sánchez de Vargas y les refirió cuanto había pasado con el capitán Francisco de Orellana. Estaban en la embocadura del Coca con el Napo, a cuatrocientas leguas de distancia de Quito; no hallaban ese imperio opulento en que habían soñado, y, en vez de las ciudades populosas, que su fantasía caballescaba les representara en ese país todavía desconocido tras la cordillera de los Andes, no encontraban más que miserables cabañas de salvajes, dispersas acá y allá, entre bosques interminables y enmarañadas selvas; el bergantín, con tanto trabajo fabricado, y en el cual había puesto toda su esperanza, había desaparecido; donde creían encontrar aparejados alimentos suficientes, con que reparar sus debilitados cuerpos, no hallaban cosa alguna, y hata la idea de la gloria,

que se habían adquirido en el descubrimiento y exploración de esas misteriosas comarcas del levante, se había convertido en motivo de amargo despecho. Orellana, el capitán de toda la confianza de Gonzalo, le había hecho traición, y, sin duda, pretendía adelantarse, para arrebatarse a su jefe la honra del descubrimiento. Las intenciones de Orellana, puestas de manifiesto en su conducta con el noble joven Sánchez de Vargas, lastimaron el ánimo de Gonzalo, desprevenido para una tan inesperada traición, y allí se amontonaron de súbito en su imaginación la honra arrebatada villanamente por un subalterno, y los trabajos sufridos tan sin fruto hasta entonces!... Volver a Quito era muy difícil, por la larga distancia y los fragosos caminos; continuar adelante era imposible. Estaban viendo las aguas del anchuroso Napo, esas aguas corrían hacia el mar del norte bañando regiones inmensas, donde, sin duda, habitaban pueblos innumerables ¿cómo conquistarlos? Los medios para conservar la vida les faltaban, y no era tiempo para pensar en conquistas; resolvieron, pues, emprender la vuelta a Quito, escogiendo el camino que quedaba al setentrión, por parecerles menos fragoso.

Pusieron a los enfermos en los pocos caballos, que todavía les restaban, asegurándolos con correas, para que no se cayesen: tan extrema era su debilidad. Y en servir a los enfermos y cuidar de todos se señalaba el caudillo, granjeándose el amor y cariño de sus compañeros.

Más tantos habían sido los contratiempos padecidos por los cuitados aventureros, que sus ánimos estaban agriados, y faltos ya de paciencia: cada paso que daba la caballería les arrancaba a los enfermos ayes dolorosos, los cuales, en vez de enternecer a los sanos y moverles a compasión, les fastidiaban y, airados, reñían a los miserables, diciéndoles que más eran bellacos que enfermos.

Cada ciertos días sangraban de las piernas a los caballos, para dar con la sangre hervida algún poco de alimento nutritivo a los enfermos; mientras los otros se sustentaban con raíces de la tierra, de yerbas y de hojas de los árboles, maldiciendo de sí mismos y de la hora en que habían salido de Quito para una tan malhadada expedición.

Cuantos hayan sido los trabajos que Gonzalo y sus compañeros hubieron de padecer en su vuelta a Quito, no es posible ponderar. Faltos enteramente de alimento, débiles de fuerzas, rendidos de fatiga, iban volviendo por aquellos montes, hundiéndose en ciénegas y pantanos, vadeando los

torrentes que bajaban hinchados de las montañas, dejando en todo el camino señalada la huella de su marcha por los sepulcros de sus compañeros, los cuales quedaban, para siempre, durmiendo el sueño de la muerte en la soledad. Abrióseles el corazón cuando, alzando un día los ojos, vieron a lo lejos en los remotos confines del horizonte las nevadas cumbres de los Andes, que se confundían con las nubes del cielo; aquella era señal de que acercaban a tierras pobladas de españoles. Cuando al cabo de varios meses de caminar por montes y riscos fragosos, lograron llegar a la tierra de Quito, postrándose de hinojos, la besaron, llorando de consuelo. Más cuán otros asomaban entonces de cuando se fueron! La ropa, pudriéndoseles con la humedad, se les caía a pedazos, o se les iba en girones, arrancada por las espinas y malezas de los bosques; así es que, al cabo, se quedaron enteramente desnudos, viéndose obligados para cubrir sus vergüenzas, a colgarse por adelante unas hojas de árboles hilvanadas a manera de delantal. Cuando estuvieron cerca de la cordillera, con sus arcabuces mataron uno que otro venado, y de sus pieles se hicieron unos como calzoncillos o bragas para taparse honestamente. Como una tercera parte de ellos había perecido, de los indios que les acompañaban casi no había quedado ninguno; volvían, solos y pobres. Por medio de algunos indios que se prestaron a servirles de mensajeros, dieron aviso a la ciudad de su llegada, comunicando a sus vecinos la triste situación en que se hallaban. Quito estaba entonces tan escaso de recursos que, a pesar de la buena voluntad de sus moradores y de las diligencias que hicieron para favorecer a Gonzalo Pizarro y sus compañeros, apenas se pudieron completar seis mudas de ropa y unos pocos caballos. Unos daban un jubón, otros unos zapatos y así otras prendas, pues con motivo de las guerras civiles del Perú, había quedado Quito muy desmantelado, porque, al pasar por la ciudad Vaca de Castro, se llevó cuantos caballos y recursos pudo reclutar para hacer la guerra a los de Almagro. Los pocos socorros que pudieron juntarse en Quito para Gonzalo y sus compañeros se les mandó el Cabildo a nombre de la ciudad con doce vecinos, a quienes encargó que se los llevasen al camino. Gonzalo dió en esta ocasión una prueba de notable magnanimidad, pues, viendo que no había vestidos para todos no quiso aceptar el que le presentaron para él, ni montar a caballo, determinando entrar en la ciudad como había venido. Los demás oficiales siguieron el ejemplo de su capitán, y todos llegaron a Quito y entraron

por las calles de la ciudad, dirigiéndose derechamente a la iglesia, para oír misa y dar gracias a Dios. En unos causaba risa y en otros lástima verlos desnudos, con unos como calzoncillos de pieles de venado, con que cubrían por delante y por detras sus cuerpos negros, flacos, desmedrados; los cabellos y barba crecidos, cubiertos todo el cuerpo de llagas y cicatrices de lastimaduras causadas por las malezas de los bosques, con unas abarcas en los pies, las espadas enmohecidas al hombro, porque hasta las vainas se les habían destruído, y apoyados en toscos bastones, para sostener el cuerpo que, de puro débil, apenas podía tenerse en pie. Era una mañana de los primeros días del mes de junio de 1543 cuando entraron en Quito, más de dos años después de su salida de la ciudad; y de los trescientos expedicionarios que fueron con Gonzalo, volvían sólo ochenta, pues habían perecido como doscientos. Allí fue el alegrarse de los unos, el preguntar de los otros, el llorar de aquellos, porque éstos no veían a sus deudos, esos se consolaban, esperando que Orellana y sus compañeros saldrían vivos al mar y volverían algún día, y los otros abrazaban vivos a los que habían tenido por muertos. No pasaremos en silencio una circunstancia, digna de llamar la atención, y fué que los comisionados de la ciudad, así que Gonzalo Pizarro se resistió a admitir los vestidos que le llevaban y a montar a caballo, se desnudaron también ellos, y a su manera, procuraron ponerse en el mismo traje y aspecto con que se hallaban los expedicionarios, y acompañando a éstos entraron en la ciudad; mas en una cosa no podían asemejárseles y era en el hambre con que aquellos venían. Se les salía el alma viendo la comida, pero tenían que ir comiendo poco a poco, con tasa y medida; porque a muchos de ellos el alimento substancioso les iba quitando la vida: pues sus estómagos, acostumbrados por largo tiempo a extrañas comidas, por lo regular crudas y sin sal, rechazaban todo manjar sazonado, y así les era necesario tino en abstenerse de la comida, para no perder la vida ahitados, los que habían corrido peligro de perecer de hambre y necesidad.

Fragmento del Tom. II de la "Historia General de la República del Ecuador".

FEDERICO GONZALEZ SUAREZ

PAISAJE Y VIDA EN LA HOYA AMAZONICA

Juan León Mera .— 1832 - 1894 .— Coterráneo de don Juan Montalvo, pues ambos nacieron en la ciudad de Ambato, pródiga en hombres ilustres. Por antonomasia, don Juan León Mera es el poeta de nuestro hermoso himno nacional al que púsole no menos bella y conmovedora música don Antonio Neumann. Vivió la mayor parte de su vida en Atocha, una de las aldehuclas paradisíacas de Ambato. Allí escribió la mayor parte de sus obras literarias, entre las que se destaca su novela "Cunmandá", de la cual se reproducen dos capítulos, además es una de las primeras novelas ecuatorianas.

Mera escribió también una serie de pequeñas novelas, una leyenda incaica intitulada: "La Virgen del Sol". Fué el primero en recoger en volumen el folklore de los cantares ecuatorianos. Y, asimismo, uno de los primeros en ejercer la crítica literaria, labor condensada en su valiosa obra: "Ojeada Crítica de la Poesía Ecuatoriana". Como historiógrafo, reunió en su "Historia de la Restauración", algunas páginas de la vida nacional, en la cual tuvo que intervenir en favor de los ideales políticos que sustentaba.

LAS SELVAS DEL ORIENTE

El monte Tungurahua, de hermosa figura cónica y de cumbre siempre blanca, parece haber sido arrojado por la mano de

Dios sobre la cadena oriental de los Andes, la cual, hendida al terrible golpe, le ha dado ancho asiento en el fondo de sus entrañas. En estas profundidades y a los pies del coloso, que, no obstante su situación, mide 5.087 metros de altura sobre el mar (1), se forma el río Pastaza de la unión del Patate que riega el Este de la provincia que lleva el nombre de aquella montaña, y del Chambo que, después de recorrer gran parte de la provincia Chimborazo, se precipita furioso y atronador por su cauce de lava y micaesquista.

El Chambo causa vértigo a quienes por primera vez le contemplan: se golpea contra los peñascos, salta convertido en espuma, se hunde en sombríos vórtices, vuelve a surgir a borbotones, se retuerce como un condenado, brama como cien toros heridos, truena como la tempestad, y mezclado luego con el otro río continúa con mayor impetu cavando abismos y estremeciendo la tierra, hasta que da el famoso salto de Agoyán, cuyo estruendo se oye a considerable distancia. Desde este punto, a una hora de camino del agreste y bello pueblecito de Baños, toma el nombre de Pastaza, y su carrera, aunque majestuosa, es todavía precipitada hasta muchas leguas abajo. Desde aquí también comienza a recibir mayor número de tributarios, siendo los más notables, antes del cerro Abitahua, el Río-verde, de aguas cristalinas y puras, y el Topo, cuyos orígenes se hallan en las serranías del Llanganate, en otro tiempo objeto de codiciosas miras, porque se creía que encerraba riquísimas minas de oro.

El Pastaza, uno de los reyes del sistema fluvial de los desiertos orientales, que se confunden y mueren en el seno del monarca (2) de los ríos del mundo, tiene las orillas más groseramente bellas que se puede imaginar, a lo menos desde las inmediaciones del mentado pueblecito hasta largo espacio adelante de la confluencia del Topo. El cuadro, o más propiamente la sucesión de cuadros que ellas presentan, cambian de aspecto, en especial pasado el Abitahua hasta el gran Amazonas. En la parte en que nos ocupamos, agria y salvaje por extremo, parece que los Andes, en violenta lucha con las ondas, se han rendido sólo a más no poder y las han dejado abrirse paso por sus más recónditos senos. A derecha

(1) Según la medida de los señores Reiss y Stübel en 1874.

(2) El Amazonas.

e izquierda la secular vegetación ha llegado a cubrir los estrechos planos, las caprichosas gradas, los bordes de los barrancos, las laderas y hasta las paredes casi perpendiculares de esa estupenda ruptura de la cadena andina; y por entre columnatas de cedros y palmeras, y arcadas de lianas, y bóvedas de esmeralda y oro bajan, siempre a saltos y tumbos, y siempre bulliciosos, los infinitos arroyos que engruesan, amén de los ríos secundarios, el venaje del río principal. Podría decirse que todos ellos buscan con desesperación el término de su carrera seducidos y alucinados por las voces de su soberano que escucharon allá entre las breñas de la montaña.

El viajero no acostumbrado a penetrar por esas selvas, a saltar esos arroyos, esguazar esos ríos, bajar y subir por las pendientes de esos abismos, anda de sorpresa en sorpresa, y juzga los peligros que va arrojando mayores de lo que son en verdad. Pero estos mismos peligros y sorpresas, entre las cuales hay no pocas agradables, contribuyen a hacerle sentir menos el cansancio y la fatiga, no obstante que, ora salva de un vuelo un trecho desmesurado, ora da pasitos de a sesma; ya va de puntillas, ya de talón, ya con el pie torcido; y se inclina, se arrastra, se endereza, se balancea, cargando todo el cuerpo en el largo bastón de **caña brava**, (3) se resbala por el descortezado tronco de un árbol caído, se hunde en el cieno, se suspende y columpia de un bejuco, mirando a sus pies por entre las roturas del follaje las agitadas aguas del Pastaza, a más de doscientos metros de profundidad, o bien oyendo solamente su bramido en un abismo que parece sin fondo. . . En tales caminos, si caminos pueden llamarse, todo el mundo tiene que ser acróbata por fuerza.

El paso del Topo es de lo más medroso. Casi equidistantes una de otra hay en la mitad del cauce dos enormes piedras bruñidas por las ondas que se golpean y despedazan contra ellas; son los machones centrales del puente más extraordinario que se puede forjar con la imaginación, y que se lo pone, sin embargo, por mano de hombres en los momentos en que es preciso trasladarse a las faldas del Abitahua: ese puente es, como si dijésemos, lo ideal de lo terrible

(3) Especie de junco muy fuerte. Se cría en un solo pie y forma copa, aunque pequeña, parecida a la de la palmera.

realizado por audacia de la necesidad. Consiste la peregrina fábrica en tres **guadúas** de algunos metros de longitud tendidas de la orilla a la primera piedra, de ésta a la segunda y de aquí a la orilla opuesta. Sobre los hombros de los prácticos más atrevidos, que han pasado primero y se han colocado cual estatuas en las piedras y las márgenes, descansan otras **guadúas** que sirven de pasamanos a los demás transeuntes. La caña tiembla y se comba al peso del cuerpo; la espuma rocía los pies; el ruido de las ondas asorda; el vértigo amenaza, y el corazón más valeroso duplica sus latidos. Al cabo está uno de la banda de allá del río, y el puente no tarda en desaparecer arrebatado de la corriente.

En seguida comienza la ascensión del Abitahua, que es un soberbio altar de gradas de sombría verdura, levantado donde acaba propiamente la rotura de los Andes que hemos bosquejado, y empiezan las regiones orientales. En sus crestas más elevadas, esto es, a una altura de cerca de mil metros, descuellan centenares de palmas que parecen gigantes extasiados en alguna maravilla que está detrás, y que el caminante no puede descubrir mientras no pise el remate del último escalón. Y cierto, una vez coronada la cima, se escapa de lo íntimo del alma un grito de asombro: allí está otro mundo; allí la naturaleza muestra con ostentación una de sus fases más sublimes: es la inmensidad de un mar de vegetación prodigiosa bajo la azul inmensidad del cielo. A la izquierda y a lo lejos la cadena de los Andes semeja una onda de longitud infinta, suspensa un momento por la fuerza de dos vientos encontrados; al frente y a la derecha no hay más que la vaga e indecisa línea del horizonte entre los espacios celestes y la superficie de las selvas, en la que se mueve el espíritu de Dios como antes de los tiempos se movía sobre la superficie de las aguas. Algunas cordilleras de segundo y tercer orden, ramales de la principal, y casi todas tendidas del Oeste al Este, no son sino breves eminencias, arrugas insignificantes que apenas interrumpen el nivel de ese grande Sahara de verdura. En los primeros términos se alcanza a distinguir millares de puntos de relieve como las motillas de una inconmensurable manta desdoblada a los pies del espectador: son las palmeras que han levantado las cabezas buscando las regiones del aire libre, cual si temiesen ahogarse en la espesura. Unos cuantos hilos de plata de eses prolongadas y desiguales y, a veces, interrumpidas de trecho en trecho, brillaban allá distantes: son los caudalosos ríos que descendiendo de los Andes se apresuran a llevar su tribu-

to al Amazonas. Con frecuencia se ve la tempestad como alado y negro fantasma cerniéndose sobre la cordillera y despidiendo serpientes de fuego que se cruzan como una red, y cuyo tronido no alcanza a escucharse; otras veces los vientos del Levante se desencadenan furiosos y agitan las copas de aquellos millones de millones de árboles, formando interminable serie de olas de verdemar, esmeralda y tornasol, que en su acompasado y majestuoso movimiento producen una especie de mugidos, para cuya imitación no se hallan voces en los demás elementos de la naturaleza. Cuando luego inmóvil y silencioso aquel excepcional desierto recibe los rayos del sol naciente, reverbera con luces apacibles, aunque vivas, a causa del abundante rocío que ha lavado las hojas. Cuando el astro del día se pone, el reverberar es candente, y hay puntos en que parece haberse dado a las selvas un baño de cobre de rritido, o donde una ilusión óptica muestra llamas que se extienden trémulas por las masas de follaje sin abrasarlas. Cuando, en fin, se levanta la espesa niebla y lo envuelve todo en sus rizados pliegues, aquello es un verdadero caos en que la vista y el pensamiento se confunden, y el alma se siente oprimida por una tristeza indefinible y poderosa. Ese caos remeda los del pasado y el porvenir, entre los cuales puesto el hombre brilla un segundo cual leve chispa y desaparece para siempre; y el conocimiento de su pequeñez, impotencia y miseria es la causa principal del abatimiento que lo sobrecoge a vista de aquella imagen que le hace tangible, por decirlo así, la verdad de su existencia momentánea y de su triste suerte en el mundo.

Desde las faldas orientales del Abitahua cambia el espectáculo; está el viajero bajo las olas del extraño y pasmoso golfo que hemos bosquejado, ha descendido de las regiones de la luz al imperio de las misteriosas sombras. Arriba se dilataba el pensamiento al par de las miradas por la inmensidad de la superficie de las selvas y lo infinito del cielo; aquí abajo los troncos enormes, los más cubiertos de bosquecillos de parásitos, las ramas entrelazadas, las cortinas de floridas enredaderas que descienden desde la cima de los árboles, los flexibles bejuocos que imitan los cables y jarcía de los navíos, le rodean a uno por todas partes, y a veces se cree preso en una dilatada red allí tendida por alguna ignota divinidad del desierto para dar caza al descuidado caminante. Sin embargo, cosa singular! esta aprensión que debía acongojar el espíritu, desaparece al sobrevenir, cual de seguro sobreviene, cierto sentimiento de libertad, independencia y

grandeza, del que no hay ninguna idea en las ciudades y en medio de la vida y agitación de la sociedad civilizada. Por un fenómeno psicológico que no podemos explicar, sufre el alma encerrada en el dédalo de los bosques, impresiones totalmente diversas de las que experimenta al contemplarlos por encima, cuando parece que los espacios infinitos le convidan a volar por ellos como si fueran su elemento propio. Arriba una voz secreta le dice al hombre: —¡Cuán chico, impotente e infeliz eres! Abajo otra voz, secreta asimismo y no menos persuasiva, le repite: —Eres dueño de tí mismo y verdadero rey de la naturaleza: estás en tus dominios: haz de tí y de cuanto te rodea lo que quisieres. Excepto Dios y tu conciencia, aquí nadie te mira ni hay quien sojuzgue tus actos.

Este sentir, este poderoso elemento moral que en el silencio de las desiertas selvas se apodera del ánimo del hombre, es parte sin duda para formar el carácter soberbio y dominante del salvaje, para quien la obediencia forzada es desconocida, la humillación un crimen digno de la última pena, la costumbre y la fuerza sus únicas leyes, y la venganza la primera de sus virtudes, y casi un necesidad.

En este laberinto de la vegetación más gigante de la tierra, en esta especie de regiones suboceánicas, donde por maravilla penetran los rayos del sol, y donde sólo por las aberturas de los grandes ríos se alcanza a ver en largas fajas el azul del cielo, se hallan maravillosos dechados en que pudieran buscar su perfección las artes que constituyen el orgullo de los pueblos cultos: aquí está diversificado el pensamiento de la arquitectura, desde la severa majestad gótica hasta el airoso y fantástico estilo arábigo, y aún hay órdenes que todavía no han sido comprendidos ni tallados en mármol y granito por el ingenio humano: ¡qué columnatas tan soberbias! qué pórticos tan magníficos! qué artesonados tan estupendos! Y cuando la naturaleza está en calma; cuando plegadas las alas, duermen los vientos en sus lejanas cavernas, aquellos portentosos monumentos son retratados por una oculta y divina mano en el cristal de los ríos y lagunas para lección de la pintura. Aquí hay sonidos y melodías que encantarían a los Donizetti y los Mozart, y que a veces los desesperarían. Aquí hay flores que no soñó nunca el paganismo en sus Campos Elíseos, y fragancias desconocidas en la morada de los dioses. Aquí hay ese gratisimo no se qué, inexplicable en todas las lenguas, perceptible para algunas almas tiernas, sensibles y egregias, y

que, por lo mismo, se le llama con un nombre que nada expresa —poesía.

Conocimiento y posesión de todas las bellezas y armonías de la naturaleza; iniciación en todas sus misteriosas maravillas; intuición de los divinos portentos que encierra el mundo moral, cualquiera cosa que sea aquello que el idioma humano llama poesía, aquí en las entrañas de estas selvas hijas de los siglos, se la siente más viva, más activa, más poderosa que entre el bullicio y caduco esplendor de la civilización.

Ni falta la melancólica majestad de las ruinas que en otros hemisferios llaman tanto la atención de los sabios. En Europa y Asia la maza y la tea de la guerra y el pesado rodar de los siglos han derribado las creaciones de las artes y la civilización antiguas: aquí sólo la naturaleza demuele sus propias obras: el huracán se ha cebado en esas arcadas, la tempestad ha despedazado aquel centenar de columnas; las abatidas copas de las palmeras son los capiteles de esos templos, palacios y termas de esmeralda y flores que yacen en fragmentos. Pero allá han desaparecido para siempre los artistas que levantaron los monumentos de piedra de Balbeck y de Palmira, en tanto que aquí está vivo el genio de la naturaleza que hizo las maravillas de las selvas, y las repite y multiplica todos los días: ¿no lo véis? los escombros van desapareciendo bajo la sombra de otros suntuosos y magníficos edificios. La eterna y divina artista no demuele sus obras sino para mejorarlas, y para ello recibe nuevas fuerzas y poderosos elementos de la descomposición de las mismas ruinas que ha esparcido a sus pies.

Sin entrar en cuenta el Putumayo, desde cuyas orillas meridionales comienza el territorio ecuatoriano en las regiones del Oriente, bañan éstas y desembocan en el Amazonas los caudalosos ríos Napo, Nanay, Tigre, Chambira, Pastaza, Morona, Santiago, Chinchipe, y otros que si son pequeños junto a aquéllos, en verdad serían de notable consideración en Europa, Asia o Africa.

El Pastaza, cuyo descenso hemos seguido hasta el punto en que recibe las tumultuosas ondas del Topo, y de cuyas márgenes no nos alejaremos durante la historia que vamos a relatar, fué navegado por el sabio D. Pedro Vicente Maldonado y Sotomayor en 1741, quien delineó su curso y el del caprichoso y enredado Bobonaza. Pasado el Abitahua, recibe por el Norte el tributo del Pindo, desde donde comienza a prestarse a la navegación, aunque no segura; luego

le entran el Lluçín por la derecha, y a pocas leguas el Palora, de aguas sulfurosas y amargas, y cuyos orígenes se hallan en una corta laguna de las inmediaciones del Sangay, sin duda uno de los volcanes más activos y terribles del mundo. Aquí las aguas del Pastaza, así como las del Palora, ya son bastante mansas y apacibles, y sólo se nota mayor movimiento en el Estrecho del Tayo que está a continuación y que lo forman rígidos peñascos alzados a uno y otra lado y casi paralelos. Libre ya de estos hercúleos brazos que le ajustaban, se explaya y lleva su imperial carrera primero de Poniente a Oriente y después de Noroeste a Sudeste hasta su triple desembocadura.

El Pastaza se dilata a veces por abiertas y risueñas playas, y otras está limitado en trayectos más o menos largos por peñascosas orillas, que van desapareciendo a medida que avanza en la llanura, o por simples elevaciones del terreno. En muchos puntos se divide en dos brazos que vuelven a unirse ciñendo hermosas islas, las que son más frecuentes y extensas cuanto más el río se acerca a su término. En las orillas abundan hermosísimas palmas, de cuyo fruto gustan los saínos y otros animales bravíos, y el laurel que produce la excelente cera, y el fragante canelo que da el nombre al territorio regado por el Bobonaza, rico censatario también del Pastaza, y por el Curaray que da más abundante caudal al gigantesco Napo.

A no mucha distancia de las márgenes del río que nos ocupa, y casi siempre en comunicación con él, hay unas cuantas lagunas coronadas, asimismo, de palmeras que se encorvan en suave movimiento a mirarse en sus limpiísimos cristales, y pobladas de aves de rara belleza, de dorados peces y de tortugas de regalada carne. Y ni en lagunas ni en islas faltan enormes caimanes y pintadas culebras, hallándose a veces el monstruo **Amarun**, terror de esas soledades, y junto al cual la boa de Africa pierde su fama toda. El Rumachuna, pocas leguas antes de la confluencia del Pastaza con el Amazonas, es el más extenso y magnífico de esos espejos de la naturaleza tendidos en el desierto

LAS TRIBUS JIVARAS Y ZAPARAS

Numerosas tribus de indios salvajes habitan las orillas de los ríos del Oriente. Algunas tienen residencia fija, pero las más son nómades que buscan su comodidad y subsisten-

cia donde la naturaleza les brinda con más abundancia y menos trabajo sus ricos dones en la espesura de las selvas o en el seno de las ondas que cruzan el desierto. Su carácter y costumbres son diversísimos como sus idiomas, incultos pero generalmente expresivos y enérgicos. Hay tribus que se distinguen por la mansedumbre del ánimo y la hospitalidad para con cualquier viajero; tales son los záparos que viven al Norte del Pastaza y a las márgenes del Curaray, del Valeno, el Bobonaza, el Pindo y otros ríos de auríferas arenas y mitológica belleza, sin que por esto deba creerse que son encogidos y cobardes. Otras hay temibles por su ídomita ferocidad, como las tribus jívaras desparramadas en el inmenso espacio regado por el Morona y el Santiago, que se extiende desde la banda meridional del mentado Pastaza, hasta las regiones en que domina el Chinchipe, uno de los principales ríos de Loja; de esta tierra patria de la quina, y si por esto célebre, no menos famosa por la riqueza de su **flora**, sus minas de metales preciosos y sus mármoles tan bellos como los de Paros y Carrara. No hay caníbales en estas tribus, como algunos lo han creído sin fundamento; pero es peligroso viajar entre ellas, a lo menos cuando no se toman todas las precauciones necesarias para no causarles el menor disgusto ni sospecha. En la guerra son astutos y sanguinarios, sencillos en las costumbres domésticas, fieles en la alianza y en la venganza inflexibles. No obstante su adoración a la libertad, a veces miran a sus jefes, cuando sobresalen por la bravura y el número de las hazañas, con supersticioso respeto; y cuando mueren, sacrifican a la más querida de sus esposas para que le acompañe en el país de las almas.

La guerra es casi el estado normal de los jívaros y a ella son también aficionados los záparos. Unos y otros son muy diestros en el manejo del arco, la lanza y la maza. Su maestría en el conocimiento y uso de los venenos es horripilante. La causa de sus contiendas es por lo común el deseo de llevar a cima una venganza.

Acontece no pocas veces que un jefe toma la infusión del bejuco llamado **hayahuasca**, cuyo efecto es fingir visiones que el salvaje cree realidades, y ellas deciden lo que debe hacer toda la tribu: si en ese delirio ha visto la imagen de un enemigo a quien es preciso matar, no perdona diligencia para matarle; si se le ha presentado cual adversa una tribu, que, quizás fué su amiga, la guerra con ella no se hace esperar.

Há más de un siglo, la infatigable constancia de los

misioneros había comenzado a hacer brillar algunas ráfagas de civilización entre esa bárbara gente; habíale humanado en gran parte a costa de heroicos sacrificios. La sangre del martirio tiñó muchas veces las aguas de los silenciosos ríos de aquellas regiones, y la sombra de los seculares higuerones y ceibas cobijó reliquias dignas de nuestros devotos altares; pero esa sangre y esas reliquias, bendecidas por Dios como testimonios de la santa verdad y del amor al hombre, no podían ser estériles y produjeron la ganancia de millares de almas para el cielo y de numerosos pueblos para la vida social. Cada cruz plantada por el sacerdote católico en aquellas soledades, era un centro donde obraba un misterioso poder que atraía las tribus errantes para fijarlas en torno, agregarlas a la familia humana y hacerlas gozar de las delicias de la comunión racional y cristiana. Oh! qué habría sido hoy del territorio oriental y de sus habitantes a continuar aquella santa labor de los hombres del Evangelio!...

Habido habría en América una nación civilizada más, donde ahora vagan, a par de las fieras, hordas divorciadas del género humano y que se despedazan entre sí.

Un repentino y espantoso rayo, en forma de **pragmática sanción** aniquiló en un instante la obra gigantesca de dilatadísimo tiempo, de indecible abnegación y cruentos sacrificios. El 19 de agosto de 1767 fueron expulsados de los dominios de España los jesuitas, y las Reducciones del Oriente decayeron y desaparecieron. Sucedió en lo moral en esas selvas lo que en lo material sucede: se las descuaja y cultiva con grandes esfuerzos; mas desaparece el diligente obrero, y la naturaleza agreste recupera bien pronto lo que se le había quitado, y asienta su imperio sobre las ruinas del imperio del hombre.

La política de la Corte española eliminó de una plumada medio millón de almas en sólo esta parte de sus colonias. ¡Qué terribles son las plumadas de los reyes! Cerca de dos siglos antes otra igualmente violenta echó del seno de la madre patria más de ochocientos mil habitantes. Barbarizar un gran número de gente, imposibilitando para ella la civilización, o aventarla lejos de las fronteras nacionales, allá va a dar: de ambas maneras se ha degollado la población. Pero vamos con nuestra historia.

Entre los pueblos más florecientes fundados por los jesuitas en aquel inmenso territorio, se contaban Canelos, Pacayacu, y Zarayacu, a las orillas septentrionales del Bobonaza, y Andoas y Pinches, a la derecha del Pastaza. Todos

sus habitantes pertenecían a la familia zápara. Cuarenta años después de haberles privado el gobierno de España de misioneros, la decadencia fué tal, que algunos grandes centros de población casi estaban a punto de desaparecer. Pinches se hallaba reducido a menos de la mitad, y la escasez de su población lo exponía frecuentemente a ser aniquilado por los jívaros.

A los pueblos antedichos se enviaron religiosos dominicos en sustitución de los jesuitas, y autoridades civiles que cuidaban más de enriquecerse a costa del sudor y la sangre de los indios, que no de propender a civilizarlos. Cuando tales empleados faltaban, los curas misioneros gobernaban aún en lo temporal, y si no siempre, con frecuencia se desempeñaban más acertadamente, y los pobres salvajes respiraban con libertad.

Por el año 1808 una tribu nómada de las más temibles de las selvas del Sur, quiso guardar estricta neutralidad en una sangrienta guerra que a la sazón destrozaba las tribus de los zamoras, logroños, moronas y otras, pues eran todas sus aliadas. Mayariaga, **curaca** (1) de los moronas, que había intentado en vano atraer a su partido a los neutrales, dió muestras de grande enojo, y **Yahuarmaquí** (2), **curaca** de estos últimos, de quienes era querido y respetado, juzgó prudente alejarse del teatro de la guerra.

Una mañana se levantaban espesas columnas de humo por entre las copas de los árboles: las cabañas de los que se retiraban ardían quemadas por sus propios dueños que, en ligeras canoas hechas de las cortezas de árboles gigantes, rompían la corriente del Morona. Al son de las ondas rotas por los remos entonaban el canto de despedida al rincón de la selva que abandonaban para siempre. A los quince días habían terminado la navegación y entregaban las canoas, inútiles ya para el viaje que llevaban, a merced de la corriente.

Traspusieron a continuación por la parte superior la cordillera de los Upanos, que arranca del costado oriental del Sangay y se abate cerca de la laguna Rumachuna, y plantaron al fin sus cabañas en la margen izquierda del Palora, a tres jornadas de su pacífica entrada en el Pastaza, y en las

(1) Jefe.

(2) Mano sangrienta.

vecindades del lugar en que estuvo la villa de Mendoza asolada por los bárbaros.

El curaca Yahuarmaqui contaba el número de sus victorias por el de las cabezas de los jefes enemigos que había degollado, disecadas y reducidas al volumen de una pequeña naranja. Estos y otros despojos, además de las primorosas armas, eran los adornos de su aposento. Se acercaba a los setenta años y, sin embargo, tenía el cuerpo erguido y fuerte como el tronco de la **chonta** (1); su vista y oído eran perspicaces, y firmísimo el pulso: jamás erraba el flechazo asestado al colibrí en la copa del árbol más elevado y percibía cual ninguno el són del **tundulí** (2), tocado a cuatro leguas de distancia; en su diestra la pesada maza era como un bastón de mimbre que batía con la velocidad del relámpago. Nunca se le vió reír, ni dirigió jamás, ni aún a sus hijos, una palabra de cariño. Sus ojos eran chicos y ardientes como los de la víbora; el color de su piel era el del tronco del canelo, y las manchas de canas esparcidas en la cabeza le daban el aspecto de un picacho de los Andes cuando empieza el deshielo en los primeros días del verano. Imperativo el gesto, rústico y violento el ademán, breve, conciso y enérgico el lenguaje, nunca se vió indio que como él se atrajera más incontrastablemente la voluntad de su tribu. Seis mujeres tenía que le habían dado muchos hijos, el mayor de los cuales, previsto para suceder al anciano **curaca**, era ya célebre en los combates y se llamaba Sinchirigra (3) a causa de la pujanza de su brazo.

La tribu, según es costumbre en esas naciones que tienen por patria los desiertos, tomó el nombre del río a cuya margen acampó.

La nueva del arribo de los **paloras** se divulgó rápidamente por las demás tribus y pueblos, que se apresuraron a solicitar su alianza, aconsejados por la prudencia y no por el miedo, desconocido entre los salvajes. Durante largos días Yahuarmaqui se ocupó en recibir mensajeros que,

(1) Especie de palma de corteza negra y durísima.

(2) Tambor de guerra de forma muy especial: es un gran tronco ahuecado; se lo mantiene suspenso de un poste, y golpeado en el labio de la abertura, da un sonido que se oye a gran distancia.

(3) Brazo fuerte.

en señal de paz y amistad, llevaban **tendemas** (1) y otros adornos de brillantes plumas de color de oro en la cabeza, el cinto y las armas. Los de Canelos y Pacayacu; los de Zarayacu y Andoas; los moradores del aurífero Veleno, del Curaray y de los ríos que dan origen al caudaloso y bellissimo Tigre, enviaron sus comisionados escogiéndolos entre los más hábiles en la diplomacia por ellos usada, y acompañados de ricos presentes, cuya elocuencia es para un salvaje más persuasiva que la de los hermosos pensamientos y bien combinadas frases. A todos contestó el anciano jefe con orgullo, pero con palabras que pudieran dejarlos satisfechos, y la alianza quedó sellada con menos ceremonias y más firmeza de las que se emplean entre pueblos civilizados. Yahuarmaquí poseía en verdad la gran virtud de un religioso respeto a la fe que una vez empeñaba; lo comprueba el haberse retirado de su antigua residencia por no tomar parte en la contienda de sus amigos, los jívaros del Sur.

El último de aquellos embajadores fué un bien apersonado mancebo, que en amable voz dijo al anciano: —Poderoso **Curaca** y grande hermano (2), bien venido seas a la orilla del río de las aguas amargas y a la vecindad de los záparos. Me envía a tí la tribu de quien es jefe el viejo Tongana, mi padre, la cual quiere ser tu amigo y llamarte su amparo. Es la más reducida de las familias libres del desierto y vive junto a un arroyo de agua dulce, al que se llega, partiendo de aquí, en poco menos de tres soles. No tiene alianza ninguna con otras tribus, y sólo desde hoy anhela vivir a tu sombra como la palma chica al pie de la palma grande. ¡Jefe de las manos sangrientas, acepta nuestra amistad y danos la tuya, y sé para nosotros el jefe de las manos benéficas!

Yahuarmaquí, de tal manera lisonjeado, contestó: Hijo mío, acepto la amistad y alianza de la familia Tongama. Ve a decírla que el poderoso jefe de los paloras es ya

(1) Faja, o más bien especie de diadema recamada de plumas y conchas, o simplemente tejida de mimbres. Es adorno infalible de todos los indios del Oriente.

(2) El trato de amigo y hermano es común entre aquellos salvajes, y lo emplean también generalmente en sus relaciones con los de la raza europea.

su padre; que nada tema y que lo espere todo. El són de mi **tunduli** será voz amiga para ella, y cuando Tongana haga resonar el suyo, al punto mi tribu estará con él: mis enemigos serán enemigos de los tonganas; sus enemigos lo serán míos. La sombra de mi rodela cubre a mis aliados como a mi propia tribu. Joven hermano, has dicho lo que debías y has oído mis promesas. Estás contento; vete en paz a los tuyos.

J U A N L E O N M E R A

BIBLIOGRAFIA

LA GUERRA DE CONQUISTA EN AMERICA

Pío Jaramillo Alvarado

Editorial Jouvín — Guayaquil, 1941 — Ecuador

Si algo grande puede haber en la historia del panamericanismo, en la vida de la unidad continental de América, que perdure como una de sus más inauditas epopeyas, es evidentemente, el grandioso sacrificio que acaba de hacer el Ecuador en aras de la paz y de la armonía americanas, fundamentos del ideal panamericano, al que ha sabido rendirse con una prueba patética y desconcertante, admitiendo un pacto internacional que traduce elocuentemente la grandeza espiritual de un pueblo que comprende su misión, en el propio drama que le ha tocado vivir y en el rol histórico de un continente, en el momento en que éste se ve envuelto en una guerra que amenaza la vida de la cultura y de la libertad.

La "décima guerra internacional" del Perú, iniciada prácticamente el 5 de julio del año pasado, con la invasión a la provincia ecuatoriana de El Oro, y terminada el 29 de enero de este año con la firma del Tratado de Río de Janeiro, puso fin al secular litigio territorial entre los dos países.

La documentación de este capítulo de historia internacional es lo que contiene este libro del doctor Pío Jaramillo Alvarado. "La Guerra de Conquista en América", es una obra que no solamente tiene interés para los ecuatorianos, por los fundamentales estudios que contiene acerca de lo que fue el territorio patrio, sino también para el conocimiento de la historia continental y de la historia del panamericanismo, pues que quedará vibrando con su riqueza de documentación, en la vida de nuestros pueblos, que alguna vez por propia necesidad, para realizar las grandes comprobaciones históricas, tendrán que recurrir a las experiencias ejemplarizadoras.

En este libro queda palpitando para siempre la verdad de un hecho, a través del cual, al margen del triunfo del Perú, este pueblo

asomará claramente ante la conciencia continental, como el primero en haber transplantado a la tierra de la libertad, los fatídicos métodos de una política internacional condenable, y con cuya patente, a pesar de los altos ideales panamericanos, probablemente sorprenderá al tiempo por venir.

BREVE HISTORIA GENERAL DEL ECUADOR

—Tomo II. (1809 — 1940)—

Oscar Efrén Reyes

Imprenta de Educación— Quito — 1942

Con el presente tomo se completa el estudio de la gran trayectoria histórica del Ecuador, iniciado por el distinguido historiógrafo don Oscar Efrén Reyes. El primer volumen de esta obra comprendía el ciclo que viene desde la antigüedad y llega a la colonia, pasando por la época incásica y la conquista española; y, el que acaba de publicarse, encierra el ciclo comprendido desde la Emancipación, hasta nuestros días.

El sistema de síntesis empleado en la reconstrucción histórica, que ya el autor ha demostrado manejar muy hábilmente, ha permitido que en esta importante obra se condense un denso período de historia ecuatoriana.

No ha sido, probablemente, por los escollos que oculta —y que no oculta— el género histórico uno de los más preferidos por los escritores ecuatorianos. El señor Reyes, ha sabido conquistarse, a través de su valiosa obra historiográfica, una nombradía, reconocida además continentalmente, en este campo de actividad intelectual, como prueba el hecho de haber sido requerida su colaboración para la "Historia de América", obra de imponderable valor —que en estos momentos está por terminarse— emprendida por el eminente historiador argentino doctor Ricardo Levene.

Un moderno y sagaz sentido de reconstrucción e interpretación históricas alienta en la obra del señor Reyes. No es pues, la historia solamente una re-creación de los hechos y personajes de una época determinada, un sincero recuento de ideales en predominio o en pugna; es, también, enjuiciamiento y análisis, es, sin duda, comprobación, crítica, divulgación y explicación.

Al hecho histórico, no basta con reconstruirlo como tal. Es necesario, interpretar y traducir su complejidad dramática, la fuerza de ideas que obligó a producirse, la actitud social de los hombres que lo provocaron. Descontamos en el caso del historiógrafo ecuatoriano, lo que se presume esencial al hacer historia: conocimiento, probidad, pues, en este volumen que nos ocupa, como en su anterior obra historiográfica, lo que prevalece es un cálido fervor de verdad, un justo y

desapasionado sentido de interpretación, una vívida y lógica reconstrucción de los acontecimientos y recreación de los personajes. Si éstos y aquellos, en el pasado y en la época contemporánea asoman heroicos o infamantes, grandes o empequeñecidos, esto, no se debe, claro está, a la deliberada voluntad del historiador, pero sí a su objetiva capacidad para hacer que tales hechos y tales personajes, produzcan en el lector los conceptos favorables o desfavorables, las simpatías o los odios, y en todo caso el personal enjuiciamiento, coincidente o ajeno al que el escritor comenta o subjetivamente infunde a su interpretación.

Este segundo tomo de "Breve Historia General del Ecuador" tiene, además, la especial importancia del estudio de los hechos más recientes de la vida ecuatoriana. Su autor, como siempre, no ha vacilado en afrontarlos con decisión y serenidad.

Desacostumbrados a la inmediata historización de nuestros hechos, la obra del distinguido historiógrafo, viene a llenar una necesidad de conocimiento, difusión e información para ecuatorianos y extranjeros que se interesan por la historia de nuestro país.

EN EL MISMO LAUD

Aurelio Espinosa Pólit S. I.

Ed. Clásica — Quito — 1941

A principios del año pasado el Padre Aurelio Espinosa Pólit, fue invitado a Estados Unidos en donde mereció, de parte de algunas instituciones culturales y universitarias, la más calurosa acogida, en gracia, sin duda, al hecho de haber confirmado, a través de sus conferencias literarias, el concepto que de él se tenía como uno de los más prestigiosos valores del Ecuador actual. En efecto, el Padre Espinosa Pólit, es uno de los pocos humanistas, que fiel a su vocación por las letras clásicas, ha dado a la literatura ecuatoriana obras elogiadas por la crítica extranjera, como sus estudios sobre la obra de Virgilio, y, también la traducción de los Edipos de Sófocles.

El Padre Aurelio Espinosa Pólit, mantiene, pues, hoy día, con su obra publicada, con su profundo conocimiento de las letras antiguas y modernas, con el ejercicio cotidiano de su cátedra de literatura, la tradición intelectual eclesiástica que tanto honra la historia de la literatura ecuatoriana.

Después de "Alma Adentro" su segundo libro de versos es el del título que encabeza estas líneas. El sentimiento del autor, ha encontrado en la poesía, los cauces de sonoridades musicales para su expresión. Versos inspirados en motivos religiosos, no pierden su emoción de belleza, antes bien un vuelo de serenidad ante la contemplación de

la vida, los conmueve y anima, hay en ellos la pura transparencia de un espíritu incapaz de ahogar inutilmente el canto lírico de su propio manantial de sentimientos, creador de armonías y descubridor de horizontes de sublimidad.

Algunas de las composiciones de este libro señalan el itinerario de su viaje por el Pacífico, y, están fechadas en ciudades norteamericanas. La bibliografía contemporánea se ha enriquecido seguramente con esta nueva obra poética del Padre Aurelio Espinosa Pólit.

PURIFICACION

Blanca Martínez de Tinajero

Talleres Gráficos de Educación — Quito — 1942

Con esta novela, Blanca Martínez de Tinajero confirma sus cualidades de novelista, reveladas anteriormente en la obra "En la Paz del Campo", su novela primigenia.

"Purificación", como obra de mujer, desconcertará un poco, por el planteamiento de una tesis que arranca de las prácticas de la religión cristiana, y por la elegante franqueza y habilidad con que es expuesta.

De todos modos, esta novela, no tiene —no lo creáis— nada de herética; ni siquiera una sombra de irreverencia a la filosofía del Crucificado. Más bien es una atrevida y sagaz penetración en la psicología de dos seres absolutamente reales y humanos, a los cuales la autora, que los ha visto vivir y sufrir, los ha re-creado en toda la patética tragedia de sus almas.

Este don Ramón de "Purificación" es la pintura más acabada de los veteranos de nuestro radical-liberalismo. Hombre bien nacido, con tradición de inteligencia, viajado y leído. Para su posición de "hombre nuevo", de su tiempo, Lutero, Renán y Voltaire llenan y calman sus sedes ideológicas. El, no es un anti-cristiano. Comprende, explica a Cristo y simpatiza con él... a su manera, humanamente... Lo que odia y no concibe son las "mentiras dogmáticas convencionales". Por qué los representantes de Cristo no pueden amar? Cumplir con las leyes biológicas?

El drama y la tragedia espiritual de los personajes de esta novela, arrancan de estas interrogaciones. El párroco y la muchacha pueblerina, que estuvo por llegar al borde del histerismo místico, se amaron en una forma incompleta; pesaba sobre ellos el miedo de las prohibiciones religiosas!

En la novelística ecuatoriana, el tema de "Purificación" es nuevo y original. Su autora lo trata en forma admirable, como que ha buscado hondamente en el mar psicológico de sus personajes, en el cono-

cimiento de una realidad social y ambiental. La novela se ciñe más estrictamente a sus cánones conceptuales. Podada su narrativa, decantado el estilo, sus figuras humanas actúan con desenvoltura realista, hasta identificarse, y, toda ella trasunta, a través de sus paisajes y sus gentes, un perfecto "sabor de la tierra".

VALORES ECUATORIANOS

—Escritores y Poetas—

Reginaldo María Arizaga O. P.

Lit. e Imp. Romero — Quito — 1942

Los estudios antológicos, aún aquellos que se circunscriben a determinada época del desarrollo literario o artístico, nunca llegan a ser completos, en el sentido de que estos abarquen en su totalidad a todos aquellos que producen o se manifiestan en cualquiera rama de la literatura o el arte. Tal particularidad tiene su razón de ser, puesto que una antología no es, precisamente, no puede serlo, un capítulo de historia literaria o artística. Es una selección, en la que han intervenido, de manera ineludible, las ideas políticas del autor, sus simpatías intelectuales, su comprensión por la obra realizada y otros factores afines, que hacen del antologista un exégeta y un crítico de sus autores predilectos.

Así aparece el Padre Reginaldo María Arizaga a través de su obra "Valores Ecuatorianos". Una interesante antología en la que ha reunido una cincuentena de escritores y poetas ecuatorianos, muertos y vivos, a los cuales estudia, con sereno enjuiciamiento, destacando lo sustancial y meritorio de sus obras, y describiendo sus personalidades, a través de algunos rasgos biográficos, de inteligente penetración psicológica, que ayuda a la identificación y al retrato de quienes la antología se ocupa.

En esta hora que las restricciones editoriales impiden cualquier tentativa publicitaria particular, y en que, por esta razón, huelga la aparición de obras fundamentales para la vida de la cultura del país, esta del Padre Arizaga, a no dudarlo, viene a llenar un vacío inapreciable. "Valores Ecuatorianos", ha de contribuir en estos momentos, a la difusión eficaz, en el país y en el exterior, del conocimiento de los escritores y poetas ecuatorianos que hicieron y hacen en la actualidad la historia de nuestra literatura.

ESTUDIOS SOBRE POETAS VENEZOLANOS**Pascual Venegas Filardo**

Editorial Elite — Caracas — 1941

La "Asociación de Escritores Venezolanos", viene desarrollando una encomiable y valiosa labor de difusión de los escritores de Venezuela, labor que nos ha permitido conocer a algunos de los jóvenes valores intelectuales de la patria del Libertador, y que contribuye a la vez, al renacimiento de la expresión literaria y artística, sumándose, con vigorosa actitud, a la nueva corriente de la literatura continental.

Este libro de Pascual Venegas Filardo, corresponde al número 28 de la colección que lleva publicada la institución caraqueña. Y, su autor pertenece a esta nueva generación de escritores.

Para el moderno sentido de la americanidad literaria, los estudios como los del escritor venezolano, se ajustan exactamente a los propósitos que aquel tiene por realizar. Vienen al encuentro de sus necesidades conceptuales y reales, ya que permiten el conocimiento, aunque sea a través de ajena apreciación, de una actualidad intelectual, cuyo interés se proyecta intercontinentalmente, en gracia de esa misma aspiración que gravita hoy día en todas las jóvenes generaciones de América.

Venegas Filardo, Jefe de Redacción de uno de los principales diarios de Caracas, "El Universal", tiene abierta en éste, desde 1937, una página —Arte y Letras— desde la cual ha venido difundiendo la expresión de la literatura y las artes venezolanas. Pues, idéntico propósito de divulgación encontramos en este libro suyo. Además, se trata también de un fino poeta, condición que le favorece ampliamente para el análisis, discriminación y explicación de los poetas a quienes estudia, pintándoles con su propia apreciación crítica y enjuiciando su labor, con equilibrada comprensión de lo que, cada uno de los poetas estudiados, significa como el creador de una obra auténtica, gravitante en la vida de la cultura venezolana y americana.

LA EPOPEYA DE AMERICA

—Poema Dramático Continental—

Edgardo Ubaldo Genta

Montevideo — Uruguay

La obra de este poeta uruguayo ha sido valorada encomiásticamente por respetables figuras intelectuales del continente. Genta es considerado en la actualidad como uno de los brillantes exponentes de la poesía del Uruguay, cuya tradición literaria se engrandece cada día.

La poesía contemporánea de América se ha enriquecido visiblemente con "La Epopeya de América". Obra de fuerte sustancia épica, en la que el Continente Americano asoma, en la vigorosa arquitectura de una poesía dramática, re-creada y viviente a través de su grandeza histórica y de su realidad presente.

De principio a fin de este canto monumental, un hábito de emoción y eternidad parece alentar en él, inspirado no subjetivamente, sino en la creciente epopeya también de Bolívar y su obra, cuya actuación asoma en el prólogo, síntesis del sentido histórico profundo que Genta ha logrado infundir en su poema; pues que, no otra sino una interpretación bolivariana de la historia de América es lo que le anima, cuando, sobre todo, el lírico elevado a la exultación realista del destino continental, no se contenta solamente con haber reconstruido la gesta de los imperiales días del Incario, haciendo vivir en ella los personajes más salientes de los días precoloniales, con haber simbolizado magníficamente su tragedia y, seguido, en sus hitos más significativos, la trayectoria, llena de drama y de tragedia, del pasado de América, sino también, —y concretando aquí el grandioso ensueño de Bolívar— con haber exaltado las ocultas fuerzas del Continente, sus absconditas maravillas, como que él es hoy y será en el futuro, el gran troquel donde ha de modelarse la vida de una nueva cultura, abierta para toda la humanidad.

Este bello poema de Genta debe ser conocido por todo americano que aspire y sueñe con la grandeza de América y la vida de libertad de sus pueblos.

C R O N I C A

CONCURSO DE OBRAS TEATRALES

A iniciativa del ex-Ministro de Educación, señor don Guillermo Bustamante, este Departamento de Estado estableció en el año anterior algunos premios literarios y artísticos, entre los que se contaba uno destinado a obras teatrales. El concurso respectivo, según el veredicto de la Comisión Calificadora, resultó bastante halagüeño por la cantidad y calidad de obras presentadas. Los premios de este concurso correspondieron a nuestros consocios señores Miguel Angel León, recientemente fallecido, por su obra "Héroes Anónimos", y señor Jaime Barrera, por su obra titulada "Edipo".

Fueron merecedoras de distinciones honoríficas también la tragedia "Adah", del poeta Augusto Sacoto Arias; "Portovelo", de Ricardo Descalzi; "La Hija de Nadie", de Eloísa Celi de Benítez, una culta escritora que había ensayado anteriormente y con muy buen éxito el teatro pedagógico y cuyos trabajos literarios son una efectiva promesa para el futuro, y, "El Gran Sinvergüenza", por Othon Castillo Vélez.

La Comisión Calificadora de este Concurso de Teatro, fue integrada por los señores Juan León Mera Iturralde, Representante de la Academia de Historia; Ignacio Lasso, del Grupo América; doctor Manuel Agustín Aguirre, del Sindicato de Escritores y Artistas, y, Antonio Montalvo, del Ministerio de Educación.

Tal certamen del Ministerio aludido ha constituido un verdadero estímulo para los escritores y el desarrollo de la cultura nacional.

CONCURSO DE BIOGRAFÍAS

También corresponde al plan de difusión cultural del Ministerio de Educación un Concurso de Biografías de ecuatorianos ilustres, creado, asimismo por Decreto Ejecutivo el año de 1941. Para integrar su Comisión Calificadora fue designado el consocio señor doctor César

Carrera Andrade, a quien acompañan los señores don Isaac J. Barrera en representación de la Academia Nacional de Historia y señor don Augusto Arias, en representación del Ministerio de Educación. Pronto será pronunciado el Veredicto de este otro concurso, al cual han sido presentados algunos trabajos de mérito.

AGRADECIMIENTO

Cumplimos con el deber de dejar constancia de nuestro agradecimiento al señor Ministro de Gobierno, señor don A. Aguilar Vázquez, quien con amplio espíritu de comprensión y simpatía para la obra que realiza el Grupo América, en pro de la difusión de las letras nacionales, viene prestando las facilidades del caso para la edición de esta revista.

Este agradecimiento lo hacemos también extensivo al Regente de los Talleres Gráficos del Departamento de Gobierno, Sr. Floresmilo Hidalgo, en quien nos es grato reconocer su entusiasmo y buena voluntad por coadyuvar eficientemente a la edición de América y otras obras de valor cultural.

SENSIBLE FALLECIMIENTO

Las letras ecuatorianas se enlutaron con la prematura muerte del poeta don Miguel Angel León, uno de sus jóvenes y valiosos exponentes. Aunque no muy fecunda su obra poética, deja sin embargo, poemas perfectos con los cuales perdurará su nombre en la lírica ecuatoriana. Ultimamente León habíase dedicado a la producción teatral, tan escasa y esporádica en nuestro medio, y, justamente, cuando él había descendido al sepulcro, una de sus obras, "Héroes Anónimos", presentada al Concurso de Obras Teatrales del Ministerio de Educación, mereció el primer premio.

El Grupo América, que le contó entre los suyos, hizo extensivo su sentimiento de dolor por medio del siguiente Acuerdo:

EL GRUPO AMERICA

Lamenta la muerte de su distinguido consocio señor don

MIGUEL ANGEL LEON,

Poeta renovador, periodista, guía de juventudes y acuerda: dedicarle una página en el próximo número de su Revista; incorporar su retrato

a la galería de compañeros fallecidos; y enviar el presente Acuerdo a la familia del extinto.

En Quito, a 8 de Enero de 1942.

Por el Grupo América,
El Secretario de Actas y Comunicaciones,
Francisco Terán

COMITE MEXICANO DE COOPERACION INTERAMERICANA

Recientemente fue fundado en la Capital azteca el Comité Mexicano de Cooperación Interamericana, entidad que laborará por la intensificación de relaciones culturales, sociales y comerciales entre todos los países de América.

Habiéndose requerido la colaboración del Grupo América para la realización del vasto programa de acción que debe desarrollar la institución mexicana, nuestra Corporación ha ofrecido todo su apoyo para llevar a cabo, con el mejor éxito, comunes ideales americanistas que preocupan hondamente en la actualidad a todos los pueblos del continente.

EL AGRO ECUATORIANO

Dificultades editoriales insuperables han mantenido inédita hasta la presente fecha la importante obra sociológica del doctor César Carrera Andrade, titulada "El Agro Ecuatoriano", libro que fue premiado con ocasión de la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano, realizada en esta Capital en el año de 1935. Felizmente por gestión de nuestra entidad ante el señor Ministro de Educación Pública, pronto entrará a la prensa esta importante obra.

EL MINISTRO DE EDUCACION DE COLOMBIA

Motivo de la más sincera complacencia fue para nosotros la designación que el Gobierno de la hermana República del norte hizo en la persona del eminente escritor colombiano señor Germán Arciniegas, para el desempeño de la Cartera de Educación Pública.

Arciniegas, conocido continentalmente por su valiosa obra literaria y periodística, por su preparación cultural y política, será con seguridad, en el Portafolio confiado meritísimamente a su dirección, una de las fuerzas propulsoras de la cooperación intelectual entre los países de América.

El Grupo América que le contó siempre entre los suyos, se complace en felicitar al escritor y amigo y desearle el mejor éxito en las labores que le toca desarrollar frente al Ministerio de Educación.

GRUPO AMERICA SECCION DE NICARAGUA

En expresiva nota, el señor Rodolfo Sotomayor L. Secretario del Grupo América de Nicaragua, con sede en Managua, ha tenido a bien comunicarnos la renovación del directorio de esa culta sociedad adscrita a nuestra Institución, compuesto en la forma siguiente:

Presidente, Dr. Salvador Mendencia
 Vicepresidente, Dr. Modesto Armijo
 Tesorero, D. Julio Solís Carnevalini
 Secretario, D. Rodolfo Sotomayor L.
 Vicesecretario, D. Fernando Buitrago A.
 Vocal 1º, D. Moisés Gutiérrez A.
 Vocal 2º, D. José Dolores Estrada Granja.

Nos es grato dejar constancia en esta oportunidad, del sincero reconocimiento del Grupo América, por las actividades de su filial en la República de Nicaragua, que tan eficazmente han sabido contribuir a la difusión de los propósitos esenciales que anima a una de las primeras organizaciones intelectuales internacionales de América. Reproducimos a continuación el epígrafe con que la Sección de Nicaragua, difunde nuestros comunes ideales americanistas: **Grupo América** es una Institución fundada el 13 de Abril de 1931 en la República del Ecuador, constituida por secciones en todos los países del Continente, consagradas a fomentar la unión y la fraternidad internacionales, reuniendo el pensamiento y la acción intelectual de todos los patriotas nacidos en América, para el progreso de las patrias americanas en los días de paz, y la ayuda y defensa colectiva en el caso de que un peligro externo amenace la libertad, la soberanía o la paz de los pueblos que con su sangre y con su sacrificio han sabido obtenerlas."

VISITA

Tuvimos la complacencia de recibir la gentil visita del Excmo. señor Licenciado don Luis Sánchez Pontón, Ministro Plenipotenciario de México en el Ecuador, quien nos impresionó gratamente por su fervor americanista, por el amplio conocimiento de los problemas que atañen comunmente a los pueblos de nuestro continente, y especialmente por los de nuestro país, al que demostró guardar profunda simpatía.

El señor Ministro de México fue portador, en esta oportunidad del cálido mensaje enviado por la "Agrupación Cultural de Acción Social" de México, dirigida por el Lic. Luis Rubio Siliceo, con el cual, una vez más comprobamos el arraigado sentimiento de confraternidad del pueblo azteca para el Ecuador.

NUEVO DIRECTORIO DE "EL CIRCULO"

"El Círculo", importante institución cultural de Rosario, República Argentina, ha tenido la gentileza de comunicarnos los nombramientos del nuevo Directorio para el año en curso, recaídos en las siguientes personas:

Presidente, Dr. Horacio Sánchez Granel

Secretario, Dr. Alejandro M. Bianchi

Tesorero, Sr. Ciro Tonazzi

Vocales, Dr. Emilio J. Pareto

Dr. José Piattini López

Suplentes: Sr. Alberto Muzzio Vila

Dr. José A. Martínez Cilveti.

Deseamos a la entidad argentina, vinculada estrechamente a las actividades del Grupo por la afinidad de ideales que persigue, el mejor éxito en sus labores.

HOMENAJE A STEFAN ZWEIG

Acto de verdadera transcendencia fue el que se llevó a cabo el día 18 de Marzo de este año en el Paraninfo de la Universidad Central de esta Capital, como un homenaje póstumo al gran biógrafo y escritor Stefan Zweig.

Tal homenaje estuvo patrocinado, en primer término por la señora doña Yolanda de Mello Franco, el Excmo. señor Ministro de Gran Bretaña, don Leslie Hughes-Hallet, y Excmo. don Caio de Mello Franco, Ministro de los Estados Unidos del Brasil. Organizado por la Asociación de Beneficencia Israelita, tomaron parte en él, además, el Ingeniero señor Julio Rosentock, señor Benno Weiser, doctor Wenzel Goldaum, a cargo de quien estuvo la conferencia sobre "Stefan Zweig: su vida, obra y muerte" y, señor profesor Enrique Fenster, con un selecto recital de piano.

FELIZ PEYRALLO CARBAJAL

Este distinguido intelectual uruguayo, a su paso por esta Capital, en su jira por el Continente, sustentó algunas conferencias literarias y pedagógicas en la Universidad Central y en algunos Colegios Secundarios, que despertaron bastante interés en los círculos interesados.

En su visita que hizo al Grupo América, disertó sobre diversos tópicos de la actualidad literaria. Peyrallo Carabajal que es uno de los jóvenes exponentes de la cultura uruguaya, proyecta continuar su recorrido hasta los Estados Unidos.

PREMIO DE LA LIBRERIA VERA & CIA.

La Librería Vera & Cia., de Guayaquil, que edita actualmente "Nuestro Pan", de Gil Gilbert, obra que obtuvo el segundo premio en el Concurso de Novelas Latinoamericanas de Nueva York, se ha dirigido a nuestra Institución ofreciendo un premio para una de las obras que se seleccione en el segundo Certamen de Literatura Latinoamericana organizado por la Editorial Farrar & Rinehart y la Oficina de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana. El Grupo, en el deseo de contribuir por todos los medios a su alcance al desarrollo de las letras nacionales, se ha dirigido a los señores Vera & Cia. agradeciéndoles por la oportuna contribución y ofreciéndoles todo su apoyo.

Oportunamente, cuando se sepa el premio de la Librería Vera, se dará a conocer al país las condiciones o bases del certamen nacional.

DONACIONES DE LIBROS

Agradecemos al señor don Juan León Mera Iturralde el obsequio de algunas obras cuyos autores son don Juan León Mera y Trajano Mera, padre y hermano del donante. Estos libros vienen a enriquecer la bibliografía, sección nacional, de nuestra Biblioteca de Autores Americanos.

También agradecemos al señor Alfredo Chávez, actual Director de la Biblioteca de la Universidad Central, la donación de algunos libros de canje.

2º CERTAMEN DE LITERATURA

1º DE SETIEMBRE DE 1941 AL 15 DE SETIMBRE DE 1942

Por segunda vez se ha confiado al Grupo América la organización del nuevo Concurso de Literatura Latinoamericana, promovido por la Editorial Farrar & Rinehart, de Nueva York. Oportunamente se designarán los jurados que han de estudiar las obras nacionales destinadas a este certamen continental.

La Editorial Farrar & Rinehart, de Nueva York, alentada por los magníficos resultados del Concurso de Novelas Inéditas Latinoamericanas, en que obtuvo el primer premio la obra *El Mundo es Ancho y Ajeno* de Ciro Alegría, convoca a un nuevo certamen. Como el anterior, se organiza por conducto de la Oficina de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana, contando al mismo tiempo con la colaboración de importantes organismos culturales de cada una de las Repúblicas Americanas y de Puerto Rico. El presente concurso será de carácter más amplio que el anterior, puesto que se premiarán obras en las tres categorías siguientes:

- (1) Novela. Premio único de dos mil dólares.
- (2) Obra en prosa de tema no ficticio, o sea, de género no imaginativo, que presente un aspecto importante de la vida o la psicología latinoamericana (comentario sociológico o histórico, visión de una época o de una cultura, biografía de un hombre representativo, libro de memorias o de viaje, o cualquier otra forma de estudio desarrollado en torno a un tema central, excepción hecha de las obras didácticas y de las monografías científicas). Premio único de dos mil dólares.
- (3) Obra literaria en prosa para la juventud de doce a dieciséis años de edad. Premio único de mil dólares.

BASES DEL CONCURSO

1.—El concurso queda abierto a todos los escritores latinoamericanos, entendiéndose por tales a los ciudadanos de las repúblicas latinoamericanas y a los oriundos de Puerto Rico, siempre que sus obligaciones contractuales no les impidan aceptar las condiciones del presente concurso. Todos los trabajos sometidos al certamen deberán estar escritos en el idioma del autor (español, portugués o francés). Los escritores que residen en otro país latinoamericano, pueden enviar sus originales o al jurado del país hermano en que residen o al jurado de su propio país. En caso de escritores que residen fuera de la América Latina, los jurados de sus respectivos países deben aceptar los originales que sometan al concurso.

2.—Sólo se aceptarán trabajos que no hayan visto la luz pública con anterioridad al primero de setiembre de 1941 y cuyos derechos de publicación en idioma inglés no estén comprometidos en forma alguna. Lo primero quiere decir, en otras palabras, que sólo serán elegibles las obras inéditas y los libros publicados después del primero de setiembre de 1941.

3.—Las obras sometidas a las categorías primera y segunda deben constar de un mínimo de cincuenta mil palabras. Para los libros dedicados a la juventud no se fija mínimo de extensión. Los originales deben estar escritos a máquina, a doble espacio y sólo en un lado del papel. No se aceptarán manuscritos rotos, desaseados o llenos de correcciones. En el caso de obras publicadas después del primero de setiembre de 1941, se aceptará el envío de un ejemplar impreso. No deben incluirse dibujos ni material para ilustraciones gráficas, excepto en el caso de libros para niños, si el autor así lo deseara.

4.—No se imponen restricciones con respecto al medio en que se desarrolle la acción ni con respecto al tema de la novela o del libro para niños. La obra de la categoría segunda, como ya se ha dicho, debe presentar un aspecto importante de la vida o la psicología latinoamericana.

5.—Los concursantes pueden enviar tantas obras como gusten, siempre que cada uno de ellas sea sometida por separado y que la acompañe el correspondiente convenio firmado.

6.—Tanto los editores como los jurados respetarán el secreto del pseudónimo del que deseara adoptar un autor, reservándose como dato confidencial la identidad de quien prefiera mantenerse anónimo.

7.—Son elegibles las obras escritas por dos o más autores en colaboración, siempre que los requisitos exigidos de un solo autor sean aplicables a cada uno de los colaboradores y con tal de que los conve

nios relativos a la división de los derechos y de cualquier otras entradas se verifiquen entre los colaboradores mismos con anterioridad a la presentación de su obra.

8.—Un jurado en cada una de las repúblicas y en Puerto Rico (según consta más adelante) elegirá la mejor obra en cada una de las tres categorías. En casos excepcionales, tales jurados nacionales estarán facultados para elegir una segunda obra en una categoría dada. La selección final de las obras que habrán de recibir los tres premios únicos será hecha en Nueva York por dos jurados diferentes; para las categorías primera y segunda, John Dos Passos, Thornton Wilder y Ernesto Montenegro; para la obra destinada a la juventud, Blanche Weber Shafer, Delia Goetz y Elizabeth L. Gilman.

9.—Los originales o libros que se sometan al concurso deben estar en manos de los respectivos jurados nacionales el 15 de setiembre de 1942, a más tardar. Las obras elegidas por cada uno de los jurados nacionales, correspondientes a las tres categorías indicadas, deberán estar en posesión de los jurados de última instancia, en Nueva York, el 30 de noviembre de 1942, a más tardar. Los premios finales serán adjudicados a la brevedad posible después de la última fecha; en ningún caso después del primero de marzo de 1943.

10.—La decisión de los jurados nacionales, previa consulta con la Oficina que actúa en representación de los editores, será aceptada como final y valedera por todas las partes interesadas, en materia de elegibilidad y de interpretación de las reglas del concurso, para adaptarse a **circunstancias imprevistas.**

11.—Los jurados nacionales examinarán las obras a ellos sometidas a la brevedad posible y devolverán sin pérdida de tiempo las que vayan eliminando. No se mantendrá correspondencia con respecto a las obras que se devuelvan. Los concurrentes no deben dirigir cartas sobre el certamen a los jurados de Nueva York hasta que no se anuncien los premios finales. Si bien se protegerán cuidadosamente los originales, ni los jurados ni los editores asumen responsabilidad por pérdida o perjuicios ocasionados por incendio u otras causas. Se sobreentiende que el autor conservará un duplicado de su obra.

12.—Los autores de las obras premiadas han de convenir en dar a los editores primera opción, por lo que se refiere a los derechos de publicación en inglés, a los dos primeros libros que escriban con posterioridad al concurso y que sean de la misma categoría que el premiado, sobre bases que se acuerde a su debido tiempo por los interesados.

13.—Queda entendido que los editores tendrán la facultad de publicar, bajo las condiciones que acordaren las partes, cualquiera de las obras elegidas por los jurados nacionales. La intención de hacer uso de dicha facultad deberá ser declarada dentro de sesenta (60) días después de anunciarse el fallo en Nueva York.

14.—El premio concedido a cada uno de los autores que resulten victoriosos será a título de adelanto sobre los derechos de autor por la venta del libro respectivo en idioma inglés. Los derechos de autor se computarán a razón de siete y medio por ciento ($7\frac{1}{2}\%$) del precio de venta de los primeros cinco mil (5.000) ejemplares vendidos en los Estados Unidos, diez por ciento (10%) de los dos mil quinientos (2.500) ejemplares siguientes, y quince por ciento (15%) de todos los que se vendan con posterioridad. En las ventas que se efectúen en el Dominio del Canadá, los derechos del autor ascenderán a la mitad de los que éste percibirá en los Estados Unidos. Todos los pagos hechos a autores que no sean residentes de los Estados Unidos estarán sujetos al tipo de impuesto sobre la renta de extranjeros no residentes que rija cuando aquellos se efectúen. (El tipo actual es de $27\frac{1}{2}\%$).

15.—Los editores correrán con todos los gastos que exija la traducción al inglés de las obras premiadas.

16.—En caso de venta de cualquiera de los derechos secundarios de la edición inglesa (publicación por capítulos en una revista, publicación en forma de libro en Inglaterra, adaptación al cinematógrafo o al teatro, y transmisión por radio o televisión), el ochenta por ciento (80%) del producto de tal venta o ventas será percibido por el autor y el veinte por ciento (20%) por los editores. En el caso de derechos percibidos por publicación como folletín por segunda vez o por su condensación en una revista de selecciones, la mitad (50%) será para el autor, y la otra mitad (50%) para los editores.

17.—Los derechos de publicación en la América Latina y cualesquier otros derechos no mencionados aquí son de propiedad exclusiva del autor.

18.—Los contratos formales con los términos y condiciones aquí mencionados y las cláusulas de rigor serán oportunamente preparados por los editores para la firma de los autores premiados.

19.—En caso de cualquier violación grave de las bases del certamen, los jurados tendrán la facultad de descalificar al concursante culpable de tal violación.

20.—Los concursantes deben llenar el formulario adjunto y dirigirlo, con los originales o ejemplar de su obra, al jurado nacional respectivo. Las entidades que han aceptado patrocinar el concurso y que se han encargado de designar los jurados correspondientes, son las siguientes:

"Nosotros", Avenida de Mayo 1370, Buenos Aires, Argentina.

"Revista do Brasil", Rua do Livramento 191, Río de Janeiro, Brasil.

Institución Hispanocubana de Cultura, Bernaza 5 y 7, Habana, Cuba.

Sociedad de Escritores de Chile, Clasificador E 370, Santiago, Chile.

Grupo América, casilla 75, Quito, Ecuador.

Biblioteca Nacional, San Salvador, El Salvador.

Biblioteca Nacional, Guatemala, Guatemala.

Société Scientifique, Port-au-Prince, Haiti.

Biblioteca Nacional, Tegucigalpa, Honduras.

Insula, Alcanfores 873, Lima, Perú.

Ateneo de Puerto Rico, Apartado 1180, San Juan, Puerto Rico.

Ateneo Dominicano, Ciudad Trujillo, República Dominicana.

Biblioteca Nacional, Caracas, Venezuela.

(Aún no se ha recibido respuestas de las instituciones de ocho países, a las cuales se les ha solicitado su concurso.)

21.—En caso de que diez o más latinoamericanos, residentes de los Estados Unidos, deseen que se constituya un comité que se encargue de juzgar obras por autores latinoamericanos (portorriqueños inclusive) con residencia establecida en los Estados Unidos, pueden elevar una solicitud en ese sentido a los organizadores.

GRUPO AMERICA

FUNDADO EL 13 DE ABRIL DE 1931

SOCIOS ACTIVOS:

- AGUILERA MALTA, DEMETRIO, en Guayaquil.
ALBORNOZ MIGUEL ANGEL, en Quito.
ARIAS, AUGUSTO, Director del Instituto de Cultura Americana, en Quito.
ARROYO, CESAR E. +
BARRERA, ISAAC J., Secretario General, en Quito.
BARRERA B., JAIME, Subdirector de la Biblioteca.
BOSSANO, LUIS, en Quito.
BUSTAMANTE, GUILLERMO, en Quito.
CARDENAS DE BUSTAMANTE, HIPATIA, en Quito.
CARRERA ANDRADE, JORGE, en Estados Unidos.
CARRERA ANDRADE, CESAR, Procurador, en Quito.
CASTILLO, ABEL ROMEO, en Guayaquil.
CUADRA, JOSE DE LA, +
ENDARA JULIO, en Quito.
ESCUDERO, GONZALO, en Uruguay.
ESCUDERO, JORGE, Director de la revista "América", en Quito.
ESCALA, VICTOR HUGO, en Panamá.
ESPINOSA, CARLOS M., en Loja.
FALCONI VILLAGOMEZ, J. A., en Guayaquil.
GALLEGOS LARA, JOAQUIN, en Guayaquil.
GIL GILBERT, ENRIQUE, en Guayaquil.
GUARDERAS, FRANCISCO, en Chile.
ICAZA, JORGE, en Quito.
JARAMILLO ALVARADO, PIO, en Guayaquil.
JIMENEZ, NICOLAS, +
LASSO, IGNACIO, Director de la Revista "América", en Quito.
LEON, MIGUEL ANGEL, +
LLERENA, JOSE ALFREDO, en Quito.
MARTINEZ, ALFREDO, Director de la Biblioteca de Autores Americanos, en Quito.
MONCAYO, HUGO, en Bogotá.
MORENO, JULIO E., en Quito.

MONTALVO, ANTONIO, Director de la revista "América", en Quito.
MONSALVE POZO, LUIS, en Cuenca.
MORA REYES, ALFREDO, en Loja.
MUÑOZ SANZ, JUAN PABLO, Director de la Editorial América, en Quito.
MUÑOZ C., MANUEL M., en Cuenca.
PALLARES ZALDUMBIDE, HERNAN, en Estados Unidos.
PAREJA DIEZ CANSECO, ALFREDO, en Guayaquil.
PAREDES, ANGEL MODESTO, en Quito.
PEREZ CONCHA, JORGE, en Quito.
REYES, OSCAR EFREN, en Quito.
ROJAS, ANGEL F., en Guayaquil.
ROSEMBLAT, ANGEL, en Buenos Aires.
SALAZAR FLOR, CARLOS, en Quito.
SANCHEZ, MANUEL MARIA, +
TERAN, FRANCISCO, Secretario de Actas y Correspondencia, en Quito.
UZCATEGUI, EMILIO, Tesorero, en Quito.
VACA DEL POZO, TELMO, en Guayaquil.
VELASCO IBARRA, J. M., en Chile.
ZALDUMBIDE, GONZALO, en Bogotá.

SOCIOS REPRESENTANTES:

AGRAMONTE, ROBERTO, cubano, en La Habana.
ARCINIEGA, ROSA, peruana, en Chile.
ARGUEDAS, ALCIDES, boliviano, en La Paz.
ARIAS LARRETA, ABRAHAM, peruano, en Lima.
BEDREGAL, JUAN FRANCISCO, boliviano, en La Paz.
CANDIOTI, ALBERTO M., argentino, en Bogotá.
CURT LANGE, FRANCISCO, uruguayo, en Montevideo.
DIEZ DE MEDINA, FERNANDO, boliviano en La Paz.
FRANKLIN, ALBERTO, M., en Estados Unidos.
SCARONE, ARTURO, uruguayo, en Montevideo.
ROMERO JAMES, CONCHA, en Washington.
GARCIA, ANTONIO, colombiano, en Bogotá.
LIRA GIRON, LUIS F., boliviano, en La Paz.
MELENDEZ, CONCHA, portorriqueña, en Río Piedras.
PRENDEZ SALDIAS, CARLOS, chileno, en Santiago.
TELLEZ, JULIO, boliviano, en La Paz.

DESEA PRESENTARSE CON SU ROSTRO
ATRACTIVO, SEDOSO Y BELLO?

USE

CERA MERCOLIZADA

que se vende en el almacén

BAZAR DE NOVEDADES

calles Vargas y Manabí, esquina.—Telf. 6-8-2.

Almacenes "El Globo", Boticas: Alemana,
Americana, España, Norte, Pichincha,
Sucre y 24 de Mayo.

LA LIBRERIA MONTALVO

OFRECE A LOS INTELCTUALES DEL ECUADOR Y DE
AMERICA EL MAS COMPLETO SURTIDO DE OBRAS
ECUATORIANAS

POESIA: Olmedo, Juan León Mera, Luis Cordero, Remigio
Crespo Toral, Remigio Romero y Cordero, Jorge Car-
rera Andrade, etc., etc.

NOVELA: Juan León Mera, Luis Martínez, Quintiliano Sán-
chez, A. Baquerizo Moreno, Fernando Chávez, Jorge
Icaza, Humberto Salvador, E. Gil Gilbert, Alfredo Pa-
reja, Demetrio Aguilera Malta, etc., etc.

ENSAYO — CRONICA E HISTORIA

Obras completas de: Juan de Velasco, Juan Montalvo, Ilustri-
simo González Suárez, Pedro Moncayo, Roberto Andra-
de, Manuel J. Calle, Nicolás Jiménez, Benjamín Carrión,
etc., etc.

EN LIBROS EXTRANJEROS OFRECE A PRECIOS SIN COM-
PETENCIA DE LAS MEJORES EDITORIALES AMERICANAS.

LIBRERIA MONTALVO compra libros y bibliotecas
a buenos precios.

Dirección local: Esmeraldas y Montúfar.

Dirección Postal: Juan J. Concha.—Librería Montalvo
Apartado 4-6-8.—Quito-Ecuador.

Pregunte el secreto a la mujer que ostenta su cutis hermoso, su aspecto juvenil y de la hermosura encantadora y ella le dirá que la aplicación constante de la

CERA MERCOLIZADA

mantiene el cutis joven e inmaculado.

Compre esa cera mercolizada en el

BAZAR DE NOVEDADES

situado en la esquina de las calles Vargas y Manabí.—Su teléfono 6-8-2.—En los almacenes "El Globo", en las boticas Alemana, Americana, España, Norte, Pichincha, Sucre y 24 de Mayo.

"LA LORENA"

FABRICA DE GALLETAS, CARAMELOS,
CONFITES DE FRUTAS, BOMBONES, GALLETITAS DE TE

Y EL EXQUISITO MANJAR "EL REY"

(Marca Registrada)

CHOCOLATE "SUPERIOR" PURO
Y CHOCOLATINES.

FABRICA: Rocafuerte 88.

DEPOSITO: Avenida 24 de Mayo 93

Teléfono 832 — Apartado 572.—Quito

LUCINDO ALMEIDA & CÍA.

BANQUEROS

**Asociados al Banco Central del
Ecuador**

Dirección Telegráfica: ALGAS.

Dirección Postal: Casilla 186

Quito—Ecuador, S. A.

**Toda Clase de Operaciones
Bancarias**

EL BANCO PRIVADO

MAS ANTIGUO

DE LA REPUBLICA

CADA CLIENTE UN AMIGO